922.21
P46C2

Vicente Cárcel Ortí

PÍO IX

Pastor universal de la Iglesia

776867 npr 2004-06-18

EDICEP

Alx 04149

COLECCIÓN TESTIGOS N. 25

Primera edición: Junio 2000
Fotocomposición: EDICEP

PRINTED IN SPAIN
I.S.B.N.: 84-7050-600-5
Depósito Legal: V-2471-2000

© **by EDICEP C.B.**
Almirante Cadarso, 11 / 46005 - Valencia-España
Tfno.: (34) 96 395 20 45 • 96 395 72 93
FAX: (34) 96 395 22 97
E-mail: edicep@nexo.net • www.edicep.com

IMPRIME: GUADA Litografía S.L. VALENCIA (España)

ÍNDICE

I.	PÍO IX Y JUAN XXIII	9
II.	PÍO IX, PASTOR UNIVERSAL DE LA IGLESIA..	15
III.	UN PAPA EXALTADO Y CALUMNIADO	19
IV.	SACERDOTE	25
V.	MISIÓN PONTIFICIA EN HISPANOAMÉRICA...	29
VI.	OBISPO Y CARDENAL	33
VII.	EL CÓNCLAVE DE 1846	37
VIII.	HERENCIA DE GREGORIO XVI	41
IX.	¿PÍO IX, PAPA LIBERAL?	47
X.	REFORMAS EN LOS ESTADOS PONTIFICIOS	55
XI.	SOLICITUD PASTORAL DEL PAPA	59
XII.	INVOLUCIÓN PSICOLÓGICA DE PÍO IX	63
XIII.	CUESTIONES TEMPORALES Y ESPIRITUALES	65
XIV.	PROMOTOR DE LA REFORMA DE LOS RELIGIOSOS...	69
XV.	... Y DE LA FORMACIÓN DEL CLERO	73
XVI.	El DOGMA DE LA INMACULADA	77
XVII.	LA FELICITACIÓN SABATINA	83
XVIII.	DEFENSOR DE LA INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA	87
XIX.	RELACIONES CON ALGUNOS ESTADOS EUROPEOS...	91
XX.	... CON HISPANOAMÉRICA	99
XXI.	... Y CON ESPAÑA	101
XXII.	PÍO IX E ISABEL II	105
XXIII.	MAGISTERIO DOCTRINAL	109
XXIV.	DENUNCIA DE LOS ERRORES MODERNOS ..	111
XXV.	REACCIONES ANTE EL «SYLLABUS»	117
XXVI.	PREPARACIÓN DEL CONCILIO VATICANO I ..	121

XXVII.	LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA	127
XXVIII.	PÍO IX Y EL CONCILIO	133
XXIX.	BALANCE DEL VATICANO I	137
XXX.	PÉRDIDA DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS	141
XXXI.	UNIDAD DE ITALIA	145
XXXII.	LA SANTA SEDE Y LA COMUNIDAD INTERNACIONAL	149
XXXIII.	FIN DEL RÉGIMEN DE CRISTIANDAD	151
XXXIV.	LOS CATÓLICOS Y LA CUESTIÓN ROMANA	155
XXXV.	ACTIVIDAD ECLESIAL DE PÍO IX	159
XXXVI.	RELACIONES DE PÍO IX CON LAS IGLESIAS ORIENTALES	163
XXXVII.	PÍO IX Y BISMARCK: LUCHA FRENTE AL «KULTURKAMPF»	165
XXXVIII.	LA MASONERÍA FRENTE A PÍO IX	169
XXXIX.	LENTO FINAL DE UN GLORIOSO PONTIFICADO...	171
XL.	... QUE TUVO ALGUNA SOMBRA...	175
XLI.	... PERO MUCHAS LUCES...	179
XLII.	... Y UN BALANCE MUY POSITIVO PARA LA IGLESIA	185
XLIII.	MUERTE DE PÍO IX	191
XLIV.	ENTERRADO EN LA BASÍLICA DE SAN LORENZO EXTRAMUROS	195
XLV.	PÍO IX FUE UN PAPA PARA EL PUEBLO	199
XLVI.	TUVO UN PONTIFICADO ADORNADO CON LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO	203
XLVII.	SANTIDAD DE PÍO IX	209
XLVIII.	EL PROCESO DE BEATIFICACIÓN CONFIRMA LA FAMA DE SANTIDAD	211
XLIX.	MIRADA RETROSPECTIVA	213
L.	PABLO VI ENSALZA A PÍO IX	221
LI.	PARA SABER MÁS	233

El 3 de septiembre de 2000 es una fecha significativa para la historia de la Iglesia: la beatificación, el mismo día, de los dos Papas más emblemáticos de la época contemporánea –Pío IX (1846-1878) y Juan XXIII (1958-1963)–, entre los cuales hay más elementos de continuidad que de ruptura.

Con motivo de este acontecimiento eclesial, *Edicep* publica dos biografías de ambos Pontífices:

- *Pío IX. Pastor universal de la Iglesia* y,
- *Juan XXIII. Biografía espiritual del Papa de la unidad y la paz*, escritas por el mismo autor, *Vicente Cárcel Ortí*, conocido experto en temas de historia contemporánea de la Iglesia, como ha demostrado en numerosos libros y artículos.

Los dos libros comienzan con un primer capítulo idéntico, en el que Vicente Cárcel pone en evidencia:

- las afinidades espirituales de ambos Pontífices,
- los puntos de convergencia en sus actuaciones pastorales,
- las divergencias lógicas debidas a las circunstancias históricas que cada uno de ellos tuvo que vivir y
- el simbolismo que encierra la beatificación de ambos en un mismo día, querida por Juan Pablo II, en el conjunto de los actos solemnes del Gran Jubileo del 2000.

A.B.P.

I

PÍO IX Y JUAN XXIII

Pienso siempre en Pío IX, de santa
y gloriosa memoria;
e, imitándole en sus sacrificios,
querría ser digno de celebrar su canonización
(JUAN XXIII, *Diario del alma*, p. 378).

Algunos historiadores han considerado el Pontificado de Juan XXIII bajo un juicio de discontinuidad respecto a los pontificados anteriores, de los cuales representaría una ruptura. Críticamente, dicho juicio está mal formulado, pues si se insiste en la discontinuidad, descuidando la continuidad, se termina por no entender su colocación teológica e histórica en la línea de la tradición viviente e incesante de la Iglesia, basada en el fundamento del mensaje de Jesús. Si, por el contrario, se insiste en la continuidad descuidando las diferencias, se termina por no comprender el desarrollo de la Iglesia como continuación de Cristo a partir de Pentecostés, como si la predicación de la Buena Noticia se agotara en el breve período de la vida pública del Salvador.

Pío IX ha sido presentado en los últimos cincuenta años, por algunos, como la antítesis de Juan XXIII, que, en realidad, fue un ferviente admirador de su predecesor, como demuestra la cita que abre esta página.

¡Nada menos que deseó canonizar al Papa del *Syllabus* y del Vaticano I!

Y, como él, fue devotísimo de san José y recordó que Pío IX había sacado al Santo Patriarca del tradicional silencio, proclamándolo patrono de la Iglesia universal, mientras que él lo proclamó patrono del Vaticano II e incluyó su nombre en el Canon de la misa.

Pío IX fue una figura clave de la historia de la Iglesia en el siglo XIX y, aunque en su pontificado predominaron los aspectos políticos relacionados con la pérdida del poder temporal, sin embargo hay que decir que su solicitud pastoral tuvo carácter universal, pues no se limitó a Italia, sino que se extendió a otras naciones de Europa y del Oriente así como a Iberoamérica y a las Indias orientales.

El pontificado de Juan XXIII se caracterizó por gestos pastorales, que indicaron que comenzaba una nueva orientación en la vida de la Iglesia, pero el Papa defendió siempre con valentía los auténticos principios cristianos y llamó la atención de cuantos ingenuamente se dejaban embaucar por las «insidias de quienes son enemigos de Dios antes que de nosotros».

Si Pío IX fue el primer Papa que tuvo amplia visión universal de su misión espiritual, Juan XXIII culminó el proceso de universalidad de la Iglesia sobre todo en el campo de la expansión misionera y de la promoción de las Iglesias autóctonas.

Pío IX fomentó una piedad antijansenista, cálida y humana, fundada sobre la frecuencia de los sacramentos, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la Inmaculada, sobre una oración como el rosario, y sobre la amorosa y prolongada contemplación de los misterios de Cristo.

De esta piedad se nutrirá más tarde el joven seminarista Roncalli, el sacerdote don Angelo Giuseppe Ron-

calli, el futuro Juan XXIII, que empapó las páginas de su célebre *Diario del alma*, con el acento puesto sobre la formación del clero y en la atención pastoral a los fieles.

Tanto Pío IX como Juan XXIII destacaron siempre por su viva piedad eucarística y mariana, por su fe en Dios, crecida en las dificultades; por el amor a la Iglesia.

El magisterio de ambos Pontífices puso en evidencia que no puede ponerse una idea equivocada del hombre como base de la cultura de una sociedad, pues antes o después la historia demostrará el error de dicha idea.

Si para Pío IX fue fundamental la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, para Juan XXIII no podía existir un hombre feliz si no tenía la felicidad puesta en lo alto, en el Corazón Sagrado de Cristo. Ésta fue la doctrina social del Papa Juan.

Pío IX inauguró el 8 de diciembre de 1869, fiesta de la Inmaculada, el Vaticano I, que tuvo como objetivo fundamental completar y confirmar la obra de exposición doctrinal anterior del pontificado contra el racionalismo teórico y práctico del siglo XIX.

Juan XXIII clausuró el 8 de diciembre de 1962 la primera sesión del Vaticano II, un concilio que debía tener una finalidad eminentemente pastoral, porque debía hacer que la Iglesia pasara de la época postridentina y, en cierto modo, de la plurisecular etapa constantiniana a una fase nueva de testimonio y anuncio.

El Vaticano I estableció el texto de una constitución sobre la fe católica, pero la constitución sobre la Iglesia de Cristo se limitó a cuatro capítulos sobre el papel del romano Pontífice, especialmente su autoridad doctrinal.

El Vaticano II marcó el giro total en la orientación de la Iglesia hacia el tercer milenio gracias a la intuición de Juan XXIII de convocarlo; para él los objetivos de orden

intelectual y los aspectos institucionales asumieron un papel secundario.

Pió IX convocó el Vaticano I porque estaba convencido de la necesidad de la plena independencia del jefe de la Iglesia y de la Iglesia en su conjunto, aunque los anticlericales de la segunda mitad del XIX descargaron sobre él las calumnias más infames y estúpidas, mientras que los ultramontanos exaltaron de forma tan exagerada al Pontífice que pretendieron incluso adelantarse al juicio de la historia atribuyéndole el título de Grande.

El ultramontanismo es un término de significación genérica e imprecisa, creada y usada en Francia, Alemania, Países Bajos e Inglaterra para designar, más que una verdadera corriente de pensamiento, la adhesión a las orientaciones de la Iglesia de Roma en temas teológicos o jurisdiccionales y también políticos. Fueron llamados ultramontanos, con tono despectivo, todos los escritores, políticos, etc. fieles a Roma y, sobre todo, los fautores de la infalibilidad pontificia durante el Vaticano I.

La convocación del Vaticano II fue fruto de la decisión de Juan XXIII de dejar hacer al Espíritu y a los otros, y el fruto también de su lucidez histórica, de su convicción y de su plena responsabilidad de Papa, y no un acto irreflejo y desconsiderado, como dijeron algunos.

El Vaticano I puso los fundamentos de la eclesiología, perfeccionada y completada después por el Vaticano II.

En julio de 1870 la guerra franco-alemana obligó a suspender los debates conciliares del Vaticano I, que ya no volvieron a celebrarse.

La muerte de Juan XXIII el 3 de junio de 1963 interrumpió el Vaticano II, pero Pablo VI lo reanudó inmediatamente y lo condujo hasta el final.

Pío IX miró con escepticismo al régimen constitucional, no sólo porque no lo consideraba apto para la Iglesia sino porque lo juzgaba malo en sí mismo. Persiguió un ideal abstracto de «cristiandad» y no captó el significado del proceso histórico del cual fue, al mismo tiempo, actor y víctima.

Para Juan XXIII «los dos grandes males que intoxican hoy al mundo son el laicismo y el nacionalismo. El primero es característico de los hombres de gobierno y de los seglares. Al segundo contribuyen también los eclesiásticos. Más o menos, todos estamos contagiados de nacionalismo. Estamos viviendo una época de grandes acontecimientos, y ante nosotros surge el caos. Tanto más necesitamos acudir a los principios básicos del orden social cristiano y juzgar los hechos según la enseñanza evangélica, reconociendo, en el terror y el horror que nos envuelven, las terribles sanciones que la ley divina impone incluso en la tierra» (*Diario del alma*, p. 340).

Si Pío IX fue un Papa emotivo y complejo, Juan XXIII infundía serenidad y alegría, pero ambos estuvieron siempre enamorados de Dios y de la Iglesia.

La fama de santidad de Pío IX, reconocida cuando el Papa todavía vivía, se conservó íntegra después de su muerte y fue creciendo a medida que pasaba el tiempo. Así consta en las numerosísimas cartas enviadas a León XIII y a sus sucesores, en las cuales tanto obispos como simples fieles pidieron la elevación a los altares de dicho Papa. Por ello, no debe sorprender que muy pronto se promoviera su causa de beatificación, aunque no fue introducida oficialmente hasta 1954.

Juan XXIII manifestó deseos de canonizarle, lo cual demuestra el concepto que el Papa Roncalli tenía de su predecesor, pero pudo hacer bien poco para acelerar el proceso, debido a la brevedad de su pontificado.

Luego comenzaron las polémicas y, durante décadas, incluso un cierto sector católico rechazó con un cierto disgusto la idea de la beatificación de Pío IX.

El proceso de beatificación de Juan XXIII no suscitó las polémicas provocadas por el de Pío IX. Hoy, la historiografía laica, sobre todo la más seria, reconoce que Pío IX fue un gran Papa y un santo Papa, y que su elevación a los altares no debe interpretarse como un insulto a los valores del *Risorgimento* italiano.

La beatificación de ambos Pontífices en un año tan significativo como es el 2000, y en el conjunto de las grandes celebraciones jubilares, demuestra una vez más la clarividencia de Juan Pablo II y su valentía al tomar decisiones, que pueden parecer impopulares a algunos, superando cálculos políticos, ambigüedades eclesiásticas y rémoras de clérigos y laicos que carecen de fundamento.

II

PÍO IX, PASTOR UNIVERSAL DE LA IGLESIA

Esta biografía de Pío IX –que se publica con motivo de su beatificación– podía haber tenido muchos subtítulos.

Todos ellos habrían reflejado aspectos importantes de su vida:

El Papa de la Inmaculada,
El Papa del concilio Vaticano I,
El Papa de la infalibilidad,
El primer Papa moderno,
Un Papa para el pueblo,
El Papa más popular del siglo XIX,
El Papa más amado y calumniado,
El Papa de la intransigencia ante el liberalismo,
El defensor de la independencia de la Iglesia,
El último Papa-Rey,
El Papa de la Cuestión Romana,
El prisionero del Vaticano,
El Papa inmortal,
El pontificado más extenso de la historia de la Iglesia,

y un largo etc. de apelativos, porque todos ellos se refieren a aspectos concretos de su pontificado y a facetas de su personalidad humana y sacerdotal.

He preferido subtitularlo *Pastor universal de la Iglesia*, para subrayar el aspecto fundamental de su vida y de su obra.

El afrontar en este libro la compleja personalidad del papa Pío IX voy a tratar de presentar no sólo su biografía sino también un balance de su obra, intentando, sobre todo, ver, a la luz de los acontecimientos históricos posteriores, cuánto de lo que él sembró, murió como la semilla bajo la tierra, para producir frutos abundantes y, cuánto, en cambio, aparece estrechamente vinculado a un contexto histórico particular y, por tanto, contingente.

La dificultad es mayor cuando nuestra atención se dirige a una personalidad tan discutida como fue la del papa Pío IX y, sobre todo, cuando el debate o la polémica caen en la tentación de olvidar la investigación histórica desinteresada y tratan de instrumentalizar el pasado en función del presente.

Pío IX sigue siendo una figura que suscita polémicas y contradicciones entre quienes le critican como soberano temporal y por algunos aspectos de su pontificado –a los que nuestra mentalidad no es tan sensible– y quienes le exaltan como el Papa de la Inmaculada, del Vaticano I y de la infalibilidad.

Al Papa de dicho Concilio –en el que se reafirmó la autoridad– se le ha contrapuesto como emblema o símbolo el Vaticano II, en el que se afirmó solemnemente la confianza en el hombre y en su libertad.

Al hablar de Pío IX se piensa inmediatamente en la Cuestión Romana, de la que él fue actor y víctima. Sin embargo esto es un error histórico, porque se olvida que aunque fue el último Papa-Rey de la historia, sin embargo, los aspectos cualificantes de su gobierno fueron de carácter exquisitamente religioso y toda su acción pastoral tuvo un objetivo único: renovar espiritualmente a la Iglesia. Por ello, emprendió una auténtica obra de reforma, en una lí-

nea, por muchos aspectos opuesta a la que preconizó Rosmini en su *Cinco llagas*, que si, por una parte, pudo sofocar algunos fermentos útiles, que reaparecieron enseguida con mayor vigor, en aquel preciso momento histórico contribuyó eficazmente a reforzar la unidad eclesial y a salvar algunos valores de fondo, amenazados por el indiferentismo y el laicismo, y para reavivar la piedad.

Por ello, la reforma de las antiguas órdenes religiosas, minadas por abusos introducidos por la dispersión napoleónica, así como la mejor formación del clero fueron unas de las primeras preocupaciones del nuevo Papa.

Desde el comienzo de su pontificado Pío IX promovió una restauración general de la sociedad cristiana, poniendo en evidencia, frente al laicismo imperante, la corrupción causada por el pecado original y la necesidad de ayuda sobrenatural. Y en este sentido hay que entender tanto la proclamación del dogma de la Inmaculada como la publicación del *Syllabus*.

El proceso de secularización de la sociedad cristiana tradicional, iniciado con la Revolución francesa, fue avanzando progresivamente a lo largo del siglo XIX y principios del XX en todas las naciones del continente europeo, si bien en cada uno de ellos tuvo momentos históricos concretos que marcaron el paso del régimen de cristiandad al de secularismo.

En Italia, la fecha emblemática fue el año 1870, cuando cayeron los Estado Pontificios.

En Francia fue en 1905, con la ley de separación Iglesia-Estado.

En Portugal, con la revolución de 1910.

En España con la Segunda República de 1931.

Este proceso se extendió a toda la cristiandad y alcanza caracteres alarmantes al final del segundo milenio de la era cristiana.

III

UN PAPA EXALTADO Y CALUMNIADO

Pío IX fue el personaje más exaltado de su tiempo, pues tuvo seguidores y admiradores tan exagerados que lo «subieron a los altares» mucho antes que la Iglesia decidiera abrir el proceso canónico de beatificación. Pero, no solamente los anticlericales de la segunda mitad del XIX descargaron sobre él calumnias sinfín, sino que esta fama ha llegado, por desgracia, hasta nuestros días.

No deja de sorprender que el anuncio de su beatificación, hecho público en vísperas de la Navidad de 1999, haya reabierto la polémica con artículos en revistas y periódicos, cartas al director y comentarios fuera de lugar, que solamente pueden escribirlos quienes ignoran por completo la historia, quienes desconocen las recientes biografías críticas de Pío IX y los estudios más rigurosos sobre su pontificado, que cito en la bibliografía al final de este libro. Sólo esto puede justificar la sorpresa de algunos ante la beatificación conjunta de Juan XXIII y Pío IX, que, por otra parte, es la cosa más natural del mundo pues entre ambos hubo muchas afinidades espirituales y eclesiales.

De Juan XXIII se ha dicho –y es verdad– que tuvo el valor carismático de introducir a la Iglesia en una nue-

va época, un estilo más acorde con los tiempos y más evangélico, una prometedora y audaz apertura ecuménica, y también la tan necesaria apertura al mundo. Pero respecto a Pío IX, se preguntan algunos: ¿para quien es positivamente significativo el autor del *Syllabus*, el defensor a capa y espada (y con armas más poderosas) de su poder temporal, aquel cuyos decretos reivindicadores impidieron a los italianos durante decenios la normal participación en la vida política, el Papa de la eclesiología jerarcológica, el de procedimiento no siempre claros en el Vaticano I para hacer prevalecer sus tesis, etc.?

En todo esto hay mucho de leyenda negra, de exageraciones y de falsedades, porque Pío IX no fue megalómano ni intransigente o cruel, como se ha llegado a escribir en revistas católicas. Temen algunos que, con la beatificación de Pío IX, se quieran reinstaurar formas y criterios eclesiales no deseables, o incluso invalidados por el magisterio posterior (lo cual no es cierto). ¿Quién –y por qué motivo– está interesado en la beatificación de Pío IX?, se preguntan los más críticos de este Papa.

Tras la lectura de este libro, espero que cambien de opinión quienes así piensan, si son personas que buscan la verdad, que quieren conocer la historia y no van por la vida con prejuicios maniqueos.

Comienzo mi reciente *Historia de la Iglesia en España. Siglos XIX y XX* (Madrid, Palabra, 2000) diciendo que les falta a determinados historiadores serenidad y quizá algo de humildad para admitir que quizá las cosas no han sido como ellos las piensan o las entienden. En suma, si hay que hacer una buena y verdadera historia hay que situarse asépticamente, sin prejuicios en pro ni en contra de nada ni de nadie, analizando las cosas con rigor y desde luego pensando que los aconteci-

mientos más cercanos son muy difíciles de juzgar. En estos errores suelen caer quienes abordan la historia de la Iglesia sin entender lo que es el hecho religioso y sus relaciones con la sociedad civil.

Pero esto les ocurre no sólo a los historiadores sino también a los lectores hábilmente deformados en su visión de la historia con interpretaciones maniqueas, manipuladas, falseadas y, por consiguiente, totalmente fuera de la verdad.

Este libro, centrado en la figura de Pío IX –lo mismo que el que *Edicep* publica conjuntamente dedicado a Juan XXIII, con motivo de la beatificación de ambos– es una obra histórica, no es una novela ni un pampfleto polémico. Trata de hacer justicia a ambos Pontífices, que vivieron situaciones socio-religiosas distintas y, aunque en medida diversa, fueron en parte criticados, vituperados e incomprendidos. Pío IX mucho más que Juan XXIII, pero tampoco a éste le faltó la cruz de la incomprensión y de la calumnia, sobre todo a raíz de su supuesta apertura al comunismo, lo cual es históricamente falso, y de las presuntas ingenuidades que cometió en el gobierno de la Iglesia o de su «inconsciente» atrevimiento al lanzar la aventura del Vaticano II.

Quien lea este libro sobre *Pío IX. Pastor universal de la Iglesia* debería leer también el otro sobre *Juan XXIII. Biografía espiritual del Papa de la unidad y la paz*, y verá que son más los elementos de continuidad entre ambos Pontífices, que vivieron a un siglo de distancia uno del otro, que los de ruptura.

La figura del Papa de la Inmaculada y el concilio Vaticano I fue calificada por Pablo VI como la de un «hombre de profunda y rica fe pastoral con ansias de servir a la Iglesia».

Aunque el Papa Montini quiso que sus palabras fueran solamente una devota meditación sobre la figura venerable de Pío IX, quienes las escucharon o las leyeron adivinaron un sencillo, pero profundo juicio histórico sobre la personalidad de su antecesor y, en particular, sobre el tiempo en que le tocó vivir y gobernar la Iglesia.

Efectivamente, en la época en que Pío IX ejerció su pontificado se produjeron acontecimientos gloriosos y también graves problemas para la Iglesia. La investigación histórica tiene aún el campo abierto para hallar la verdadera personalidad de un Pontífice, que ahora ya es reconocible en una doble fisonomía convencional, fiel a la realidad:

- el Papa derrotado por el derrumbamiento de aquel poder temporal con el que en cierto modo el Pontificado se había identificado,
- y el Papa renacido como pastor de un pueblo.

Según Pablo VI, el poder temporal comprometía la independencia, la libertad y funcionalidad del Papado.

El mismo poder temporal fue el escudo defensivo del poder espiritual, y al mismo tiempo del territorio de la Italia central. Por otra parte, el desarrollo histórico ya no consentía al Papado el ejercicio de una supremacía ideológica y de un primado temporal. Y, por último, el intento de envolver al Estado Pontificio en una guerra nacional falló ante la despierta conciencia de Pío IX sobre su propia misión religiosa, no política y, menos aún, militar.

Este examen profundo de la personalidad de Pío IX y de la época histórica en que vivió, envuelto en la apariencia de una devota meditación sobre su figura, resalta, una vez más, la revelación de las inagotables energías que poseen el Papado y la Iglesia.

Pío IX fue el primer Papa moderno de la historia porque fue el primero que la gobernó sin poder temporal, libre por completo de vínculos y ataduras políticos, de tal forma que pudo dedicarse de lleno a las cosas de Dios y consolidar la unidad interna de la Iglesia.

Durante su pontificado comenzó a aumentar el prestigio de la Santa Sede ante el mundo entero, de tal manera que lo que en Pío IX fue una semilla incipiente de autoridad moral respetada en el mundo católico ha llegado a convertirse, al final del segundo milenio de la era cristiana, y bajo el pontificado de Juan Pablo II en la mayor autoridad moral del mundo y en la voz más escuchada por los hombres de buena voluntad.

El pontificado moderno comienza, pues, con Pío IX y se proyecta con un futuro muy esperanzador hacia el tercer milenio del cristianismo.

IV

SACERDOTE

Pío IX era oriundo de las Marcas, una región italiana que perteneció al Estado Pontificio, cuya capital es Ancona.

Cuando se habla de dicha región, inmediatamente la atención se centra sobre Loreto, pues en esta ciudad se encuentra el santuario de la memoria de la Encarnación del Hijo de Dios. Alguien la ha comparado con la ciudad de Nazaret en Palestina; otros llegan a hablar de vestigios de aquella ciudad.

Pero las Marcas no son solamente Loreto, si bien predomina en ellas dicho santuario mariano, ya que leyendo la geografía religiosa de dicha región –una extensión de tierra bañada al este por el mar Adriático y al norte por la cadena montañosa de los Apeninos– está repleta de lugares de culto dedicados o bendecidos por la presencia de monjes, de religiosos y religiosas e incluso de seglares que han consagrado su vida a Dios.

Más de cien santuarios marianos se extienden por toda la región, a los cuales se añaden otros tantos dedicados a los santos. Al famosísimo de Loreto, hay que añadir, por lo menos, el de San Nicolás de Tolentino, y otros menos conocidos.

Todo este inmenso patrimonio religioso y artístico forma parte del contexto en el que nació y se educó el papa Pío IX, que vivió desde su infancia la espiritualidad mariana característica de su región.

Descendiente de la familia Mastai de Cesena, que consiguió por sus méritos el título condal concedido por el duque de Parma, y añadió al apellido propio el de Ferretti, noble familia de Ancona, emparentada con ella por vínculos matrimoniales, Giovanni Maria Mastai Ferretti nació en Senigallia el 13 de mayo de 1792, hijo del conde Girolamo y de Caterina Solazzi, y recibió el bautismo el mismo día de su nacimiento. Fue educado en un ambiente de fervorosa piedad cristiana, caracterizado por la devoción que su madre, de modo particular, nutría hacia la Sagrada Eucaristía y a la Virgen. En su ciudad natal dejó un recuerdo que perdura hasta nuestros días en la floreciente y activísima «Pía Opera Mastai Ferretti», signo visible de la caridad inagotable del futuro Papa.

De su familia, junto a la profunda piedad, Pío IX heredó una apertura de espíritu que le llevó a escribir en 1833: *Odio y abomino hasta la médula de los huesos los pensamientos y las obras de los liberales; pero el fanatismo de los así llamados Papalinos no me es ciertamente simpático. El justo medio cristiano, y no el diabólico que hoy está de moda, sería aquella vía que quisiera recorrer con la ayuda del Señor: pero, ¿lo conseguiré?*

Comenzó los estudios en el Colegio de San Miguel, dirigido por los Escolapios de Volterra, llamado Colegio de los Nobles, desde octubre de 1803 hasta octubre de 1809, y los continuó en el Colegio Romano, si bien fue obligado a interrumpirlos debido a la ocupación napoleónica de la ciudad de Roma, pasada la cual pudo reanudarlos con normalidad. Habiendo caído enfermo de

epilepsia después de haber recibido la tonsura y de haber sido aceptado entre los aspirantes al sacerdocio, temió no poder recibir las órdenes sagradas porque tuvo que interrumpir los estudios y abandonar el Colegio. Entonces hizo un viaje espiritual al Santuario de Loreto para pedirle a la Virgen la gracia de la curación.

Habiendo mejorado sensiblemente su estado de salud y gracias a la protección del papa Pío VII, pudo continuar los estudios filosóficos y teológicos hasta llegar a ser ordenado sacerdote el 10 de abril de 1819, después de haber concluido la carrera eclesiástica en el Colegio Romano. Ya entonces comenzó a manifestar de forma evidente sus deseos de servir a la Iglesia, no a través de honores y promociones en el mundo clerical, sino buscando solamente la gloria de Dios y la salvación de las almas.

En 1823 se ocupó del orfelinato popularmente llamado *Tata Giovanni*, del que llegó a ser rector y al que permaneció siempre muy vinculado afectivamente. En el desempeño de este ministerio demostró auténtico celo pastoral y generosidad.

Por aquellos años, el joven sacerdote Mastai Ferretti pensó seriamente en ingresar en la Compañía de Jesús, debido al influjo espiritual que sobre él ejerció el santo cardenal Odescalchi, que le había iniciado en la vida apostólica y en los métodos de la espiritualidad ignaciana. Pero, a pesar de la gran admiración que sentía hacía dicho cardenal y de estar muy unido a él, fue disuadido de hacerse jesuita por su confesor, el canónico Starace, y por el maestro de novicios de San Andrés del Quirinal.

V

MISIÓN PONTIFICIA EN HISPANOAMÉRICA

Durante los años de permanencia en Roma, Pío VII que le conocía personalmente y apreciaba sus buenas cualidades, así como su sucesor León XII, siendo cardenal vicario de Roma, le recomendaron al cardenal Consalvi, secretario de Estado, para que fuera enviado en 1823 a Chile y Perú como auditor del delegado apostólico, mons. Giovanni Muzi, en la primera misión pontificia a la América española, en la cual permaneció un par de años. Mastai Ferretti salió de Roma el 3 de julio de 1823 bajo el pontificado de Pío VII y se embarcó en Génova el 5 de octubre del mismo año en el bergantín *Eloísa*, elegido ya el nuevo papa León XII. Después de tocar en los puertos de Palma de Mallorca, Gibraltar y Montevideo, desembarcó en Buenos Aires la noche del 4 de enero de 1824. Doce días más tarde marchó para Santiago de Chile, haciendo un largo y penoso viaje por los Andes, primero en coche y luego a lomo de mula, a través de Luján, Córdoba de Tucumán, San Luis, Mendoza, Santa Rosa y de los Andes y Colina. A Santiago llegó el 7 de marzo y allí permaneció hasta el 19 de octubre, en que marchó al puer-

to de Valparaíso para embarcarse hacia Montevideo pasando por el cabo de Hornos, sin tocar Buenos Aires. Después de una larga demora en esta ciudad dejó el continente americano el 18 de febrero de 1825 y a bordo de la nave *La Columbia* llegó a Gibraltar el 6 de mayo y a Génova el 5 de junio de 1825. Total, un viaje de 23 meses, de los que más de siete y media en el barco.

El joven sacerdote Mastai Ferretti regresó de aquel largo viaje con una clara visión de la magnitud del problema misionero y con redoblado celo apostólico, pero sin interés alguno por continuar la carrera diplomática pontificia, incluso llegó a manifestar deseos de volver a aquellas tierras como misionero.

Esta misión, aunque fue muy incompleta e insuficiente, significó el principio de una nueva época para el funcionamiento de la Curia Romana con respecto al antiguo Imperio español. En los tres siglos de patronato-regio, nunca había sido enviada por la Santa Sede una sola misión directamente pontificia a los inmensos virreinatos de Hispanoamérica; de donde los informes que de ellos se tenían en Roma –y no eran en realidad abundantes– provenían siempre de elementos no curiales. No fue así cuando los secretarios de Estado de los papas León XII, Pío VIII y Gregorio XVI empezaron a tener junto a sí «peritos» de las cosas de América en las personas de mons. Muzi y del joven Mastai Ferretti.

Éste cuando regresó a Roma siguió interviniendo de alguna forma durante unos diez años en los asuntos americanos: informó sobre la situación general de los cabildos eclesiásticos de la América española y sobre la restauración de la Iglesia de Buenos Aires, tan duramente probada en la larga vacante del movimiento emancipador.

Al regresar a Italia en 1825, Mastai Ferretti fue nombrado canónigo de la basílica romana de Santa María in Via Lata a la vez que se le encomendó la dirección del hospicio de *San Michele*, donde, como había hecho anteriormente en el de *Tata Giovanni*, supo ganarse muy pronto la simpatía de cuantos le conocieron y trataron, dando pruebas evidentes de capacidad directiva y administrativa.

VI

OBISPO Y CARDENAL

Ejerció los cargos anteriormente citados hasta su nombramiento como arzobispo de Spoleto, que tuvo lugar el 24 de abril de 1827, habiendo recibido la consagración episcopal el 3 de junio sucesivo.

El papa León XII le destinó a dicha sede, situada en la región de la Umbria, porque le estimaba mucho y había puesto grandes esperanzas en el joven obispo, que apenas contaba con 35 años de edad.

Su actuación en la diócesis espoletana demostró sus buenas cualidades, su preparación doctrinal, su prudencia para el gobierno, su experiencia y su buena conducta. Gobernó esta ilustre sede arzobispal con gran celo y sabiduría, reformó los centros educativos y promovió, con energía y mediante los ejercicios espirituales, la formación del clero. Durante las revueltas revolucionarias de 1831 supo mantener el pulso de la ciudad de forma que mereció el reconocimiento tanto de la Santa Sede como de la misma ciudadanía, pues supo ganarse la confianza y la estima del pueblo gracias a su suave firmeza.

Gregorio XVI lo trasladó a la diócesis de Imola el 17 de diciembre de 1732 y, en el consistorio del 14 de diciembre de 1840 lo creó cardenal, concediéndole el título de

los santos Marcelino y Pedro, la basílica romana situada en el ángulo entre la vía Merulana y la vía Labicana, muy próxima a la Patriarcal Archibasílica de San Juan de Letrán.

En la importante diócesis de Imola continuó el programa pastoral que había iniciado en Spoleto y también en esta ciudad, durante los movimientos insurreccionales de 1843, en los que el obispo estuvo a punto de caer en manos de los insurgentes, consiguió mantener el orden público. Proliferaban en ella los elementos radicales, pero Mastai Ferretti supo ganárselos a todos con su bondad de ánimo, su buen criterio para la administración de la ciudad y su ausencia total de espíritu partidista.

Tanto Spoleto como Imola pertenecían a los Estados Pontificios, por ello la autoridad del obispo además de los aspectos espirituales se extendía también a la seguridad ciudadana. No obstante, tuvo que sufrir mucho a causa de las facciones políticas que dividían a las poblaciones de la Romaña, región a la que pertenece Imola, y también a causa de las venganzas y actos violentos que no siempre pudo impedir a pesar de su autoridad. Sin embargo no omitió acción alguna para evitar los actos más graves y para suavizar las pasiones llegando incluso a pedir la intervención de la Santa Sede para que se pusiera freno a los excesos y provocaciones de los llamados «Papaloni».

El obispo Mastai Ferretti era de talante conciliador y, por tradición familiar, poseía una moderada tendencia reformadora que no coincidía con la línea más drástica, preconizada por el papa Gregorio XVI y por su secretario de Estado, el intransigente cardenal Lambruschini, en la represión de los movimientos insurreccionales que por aquellos años proliferaban en los Estados Pontificios.

Además, el futuro Papa no escondía sus simpatías por ciertas reformas políticas y, como estaba dotado de perspicacia natural, veía el sistema caduco de muchas instituciones pontificias y sufría por esa muralla que se alzaba entre los liberales y la Santa Sede, como recordó el padre Curci en sus *Memorias* y confirmó un historiador tan poco sospechoso como Spada.

Por ello, el obispo Mastai Ferretti, aunque condenó siempre sin titubeos los excesos de los revolucionarios más exaltados, se puso siempre al lado de los moderados, que exigían reformas razonables y deseaban que el papa Gregorio XVI escuchara sus peticiones. Por ello, en 1845, un año antes de ser elegido Pontífice, el futuro Pío IX redactó un programa de reformas administrativas en el que se inspirarían un año después las primeras reformas del comienzo de su pontificado.

Parece poco probable que influyeran en él liberales como el conde Pasolini y las ideas de Gioberti, que –según algunos– Mastai Ferretti siguió al principio con gran entusiasmo, llegando a enrolarse en el programa liberal y nacional de Italia. En cualquier caso, está claro que el obispo de Imola tuvo que oír más de una vez las peticiones de los exponentes políticos de una región tan agitada como la Romaña, donde el sentimiento liberal y nacional había alcanzado en aquellos años su punto más alto.

Quienes quieren ver ya al obispo Mastai Ferretti como un liberal convencido, ignoran que el pretendido liberalismo del futuro Pío IX –como ha escrito Aubert– se redujo en la práctica por una parte, a una gran libertad de espíritu que le incitaba a pensar que más valía desarmar el espíritu revolucionario con la dulzura que tratar de doblegarlo por la fuerza, sobre todo

cuando el soberano era al mismo tiempo sacerdote; por otra, a un sincerísimo deseo de acabar con los abusos de la administración pontificia e introducir nuevas reformas, dando por supuesto que nunca desembocaran en conceder al pueblo parte efectiva en el gobierno, cosa que le parecía incompatible con el carácter religioso del mismo.

VII

EL CÓNCLAVE DE 1846

La experiencia adquirida en el gobierno de estas dos diócesis le fue preparando para asumir en poco tiempo la más alta responsabilidad al frente de la Iglesia, pues fue elegido Papa el 16 de junio de 1846 y tomó el nombre de Pío, como recuerdo, homenaje y gratitud hacia dos Pontífices –Pío VI (1777-1779) y Pío VII (1800-1823)– que habían sufrido mucho a causa de la Revolución francesa, de la invasión napoleónica de Roma y de las consecuencias de todas estas alteraciones políticas, que afectaron de forma especial a Pío VII, que también había sido obispo de Imola.

El cónclave que siguió a la muerte de Gregorio XVI se celebró los días 15 y 16 de junio de 1846 en el Palacio del Quirinal con asistencia de cincuenta cardenales y fue uno de los más breves que había conocido la historia de la Iglesia.

Las dotes eminentes de que estaba adornado el cardenal Mastai Ferretti, el buen conocimiento que poseía de los problemas de la Iglesia y de los Estados Pontificios fueron las cualidades que atrajeron sobre su persona los votos de los electores.

Contrariamente a una opinión que se difundió durante algún tiempo, el cardenal Mastai Ferretti fue elegido

Papa sin que ninguna nación le pusiera el *veto* en contra, ya que el cardenal Gaysruck, arzobispo de Milán, que según se dijo entonces, marchaba al cónclave llevando el veto del emperador de Austria contra el cardenal de Imola, llegó a Roma cuando el Papa ya había sido elegido.

El *veto* era una mala costumbre que tenían algunos soberanos católicos, deseosos de intervenir en la elección del nuevo Papa poniendo vetos a los cardenales que no consideraban amigos, para favorecer la elección de otros que estuvieran más de acuerdo con su línea política.

Durante los siglos XVII y XVIII las monarquías absolutas intentaron controlar al pontificado e intervenir en los cónclaves para que salieran Papas favorables a sus políticas, pero lo hicieron con otros métodos porque los Estados se sentían fuertes.

El veto lo pusieron varios reyes de España, Francia y Portugal y también el emperador de Austria. Por ejemplo, en 1831, Fernando VII de España puso el veto al cardenal Giustiniani, que había sido nuncio en Madrid, porque no compartía la política española ante la independencia de los estados hispanoamericanos y por ello fue elegido papa Gregorio XVI. En 1903 sucedería el mismo hecho, cuando el emperador de Austria puso el veto al cardenal Rampolla, que había obtenido ya la mayoría necesaria de votos, y en su lugar fue elegido Papa el cardenal Sarto, patriarca de Venecia, que tomó el nombre de Pío X. A dicho cónclave asistieron 62 cardenales, divididos en dos corrientes mayoritarias: los que deseaban continuar la política de León XIII y los que preferían cambiarla, sobre todo en sus relaciones con Francia. Los fautores de la primera corriente se orientaban hacia el cardenal Rampolla. Pero, antes del escrutinio de la mañana del 2 de agosto, entre el estupor y la deploración de todos, el cardenal Puzyna De

Kozielsko, arzobispo de Cracovia, presentó en nombre del emperador de Austria, Francisco José, el veto de exclusión contra Rampolla, considerado filo-francés.

Tras la protesta indignada del cardenal decano, Oreglia di Santo Stefano, y la noble reacción del mismo Rampolla, que llegó a tener treinta votos, la mayoría de cardenales se orientó hacia el patriarca de Venecia, Sarto, admirado por sus excelentes cualidades de pastor y por su vida ejemplar, quien obtuvo cincuenta votos y aceptó el pontificado como una cruz. Tomó el nombre de Pío en recuerdo de los tres Papas de este nombre que más habían sufrido en los dos siglos anteriores: Pío VI, Pío VII y Pío IX.

Pocos meses después del cónclave, con la bula *Commissum nobis*, del 20 de enero de 1904, el nuevo Papa prohibió a los cardenales, al secretario del cónclave, y a cualquier otra persona que de un modo u otro participase en la elección del Pontífice, que en el futuro se hicieran portavoces de los intereses de las potencias civiles –ni siquiera expresando un simple deseo–, y amenazando a quien se atreviera a transgredir este mandato con una excomunión reservada al futuro Romano Pontífice. Y para reforzar la autonomía e independencia de la Iglesia en la elección del Papa, emanó el motu propio *Vacante sede* en la que dio normas a los cardenales reunidos en cónclave para tutelar su libertad de voto.

El veto de 1903 demostró, por una parte, la audacia de una gran potencia que actuó, evidentemente, por razones político-diplomáticas y, por otra, fue el último coletazo de una monarquía decadente que, apenas diez años más tarde, desaparecería para siempre de la geografía política.

He querido detenerme en este hecho para demostrar que la elección de Pío IX fue completamente libre, y no estuvo viciada por ninguna ingerencia política.

VIII

HERENCIA DE GREGORIO XVI

Apenas elegido Papa, Pío IX escribió una carta autógrafa a sus tres hermanos –Gabriel, José y Cayetano– en la que les dijo:

Dios bendito, que humilla y exalta, ha querido elevar mi miseria a la más sublime dignidad que existe en la tierra, cúmplase siempre su santa voluntad. Conozco de alguna manera la gravedad casi inmensa de tal oficio, y conozco igualmente mi pobreza, por no decir la verdadera nulidad de mi espíritu. Haced que oren y orad por mí. El cónclave ha durado 48 horas. Si el ayuntamiento decidiera realizar algún gesto en mi honor, procurad, porque así lo quiero, que la cantidad sea toda utilizada en cosas de provecho para la ciudad a juicio del alcalde y de los ancianos. En cuanto a vosotros, queridos hermanos, compadeced a vuestro hermano que os da a todos la bendición apostólica. Pío IX.

Era consciente el nuevo Papa de la gran responsabilidad que habían cargado sobre él los cardenales no solamente como Pastor universal de la Iglesia sino también como soberano del Estado Pontificio.

Éste comprendía entonces un extenso territorio que limitaba al norte con el río Po, al este con el mar Adriático, al sur con el reino de las dos Sicilias y al oeste con

el ducado de Toscana por arriba y con el mar Tirreno. Es decir, las actuales regiones de Emilia-Romaña, Umbria, Marcas y Lacio. Las ciudades más septentrionales del Estado eran Ferrara y Bolonia, mientras al sur estaba Roma, capital de los Estados.

Cuando Pío IX fue elegido Papa la Iglesia había comenzado a vivir una situación nueva, ya que el principio fundamental que inspiró a las estructuras políticas de la sociedad liberal con respecto a la religión fue diametralmente opuesto al que se había mantenido inalterado durante el Antiguo Régimen.

Mientras hasta entonces había habido una unión estrecha Altar-Trono, desde la Revolución francesa prevaleció la distinción entre el orden político y el espiritual, entre el civil y el religioso, entre el temporal y el sobrenatural. Esto llevó en términos generales a una separación neta Iglesia-Estado, de tal modo que ambos procedieron por caminos paralelos que no se encontraron jamás.

Pío VII trató de actuar una verdadera restauración especialmente religiosa, mientras que Gregorio XVI condenó el liberalismo en 1832. Por ello, a lo largo del siglo XIX prevaleció un modelo de Iglesia como «sociedad perfecta», con una dignidad semejante a la del Estado. En cambio, la visión de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo y, por consiguiente, como sociedad diversa del Estado tanto por su naturaleza como por su finalidad y por sus medios comenzó a aparecer en algunos autores, ya en el primer tercio del siglo.

Gregorio XVI había dicho desde el comienzo de su pontificado que no quería conflictos políticos, y sin embargo no tuvo más remedio que ocuparse de cuestiones españolas y portuguesas, ya que los gobiernos liberales de los respectivos países tomaron una serie de medidas

contra la Iglesia que obligaron al Papa a intervenir directamente.

Gregorio XVI cometió errores políticos, pero fue excesivamente maltratado por historiadores liberales y escritores de su tiempo, condicionados sin duda por la intransigencia que caracterizó su gobierno y por la cerrazón de sus más estrechos colaboradores, hostiles a cualquier innovación en el campo socio-político. Este Papa favoreció la acción misionera de la Iglesia sobre todo en América y desde su pontificado comenzó a acentuarse cada vez más el influjo de la Sede Apostólica en nivel universal.

Los últimos años de Gregorio XVI y los primeros de Pío IX pertenecen al período histórico de la Iglesia caracterizado por el comienzo de la revisión de las estructuras eclesiales y de la acción de los católicos en un mundo que comenzaba a vivir las primeras experiencias de la moderna revolución industrial y pudo dar frutos sazonados solamente en los últimos años del siglo.

Desde finales del siglo XVIII la Santa Sede fue sometida a un lento pero progresivo proceso de marginación en el campo internacional, por parte de las potencias políticas que no quisieron reconocerle al Papa el papel de árbitro.

Ésta fue una de las primeras consecuencias del Estado absoluto, que no podía admitir algo que le invadía, como la Iglesia, una institución que establecía comunicaciones con realidades que el Estado no podía controlar, como obispos, religiosos y católicos entre ellos y con Roma.

Las monarquías absolutas no querían reconocer ningún otro poder por encima de ellas y mucho menos el poder de Roma. Una de las razones fundamentales para suprimir órdenes o expulsar religiosos era que te-

nían superiores o centrales fuera del Estado. Esta situación provocó que, por ejemplo, en Austria y España se exigiera a los religiosos que tuvieran sus superiores generales equivalentes en Viena o en Madrid, pero no en Roma. El Estado quería controlarlo todo y no podía permitir la existencia de instituciones o realidades incontroladas por él.

Al llegar la Revolución francesa el poder temporal de la Iglesia y su capacidad de autonomía había quedado reducida a la mínima expresión. Y tanto el Estado liberal, a lo largo del siglo XIX, como los regímenes totalitarios del XX, trataron de anular la presencia de la Iglesia en el Estado para neutralizar su influjo en la sociedad.

Tras la Restauración el Papa regresó triunfalmente a Roma, pero no consiguió recuperar plenamente su poder político, ya que el restablecimiento del Estado Pontificio no significó nada, porque no tenía ninguna importancia. La prueba más evidente de esto la tuvo el cardenal Consalvi que en el Congreso de Viena (1815) cuando vio que se le trataba como ministro de un pequeño Estado sin poder ni influjo. El Papa quedó excluido de todas las combinaciones diplomáticas de la Restauración porque las grandes potencias no querían que les propusiera criterios extraños a sus intereses basados sobre la fuerza. El Papa no tenía potencia militar, ni territorial, ni colonial y por ello su presencia molestaba, pues introducía criterios morales a nivel de derecho internacional no admitidos, ya que los criterios eran los de los equilibrios, de la justificación de la potencia, de la hegemonía y del legitimismo.

El espíritu religioso del romanticismo católico del que *Chateaubriand* fue exponente típico, hubiera querido una plena Restauración de la Santa Sede, pero las potencias, que hubieran querido prescindir por com-

pleto del Papa, se limitaron a demostrarle un obsequio verbal y a desinteresarse de su situación real cuando comenzó el *Risorgimento*. De este modo el Papa quedó cada vez más aislado políticamente.

Las consecuencias de esta nueva concepción de la sociedad liberal fueron la convicción de que el origen de la sociedad y de la autoridad es puramente humano y convencional, y por consiguiente, sin ninguna referencia a la autoridad divina, y de que la unidad política se funda sobre la identidad de los intereses políticos. Desapareció el concepto de «religión de Estado» y se reafirmó la plena libertad de conciencia. La legislación civil no tuvo en cuenta el ordenamiento canónico. El Estado reivindicó varias actividades ejercidas prevalentemente por la Iglesia hasta entonces, por ejemplo se establecieron los registros civiles, la administración de los cementerios, la dirección de instituciones benéfico caritativas y docentes, colegios, hospitales, etc. Desaparecieron las inmunidades y privilegios típicos del antiguo régimen.

Por lo que se refiere a la separación Iglesia-Estado ésta se realizó de modo diverso según los países y las circunstancias socio-políticas de cada uno de ellos. En unos hubo una *separación neta*, como fue en los Estados Unidos de América, y quedó establecida en la Constitución de 1787. En otros, la *separación* fue *parcial*, como ocurrió en Bélgica. Y fue *hostil* en casi todas las naciones latinas: España, Francia, Italia y Portugal y en diversos países de Latinoamérica. Para resolver los conflictos existentes en muchos de estos países se buscó la vía concordataria, mediante la cual Iglesia y Estado se hicieron concesiones recíprocas.

La nueva situación obligó a la Iglesia a buscar una nueva identidad, que le permitiera desarrollar su misión entre la tradición y la modernidad. Y no todo fue

negativo para la Iglesia, ya que, al perder los antiguos privilegios perdió también los antiguos lazos que la vincularon excesivamente al poder civil. La Iglesia adquirió mayor independencia y libertad, pero esta independencia obligó a los católicos a unirse más estrechamente con el Papa y produjo como primera consecuencia el llamado «ultramontanismo», que tuvo su momento más álgido en la unión a la persona de Pío IX tras la pérdida de los Estados pontificios. Este fenómeno llevó consigo a una mayor centralización del poder espiritual en la persona del Papa y de la Curia Romana.

El clero secular disminuyó sensiblemente con respecto al del Antiguo Régimen y tuvo características diversas en América, donde hubo siempre poco clero, y en Europa, donde a pesar de la disminución de vocaciones, se mantuvo un nivel bastante elevado de sacerdotes. Y lo mismo hay que decir de los institutos religiosos, que en Europa y América ofrecieron situaciones contradictorias, pues mientras en el viejo continente eran suprimidos y sufrían fuertes crisis en el nuevo mundo tenían un desarrollo prometedor.

IX

¿PÍO IX, PAPA LIBERAL?

Pío IX fue coronado el 21 de junio de 1846 entre demostraciones populares de vibrante entusiasmo porque fue muy amado:

- por la fascinación que irradiaban su relativa juventud –tenía 54 años– y personalidad,
- por los entusiasmos que suscitó al principio de su pontificado y
- por la dignidad con que soportó numerosas adversidades.

A pesar de que, cuando Pío IX fue elegido Papa la Iglesia vivía uno de los peores momentos de su historia por la grave situación de los Estados Pontificios, ciertamente fue el Papa más popular del siglo XIX, porque era de tendencias más liberales que su predecesor; de carácter amable y acogedor, muy sensible a las justas pretensiones de sus súbditos, y se esforzó por satisfacer el legítimo deseo de una mayor libertad y de una reorganización política. Por ello comenzó su pontificado concediendo una amplia amnistía (17 julio 1846) a numerosos presos políticos, mitigando la censura y permitiendo el retorno de los exiliados por motivos políticos que no hubiesen cometido atentados contra el orden público ni turbado el funcionamento del Estado,

tras una simple declaración de sumisión a las autoridades públicas.

La concesión de la amnistía dio lugar a frenéticas demostraciones que parecían no acabarse nunca, hasta el extremo de que el cardenal Gizzi, secretario de Estado, tuvo que intervenir con circulares y ordenanzas llamando la atención de las autoridades y de los ciudadanos a una mayor austeridad, con el fin de ejecutar el programa reconstructivo y reformista que el Papa se había propuesto. Pero se vio enseguida que todas aquellas demostraciones tan exaltadas y reiteradas no eran más que una maniobra de agitadores ocultos para habituar al pueblo a manifestarse en público.

Con un edicto del 15 de marzo de 1847 fue mitigada la censura de la prensa, si bien esta decisión no satisfizo a todos, pues los liberales hubiesen preferido una abolición total de la censura en lugar de una mitigación de la entonces existente.

El 18 de junio fue instituido el Consejo de Ministros y el 5 de julio fue creada la guardia cívica en Roma a la vez que daba disposiciones normativas para las otras ciudades del Estado. El 14 de octubre fue instituida la Consulta del Estado, presidida por un cardenal y formada por 24 consultores elegidos por el Papa tras la designación de los consejos provinciales y municipales. De este organismo formaron parte muchos liberales moderados.

También suavizó la condición de los hebreos en Roma, donde, por otra parte, gozaban ya de un tratamiento mucho más humano que en otros países, y llegó a ordenar la abolición de la clausura del «ghetto».

Su experiencia pastoral le había puesto en condiciones de captar directamente las necesidades auténticas del pueblo. Su amistad con el conde Giuseppe Pasolini

de Ravenna, estudioso apasionado de ciencias políticas y sociales, liberal moderado, le ayudó para ponerse al día de las ideas que se iban difundiendo en los ambientes cultos y, al mismo tiempo, para conocer los escritos recientes de Baldo, Gioberti y otros autores que fueron creando en aquellos años una nueva conciencia nacional, federativa y unitaria entre los italianos. Anteriormente había leído el «Manifiesto de Rimini», del 24 de septiembre de 1845 y los «Casos de la Romaña», de Massimo d'Azeglio, con quien había tenido contactos desde 1845, y reconocía que este opúsculo decía muchas verdades, aunque mezcladas con mentiras y exageraciones.

Por todo esto, se planteó inmediatamente el problema de la situación de los Estados Pontificios e instituyó una Congregación para el estudio de los asuntos más urgentes, encargada de afrontar las siguientes cuestiones: amnistía, ferrocarril, finanzas, tribunales y ejército.

Esta Congregación estuvo formada por seis cardenales y tuvo como secretario al fiel colaborador del Papa, Corboli-Bussi. El mismo Pío IX presidió personalmente cinco reuniones en las cuales fueron tratados todos estos asuntos.

El 24 de agosto de 1847 mons. Corboli-Bussi marchó de Roma con instrucciones secretas del Papa para proponer una liga aduanera, sobre el tipo del *Zollverein* alemán, a las Cortes de Florencia, Turín y Módena. La razón verdadera de esta iniciativa era sacudir el sentimiento patriótico todavía adormecido en muchos con el fin de darle un orientación federalista nacional. Por ello quedó excluida Austria. La liga aduanera debería abrir el camino a una unión más estrecha entre las cortes italianas en el orden civil, militar y político.

Esta iniciativa encontró una respuesta positiva, inmediata e incondicional desde Florencia. Sin embargo, la corte de Turín la sometió a tantas cautelas, exámenes y restricciones que demostró que no le era cosa grata. Hicieron falta más de dos meses para llegar a la conclusión de algunos puntos preliminares, que fueron firmados el 3 de noviembre. Todo esto le permitió a Austria minar el terreno a la iniciativa pontificia, en Módena y en los ducados, y negociar con ellos una especie de tratados secretos, comerciales y militares, en condiciones mucho más ventajosas, que fueron firmados el 24 de diciembre.

A pesar del fracaso de esta liga, el nombre de Pío IX fue exaltado en toda Italia porque se le consideraba como el campeón de la nacionalidad y porque daba la impresión de que impulsaba los movimientos que empujaban hacia una guerra nacional. Y esto, sobre todo, desde que, en agosto de 1847, con un gesto sumamente impolítico, Austria hizo reforzar el presidio de Ferrara y ocupó los puntos militarmente más importantes de aquella ciudad. Este incidente quedó resuelto en muy poco tiempo por vía diplomática, pero las demostraciones populares se repitieron sin fin y al nombre de Pío IX se unió el de Carlo Alberto de Turín, el cual, en una carta, que se hizo circular, se declaró dispuesto a la guerra para defender la «causa güelfa».

El nuevo Papa fue considerado por muchos como liberal y nacional y, por este motivo, sus reformas, interpretadas en el mismo sentido, encendieron oleadas de entusiasmo indescriptible en toda Italia. Fue entonces cuando nació el mito de Pío IX, considerado el Papa promotor del movimiento unitario, destinado a expulsar a los austríacos y a renovar la nación. Incluso los partidos revolucionarios se asociaron a este clima generalizado y

contribuyeron a alimentar de forma exagerada las esperanzas de las masas porque Pío IX suscitó un movimiento de esperanza en la conciliación entre el Papado y las aspiraciones nacionales.

El mito del Papa liberal, que habría dado solución a los principales problemas que la Iglesia tenía en aquellos momentos, fue construido de forma artificial por Massimo D'Azeglio y Giuseppe Mazzini y, también, por la incertidumbre con que el mismo Papa reaccionó ante este epíteto. Durante un par de años el nuevo Papa fue el benjamín de la opinión pública liberal-moderada y patriótica y consiguió incluso ganarse la estima de no pocos «comecuras», gracias a algunas reformas moderadas, pero acertadas.

Consciente de la situación y de sus peligros, pero emotivo e incapaz en aquel momento de resistir a la excitación universal, el mismo Papa acabó por agravar el equívoco, con el silencio o con gestos y frases que se prestaban a una fácil tergiversación porque respondían en el fondo a los impulsos contradictorios de su ánimo. También se explica, en parte, este mito porque estaba entonces largamente difundida, tanto dentro como fuera de Italia, la esperanza de un Papa que reconciliase el cristianismo y la libertad, con lo cual se manifestaba una abierta hostilidad hacia Gregorio XVI, que había desilusionado por completo a los fautores de las libertades modernas.

En cambio, el impuso reformador del comienzo de su pontificado, caracterizado por incertidumbres y oscilaciones, acabó por reducirlo a una serie de concesiones hechas con retraso, bajo la presión de las masas, y a un duelo, conducido más hábilmente en la base que en el vértice, entre el Papa –que, a pesar de aceptar la idea de la Consulta, quiso mantener su poder absoluto–, y cuantos

miraban decididamente hacia un régimen constitucional. El experimento constitucional, impuesto por las circunstancias, era intrínsecamente imposible, y su fracaso precipitado por el mezclarse de una cuestión todavía más grave, la legitimidad o no de una intervención armada contra Austria, la posibilidad o menos de una liga política.

Pero la verdad es que Pío IX nunca se apropió del programa neogüelfo, inconciliable con su misión espiritual universal. Los términos de güelfos y gibelinos, al pasar a Italia, adquirieron un significado más amplio y, en parte, distinto: se llamaron gibelinos los partidarios de los emperadores y güelfos los del Papado y de las ciudades italianas en lucha contra el Imperio.

Sobre Pío IX fueron ejercidas fuertes presiones para que saliera de su neutralidad. Pero el Papa, habiendo examinado el problema bajo todos sus aspectos, consideró que era su deber, dadas también las condiciones en que se encontraba su Estado, de valerse de su autoridad y hacer que la unidad nacional tuviera una solución no belicosa sino pacífica. Porque desde el principio de su pontificado hasta noviembre de 1848, es decir hasta la fuga a Gaeta, nunca perdió de vista la idea de una confederación italiana y secundó los proyectos elaborados por Corboli Bussi, por Rosmini y por Pellegrino Rossi.

Con respecto a las expectativas que despertó el «Papa liberal», que habría dado solución a los principales problemas que la Iglesia tenía en aquellos momentos, hay que decir que el mismo Rosmini en su citado libro, que permaneció inédito durante quince años, fue el intérprete más equilibrado y erudito de aquellos fermentos reformistas que se manifestaban en Francia, Alemania e Italia empujando hacia una Iglesia menos

«clerical», más independiente del poder civil, más fiel a su misión propiamente espiritual y, al mismo tiempo, fundada sobre un justo equilibrio entre el centro y la periferia. No faltaban, sin embargo, otras corrientes que consideraban del todo normal el control estatal sobre la Iglesia. Y precisamente, uno de los puntos cruciales de los primeros años del pontificado de Pío IX fue el escoger entre el reformismo rosminiano y el opuesto, que con una amplia aproximación se podría resumir en tres palabras: centralizador, clerical y concordatario.

X

REFORMAS EN LOS ESTADOS PONTIFICIOS

Roma recibió una constitución municipal civil, que permitió el acceso de los laicos a diversos ministerios y el 14 de marzo de 1848 fue proclamado un Estatuto con dos cámaras, de las cuales una debía ser elegida por el Papa y la otra por el pueblo. Pío IX concedió dicho estatuto imitando el ejemplo de los otros príncipes italianos.

Pero la situación se precipitó rápidamente en aquel año 1848 –el año de las revoluciones– y los planes del Papa quedaron superados por los acontecimientos. Comenzó entonces un lento e irreversible proceso que acabó en 1870 con la pérdida de los Estados Pontificios. En su alocución del 29 de abril de 1848 Pío IX declaró que no podía, como padre de todos los fieles, participar en una guerra contra un pueblo católico como era el austríaco.

En una primera fase, que fue la del primer bienio de su pontificado, entre 1846 y la primavera de 1848, el Papa demostró una escasa capacidad de reacción a la exaltación patriótica universal del momento; se dejó arrastrar por la excitación de las masas y sólo consiguió con ciertas dificultades una clarificación interior y

una neta visión de su propia misión, incluso después de la atormentada redacción de la célebre alocución del 29 de abril de 1848. Este documento fue uno de los momentos más significativos del pontificado porque en él manifestó el Papa su deseo de renunciar a un empeño directo en la política para desarrollar una acción pastoral con renovada energía.

El fracaso del neogüelfismo era necesario, pero el giro decisivo del 29 de abril de 1848 llegó con retraso, después de muchas incertidumbres que se prolongaron incluso después del discurso, provocado en parte por motivos más bien secundarios, como el resentimiento del Papa ante la campaña de prensa que se movió contra él en Austria; todo esto no acalló suficientemente la postura de Pío IX y constituyó una abierta confesión de su incapacidad como soberano de mantener su propia autoridad frente a la plaza.

Dicha alocución tuvo, sin embargo, un significado que se le escapó quizá en aquel momento al mismo Pío IX, o que él, al menos en aquel momento, no llegó a comprender del todo: que la curia romana renunciaba a un compromiso directo con la política, que en numerosas ocasiones en tiempos pasados la había distraído de su auténtica misión, y se decidió a consagrarse con todo el vigor posible a su tarea espiritual. Es éste uno de los más singulares contrastes del pontificado de Pío IX, ocupado en larga medida en una batalla política perdida ya en principio, y al mismo tiempo, por naturaleza, inclinado hacia una acción pastoral, es decir muy atento a la renovación religiosa de la Iglesia.

Pero, durante los últimos meses de 1848 ocurrieron una serie de hechos –intentos extremos para superar la crisis política, revolución romana del 15-16 de noviem-

bre y huida del Papa a Gaeta– que fueron un fracaso rotundo para Pío IX. Su preocupación por evitar nuevas violencias, unida a un escaso realismo, y la espera, no del todo rara en Pío IX –por otra parte, siempre constantemente desconfiado ante pretendidos fenómenos sobrenaturales– de una intervención especial de la Providencia, llevaron en definitiva a lo que precisamente el mismo Pío IX había querido evitar a toda costa, es decir, la lucha cruenta de junio de 1849.

El estado de ánimo del Papa estuvo condicionado por sus motivaciones, profundamente religiosas, en la crisis decisiva de los años 1859-61, cuando el proceso de unidad italiana se intensificó durante dicho bienio con la caída de casi todo el Estado pontificio. El Papa condenó a los «usurpadores» y el emperador Napoleón III retiró sus tropas de Roma, después de haber conseguido del gobierno italiano la promesa de que respetaría los últimos restos del poder temporal del Papa, prácticamente reducido al Lacio, al territorio comprendido entre Viterbo y Frosinone.

Muchos estudiosos y la opinión generalizada, que tiende a simplificar las cosas, consideran a Pío IX:

- como el Papa de la llamada «Cuestión Romana», y sobre todo, como el adversario de la unidad nacional italiana;
- como el enemigo decidido de la libertad de conciencia y de culto;
- como el propulsor de un modelo de Iglesia no solamente distinta sino separada y por muchos aspectos hostil al mundo moderno;
- como el restaurador de dogmas viejos y nuevos y
- como el responsable del enfrentamiento directo de la Iglesia con el liberalismo, pagando el precio de un aislamiento creciente.

Ha sido presentado también como el Papa que habiéndose visto despojado progresivamente, trozo a trozo, de sus dominios temporales:

- la Emilia en 1859;
- las Marcas y la Umbria en 1861 y,
- el Lazio con Roma en 1870,
- se negó indignado a reconocer el hecho consumado,
- rechazó el compromiso con el usurpador, el recién constituido Reino de Italia;
- y se asumió la responsabilidad de hacerles faltar a las instituciones del nuevo Estado nacional cualquier colaboración por parte de sus fieles: una ruptura destinada a pesar no poco sobre los destinos de una nación compactamente católica como era la Italia de entonces.

XI

SOLICITUD PASTORAL DEL PAPA

Pío IX fue una figura clave de la historia de la Iglesia en el siglo XIX y, aunque en su pontificado predominaron los aspectos políticos relacionados con la pérdida del poder temporal y después con la Cuestión Romana, desencadenando una polémica que, aunque involucró a muchos católicos de todo el mundo, sin embargo tuvo su centro y su eje en Italia, sin embargo hay que decir que la solicitud pastoral de Pío IX tuvo carácter universal, pues no se limitó a Italia, sino que se extendió a otras naciones de Europa y del Oriente así como a la América Latina y a las Indias orientales.

Su labor pastoral fue inmensa:

- constituyó el patriarcado latino de Jerusalén;
- erigió un total de 29 archidiócesis metropolitanas;
- fundó 133 diócesis;
- 18 prefecturas apostólicas;
- 3 delegaciones apostólicas;
- 33 vicariatos apostólicos;
- reconstituyó la jerarquía en Inglaterra y en Holanda;
- creó el primer cardenal de América del Norte, y
- favoreció los ritos y las tradiciones de las Iglesias Orientales, e
- instituyó la sección autónoma para los Orientales en la Congregación de Propaganda Fide.

Todo ello como consecuencia del gran desarrollo que la Iglesia fue adquiriendo a lo largo de su extenso pontificado tanto en el viejo continente como en los territorios de misiones. Intensificó las relaciones de las iglesias locales con Roma gracias al aumento de las comunicaciones, debidas a la nave de vapor y al ferrocarril. Por ello, la afluencia de peregrinos a Roma fue cada vez mayor.

Confirió el título de doctor de la Iglesia a tres insignes obispos:

- san Hilario de Poitiers,
- san Francisco de Sales y
- san Alfonso María de Ligorio.

Celebró tres ceremonias de beatificación:

- en 1865 para María Ana Fontanello, carmelita italiana de los siglos XVII-XVIII;
- en 1867 para el capuchino italiano Benito de Urbino de los siglos XVI y XVII (Marco Passionei) y,
- en el mismo año para 205 mártires del Japón, del siglo XVII, encabezados por el dominico español Alfonso Navarrete.

Canonizó a:

- san Miguel de los Santos, un trinitario español del siglo XVI;
- los mártires del Japón del siglo XV (Pedro Bautista Blázquez, Pablo Miki y 4 compañeros);
- santa Germana Cousin, una laica francesa el siglo XVI;
- san Josafat Kuncewicz, arzobispo ruteno y religioso de la Orden de San Basilio, mártir del siglo XVII;
- san Leonardo de Puerto Mauricio, franciscano de los siglos XVII-XVIII;
- santa María Francisca de las Llagas (Ana María Gallo), terciaria franciscana napolitana de siglo XVIII;

- un grupo de mártires Franciscanos de siglo XVI;
- san Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas en el siglo XVIII;
- san Pedro Arbués, agustino aragonés del siglo XV, mártir.

Al estudiar a Pío IX nos encontramos con un pastor de la Iglesia Universal que era, además, un soberano temporal; un Romano Pontífice, con intereses prevalentemente religiosos, pero absorbido en gran parte por cuestiones políticas.

Todos los generosos esfuerzos realizados por Pío IX para frenar el proceso de secularización que se había introducido prácticamente en todos los Estados tropezaron con la realidad histórica y fueron condenados al fracaso, aunque éste no fue siempre total y en algunos aspectos fue hasta positivo, ya que sirvió para despertar una conciencia más eclesial o menos subordinada a los estados civiles.

Pío IX miró con escepticismo al régimen constitucional, no sólo porque no lo consideraba apto para la Iglesia sino porque lo juzgaba malo en sí mismo. Persiguió un ideal abstracto de «cristiandad» y no captó el significado del proceso histórico del cual fue, al mismo tiempo, actor y víctima. Pío IX fue un Papa emotivo y complejo, siempre enamorado de Dios y de la Iglesia.

El Papa garantizó la verdadera libertad de la Iglesia contra los restos de josefinismo, de galicanismo y contra el neojurisdiccionalismo liberal. Hizo oír su palabra en Nápoles y en Florencia, en Viena y en Pietroburgo, aunque la estrategia seguida no siempre fue la mejor, porque no se comprendió que se podía salvar la libertad de la Iglesia más eficazmente en el cuadro de una defensa de la libertad general.

Pío IX estaba todavía vinculado a la vieja concepción prerrevolucionaria de un estado católico, en el que los acatólicos eran gravemente discriminados (en cartas dirigidas al emperador Francisco José en 1861 y al gran duque Leopoldo II de Toscana en 1852 el Papa defendía la necesidad de limitar el *status* jurídico de los acatólicos).

Si la batalla sostenida por Pío IX obtuvo resultados unas veces precarios y otras veces inferiores a las esperanzas nutridas se debe a visión de conjunto, a la preferencia por el régimen concordatario con todos los vínculos mantenidos sobre la Iglesia y tan deplorados por Rosmini.

Pero no se puede infravalorar la energía con que el viejo Papa defendió a los católicos polacos, objeto de continuos vejámenes por parte de Rusia, levantando su voz con una firmeza que asustó a toda Europa, y la intransigencia con que Pío IX, en perfecta unión con los católicos alemanes, supo resistir al desafío lanzado por Bismarck con las «leyes de mayo de 1873». El canciller de hierro encontró ante sí a un Papa de hierro, y si Pío IX, como sus predecesores Gregorio VII e Inocencio XI, no pudo recoger los frutos de su lucha, sin embargo preparó el camino a la composición, sustancialmente favorable para la Iglesia alemana, alcanzada por su sucesor.

XII

INVOLUCIÓN PSICOLÓGICA DE PÍO IX

Durante el exilio de Gaeta (1849), a Pío IX le entró una profunda tristeza porque se sintió culpable en parte de lo ocurrido; esto incidió profundamente en su ánimo inclinándolo hacia una visión pesimista de la realidad contemporánea, y una cierta dureza.

Una serie de elementos explican la involución psicológica de Pío IX. En primer lugar el hábil influjo del cardenal Giacomo Antonelli –no exento de sombras por su vida privada, pero lejano de aquella inmoralidad o escepticismo que durante tanto tiempo se le imputó–, secretario de Estado del Papa, aunque limitado al poder temporal y a las relaciones con los Estados, por lo menos hasta la fuga a Gaeta; el aislamiento al que fue gradualmente reducido el mismo Pontífice; la prematura muerte, de su mejor colaborador el inteligente mons. Corboli Bussi, un joven prelado de Urbino, que fue el verdadero inspirador de la política del Papa en sus primeros años y también en el campo religioso, y cuya muerte fue una de las más graves pérdidas de Pío IX, y la amargura profunda por las desilusiones probadas.

Todos estos elementos explican la involución psicológica de Pío IX, que, mientras en enero de 1849 se de-

claró dispuesto a mantener el estatuto, en abril del mismo año trató de aclarar a mons. Sibour, arzobispo de París, la imposibilidad de una conciliación entre la Iglesia y el mundo moderno, y en los meses sucesivos llegó no sólo a considerar el régimen constitucional incompatible con las características del Estado pontificio, sino incluso en sí y por sí, intrínsecamente perverso. Después de todo esto, era inevitable aquella restauración sobre la que el mismo Corboli Bussi, después de una larga meditación, pronunció un juicio compartido por la mayor parte de la historiografía contemporánea y confirmado por varios documentos de parte vaticana: «restauración reaccionaria e imperita».

Por desgracia, esta restauración no sólo debilitó las bases del poder temporal, sino que contribuyó a excavar un foso entre la Santa Sede y la opinión pública liberal. Era todo lo que había previsto y deprecado el francés conde De Falloux, uno de los campeones del catolicismo liberal, que el 4 de agosto de 1849 escribía al nuncio Fornari, diciendo: «Todas las miradas se dirigen hoy a Roma: todos los corazones flotantes, todas las conciencias inciertas ... esperan que se aleje o que se acerque una señal de paz o de hostilidad; que esto sea la señal de la paz es lo que todos desean ...» Pero la respuesta ya había sido dada con la condena de la obra de Rosmini, *Las cinco llagas de la Iglesia*, una de las cuales era la sumisión al poder laico y la ignorancia del clero. Rosmini, eminentemente especulativo, elaboró una doctrina fundada sobre la intuición de la caridad, como principio universal de verdad, tendiente a la realización en la dimensión del ser ideal dentro del orden de la razón.

XIII

CUESTIONES TEMPORALES Y ESPIRITUALES

Si Pío IX, como soberano temporal mostró incertidumbre y oscilaciones, como jefe de la Iglesia reveló desde el comienzo de su pontificado ideas muy claras y gran energía. Los problemas temporales, a pesar de su gravedad, no lo distrajeron del gobierno de la Iglesia y de la acción propiamente pastoral; y lo demuestra el hecho de que en varias veces y en los mismos días tomó decisiones muy relevantes en los dos sectores. Su actividad tuvo unos objetivos muy precisos, pues el Papa trató, ante todo, de reivindicar la independencia de la Iglesia contra los residuos del jurisdicionalismo, pero en el marco del tradicional sistema concordatario, que aseguraba simultáneamente al episcopado el apoyo estatal.

Así hay que entender, por ejemplo:

- su acción tenaz ante la corte de Viena desde las primeras semanas de su pontificado, que fueron el preludio de las ordenanzas de abril de 1850;
- las negociaciones con Toscana, que llevaron al protocolo del 30 de marzo de 1848, y más tarde al concordato del 21 de abril de 1851;

- las lentas negociaciones con Rusia, que se concluyeron con un acuerdo parcial en agosto de 1847;
- los reiterados esfuerzos para estipular un concordato con España, que sólo pudo ser realidad en marzo de 1851;
- los largos coloquios con el enviado chileno, que quedaron en nada, etc.

Al mismo tiempo, el Papa intervino directamente para reprimir las veleidades anticoncordatarias de vastos sectores del clero francés:

- promovió la reforma del clero secular y regular, con una acción personal sobre todo entre los benedictinos, los redentoristas y los dominicos;
- dio los primeros pasos de la política centralizadora, prohibiendo los concilios nacionales de Francia y Alemania, pero estimulando, a la vez, la celebración de sínodos provinciales, que se multiplicaron por todas partes a partir de 1849;
- subrayó la neta subordinación del laicado a la jerarquía, con una clara desconfianza hacia el apostolado organizado de los seglares, a los que vio siempre en función instrumental y la postura más abierta del futuro cardenal Newman, que provocó grandes amarguras y dificultades;
- consiguió acabar con el llamado cisma de Goa, con una transacción que salvó a las personas y reafirmó los principios; condenó toda forma de tolerancia del culto público acatólico (así puede verse en la carta al presidente de la Nueva Granada en agosto de 1847, que pasó después en la substancia al *Syllabus*);
- desplegó una acción de largo alcance para desligar a la Iglesia en el Medio Oriente de la tutela francesa, que terminó con la creación de una delegación

apostólica en Constantinopla y la erección del patriarcado latino de Jerusalén;
- se dirigió a los ortodoxos, aunque de forma un tanto desafortunada y precipitada, invitándoles a que se reconciliaran con Roma;
- restableció la jerarquía en Inglaterra.

Hay que hablar también de algunos gestos de benevolencia que Pío IX tuvo hacia los judíos romanos, una comunidad muy antigua, que tenía gran actividad y dinamismo. Pueden parecer gestos pequeños, pero, en realidad, fueron semillas que fructificaron con el paso de los años abriendo el camino hacia el cambio de actitud de la Iglesia ante los hebreos.

Pío IX hizo grandes concesiones a los hebreos –que ya gozaban en Roma de mejores condiciones que en otros países– dándoles generosas limosnas, proclamándolos hijos suyos, al igual que todos los súbditos del Estado Pontificio; los liberó del tributo que estaban obligados a pagar anualmente haciendo un humillante cortejo por las calles de Roma que salía del Capitolio; autorizó que visitara la Ciudad Eterna el rabino de Jerusalén Moisés Israel Kassan; amplió y mejoró las condiciones del *ghetto* y ordenó que no volvieran a cerrarse sus puertas de noche, como se hacía entonces en muchos otros lugares. En señal de gratitud por estos gestos, un hebrero muy rico de Livorno le dejó al Papa en herencia 30.000 escudos, que Pío IX entregó a los parientes del difunto y, al haberlos éstos rechazado, los destinó a los pobres del *ghetto* de Roma. Habiendo ido los hebreos al Quirinal para darle las gracias y ofrecerle como regalo una antigua urna, Pío IX los acogió con gran cordialidad y les entregó mil escudos como recompensa.

Tal extremo alcalzó el entusiasmo de los hebreos romanos que algunos de los más ortodoxos y practicantes

–según se dice– llegaron a preguntarse refiriéndose al Papa: *¿Será él el Mesías?*

Fueron semillas que Pío IX sembró con paciencia y clarividencia y que comenzaron a dar frutos medio siglo más tarde con gestos mucho más fuertes y significativos:

- Pío XI condenó las leyes raciales del fascismo;
- Pío XII ayudó, protegió y salvó a miles de hebreos de la persecución nazi durante la Segunda Guerra Mundial;
- Juan XXIII suprimió, de las oraciones del Viernes Santo, la expresión que se refería a los *pérfidos Judíos*;
- el Vaticano II abrió una nueva era en las relaciones entre el cristianismo y el hebraísmo,
- Pablo VI hizo el primer viaje apostólico de un Papa a Tierra Santa,
- Juan Pablo II visitó la Sinagoga de Roma, ha condenado en numerosas ocasiones el «holocausto» de los judíos provocado por los nazis y ha hecho otros muchos gestos favorables a los hebreos que han culminado con su peregrinación a Tierra Santa y al Estado de Israel en marzo de 2000.

Todo esto son los frutos de aquella semilla de amor, comprensión y respeto hacia los hebreos que Pío IX sembró en la Roma papalina a mediados del siglo XIX, con una política hacia ellos mucho más abierta, avanzada y tolerante que la de otros estados y países.

XIV

PROMOTOR DE LA REFORMA DE LOS RELIGIOSOS...

Una constante del ministerio de Pío IX fue su preocupación por la reforma de los religiosos y por la formación del clero. Lo demostró en sus años de obispo y los intensificó mucho más durante su pontificado, ya que la solicitud por la formación de los seminaristas y del clero joven constituyen uno de los aspectos fundamentales de su ministerio. Este interés por un sector tan delicado e importante en la vida de la Iglesia contribuyó a promover e iluminar la importancia de su pontificado.

A los pocos meses de su elección Pío IX instituyó una congregación especial que debía estudiar las medidas más oportunas para acabar con la crisis de los religiosos.

Las cuestiones políticas que atormentaron el bienio 1846-48 y la estancia del Papa en Gaeta y Nápoles, no detuvieron la obra de reforma, gracias a la valentía de dos enérgicos colaboradores del Papa, el capuchino Justo de Camerino y monseñor Bizzarri, que serían creados cardenales más tarde. Aquél fue la mente del delicado proceso y éste el ejecutor. Al capuchino se debe los principios ideales que inspiraron la reforma y a monseñor las aplicaciones concretas.

En 1847 dirigió Pío IX una encíclica a todos los superiores generales invitándoles a cooperar con la Santa Sede para reparar los abusos introducidos, y durante los años sucesivos dio normas para cuidar con mayor atención la selección de los candidatos y para restaurar la vida común de los regulares.

A pesar de las dificultades provocadas por las nuevas dispersiones de religiosos a causa de las leyes de 1855, 1866 y 1873, gracias a la colaboración entre el vértice y la base, a la prudente gradualidad de las medidas tomadas por el Papa, la batalla por la plena observancia de los votos por parte de los religiosos estaba bien orientada cuando el Papa murió y a finales del siglo XIX podía decirse que el objetivo se había conseguido plenamente.

Pío IX supo tolerar las costumbres de los religiosos ancianos pero procuró formar bien a las nuevas generaciones de quienes querían abrazar la vida religiosa como auténtica consagración a Dios en toda su plenitud y belleza. Al mismo tiempo, el Papa apoyó las fundaciones de nuevos institutos religiosos masculinos y femeninos orientados hacia una vida más activa, como respuesta al desafío del laicismo.

Pío IX reconoció que era imposible cambiar mentalidad y estilo de vida de las viejas generaciones de religiosos y, por ello, trató de formar a los más jóvenes con la introducción inmediata de la vida común en los noviciados y en los estudiantados y con la imposición de los votos simples antes que los perpetuos, lo cual facilitaba la dimisión de los ineptos y de las falsas vocaciones de quienes entraban en los conventos simplemente para asegurarse una forma de subsistencia.

El Papa insistió en la vida común y en la introducción de los votos simples trienales antes de los solemnes,

decisiones en realidad modestas –destinadas a ser, antes o después, superadas por otras disposiciones–, que provocaron vivas resistencias de la base, aferrada a viejos esquemas. Incluso el cardenal Pecci, el futuro León XIII, se mostró contrario porque prefería una reforma radical y rechazaba las medias medidas. Los superiores generales temían que los votos simples constituyeran una relajación de la vida religiosa. En cualquier caso las iniciativas de Pío IX, no obstante la grave crisis causada por las dispersiones impuestas por la ley de 1866, tuvieron una gran eficacia e incidieron profundamente sobre la vida de todas las órdenes y congregaciones religiosas.

Numerosas instituciones religiosas nuevas encontraron en Pío IX no sólo un fautor sino casi un autor, así por ejemplo los salesianos de san Juan Bosco, quien reconoció a Pío IX como segundo fundador de dicha congregación religiosa.

XV

... Y DE LA FORMACIÓN DEL CLERO

La solicitud del Papa por la formación del clero se manifestó ya desde su primera encíclica *Qui pluribus*. En ella insistió a los obispos sobre la exigencia de una adecuada formación de los religiosos y reafirmó el valor de la disciplina del clero. Pío IX dijo a los obispos que muchas personas conscientes de confesar nuestra religión, serían conducidos mucho más fácilmente a su doctrina, a los preceptos y las instituciones de la misma si vieran al clero más virtuoso y preparado.

Una segunda característica de la acción de Pío IX en el ámbito de la formación del sacerdotal, fue su interés por procurar una formación más profunda y especializada de los candidatos que demostraban poseer mejores cualidades intelectuales y pastorales. Este proyecto lo hizo realidad con la fundación del «Seminario Pío», aunque, en Roma ya existía el Seminario romano, destinado a la formación del clero de la Urbe. La nueva institución querida por Pío IX tuvo como finalidad primordial formar a los mejores clérigos de las 68 diócesis del Estado Pontificio.

No menos importante fue la aportación dada por Pío IX al incremento de la presencia en todo el mundo de sacerdotes formados en Roma con la fundación

de colegios nacionales para la formación de seminaristas provenientes de todas las partes del mundo. De este modo surgieron el Colegio

- Americano del Norte (1859),
- el Beda para los ingleses (1852),
- el Francés (1853),
- el Lombardo de los Santos Ambrosio y Carlos (1863),
- el Pío Latino Americao (1858),
- y el Polaco (1866).

En 1865 sugirió a los obispos españoles la fundación de un Colegio español, que no pudo ser realidad hasta 1892 gracias al impulso dado por León XIII y a la iniciativa personal del beato Manuel Domingo y Sol, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, a quienes fue encomendada la dirección del mismo por el Papa.

Pío IX fue incansable en la promoción de cuanto se refería a los estudios y a las ciencias sagradas, reprimiendo, cuando era necesario, las desviaciones y los errores que podían poner en peligro la fuerza de la doctrina catolica y de la disciplina eclesiásica. En este sentido fue un digno predecesor de León XIII.

A pesar de los múltiples problemas que le dieron el gobierno temporal de los Estados Pontificios y las cuestiones intraeclesiales, el Papa se interesó personalmente por el desarrollo de las investigaciones arqueológicas, tanto cristianas como profanas, encomendadas las primeras a Giovanni Battista de Rossi y las segundas a Ercole Visconti.

Gracias a la intensa acción de Pío IX fue desapareciendo la figura del sacerdote de misa y olla, o del cura dedicado a la simple administración y se fue consolidando el pastor de almas, tal como lo concebía el Papa,

entregado plenamente al ejercicio de su ministerio espiritual. Algunos historiadores critican que para conseguir este objetivo se tuvo que pagar un precio muy alto debido a la progresiva cerrazón ante el mundo moderno, que tuvo como contrapartida el laudable esfuerzo para elevar la vida interior del sacerdote. Probablemente Pío IX no advirtió con la misma intensidad que Rosmini, la necesidad de que en el sacerdote la ciencia y la santidad estuvieran estrechamente unidas, ya que una nacía de la otra.

Pero, al mismo tiempo, consiguió que se fuera imponiendo una piedad de tipo antijansenista, más indulgente, humana y popular, que, si bien es verdad que pudo caer en algún exceso folclorista, sin embargo ofreció durante mucho tiempo, especialmente en los ambientes rurales, una base sólida para una intensa vida cristiana.

Los rasgos esenciales de esta espiritualidad –heredados de san Alfonso María de Ligorio, proclamado doctor de la Iglesia en 1871– se pueden resumir

- en la mayor frecuencia de sacramentos,
- en la acentuada devoción al Sagrado Corazón y a la Virgen –favorecida también por la proclamación del dogma de la Inmaculada en 1854–,
- en la insistencia en las prácticas de piedad y
- tal vez en un cierto «devocionismo», que corría el riesgo de dispersar el ánimo en demasiadas direcciones.

También en este caso, el fenónemo se presenta polivalente, con aspectos positivos y negativos, pero en su conjunto debe ser considerado altamente constructivo. El rezo del santo Rosario, convertido en ejercicio de meditación continuada de las familias que se reunían por las tardes para recitarlo, fue para almas muy profun-

das, como la de Angelo Giuseppe Roncalli, un ejercicio de meditación permanente y de contemplación tranquila y diaria, que mantenía abierto el espíritu hacia el vastísimo campo de su magisterio y de su ministerio de pastor supremo de la Iglesia y de padre universal de las almas. Ésta es la espiritualidad que desde Pío IX, pasando por san Pío X, llegará hasta Juan XXIII: por ello, a nadie debe sorprender la viva devoción de este Papa por su lejano antecesor.

XVI

EL DOGMA DE LA INMACULADA

Con los términos «Inmaculada Concepción» se indica la doctrina católica según la cual «la Bienaventurada Virgen María, desde el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio que Dios omnipotente le concedió, en previsión de los méritos de Jesucristo Salvador del género humano, fue preservada inmune de toda mancha de pecado original». Así lo dijo Pío IX en la bula *Ineffabilis Deus.*

Ya desde los tiempos más antiguos la doctrina inmaculista estuvo presente de forma implícita en los padres y doctores de la Iglesia. San Efrén la explicitó en el siglo IV y a lo largo de los siglos, tanto en Oriente como en Occidente, fue consolidándose la creencia en este misterio, cada vez más elaborada por los teólogos, de tal forma que fue aceptándose de forma universal y, a partir del siglo XVI, aumentaron las peticiones de reyes, obispos, órdenes religiosas y del pueblo cristiano a los Pontífices para que se llegara a la proclamación del dogma.

Apenas elegido Papa, Pío IX decidió satisfacer este deseo de los fieles y en 1848 nombró una comisión de cardenales y teológos encargados de examinar la cuestión a fondo.

Pío IX reafirmó vigorosamente el orden sobrenatural en sus varias encíclicas y en los trabajos preparatorios de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen, hecho este no frenado por la estancia en Nápoles sino, al contrario, ulteriormente estimulado por la impresión que le produjo al Papa la devoción popular de los napolitanos a la Inmaculada, folclorista y chillona, pero sincera; reflejo, en parte, de la piedad popular española, que los Borbones habían transmitido a sus súbditos sicilianos.

Conocida es la profunda piedad mariana del Papa alimentada desde su infancia en su tierra natal, donde a la Virgen se le tiene gran devoción. Por eso, siempre promovió su culto e ilustró sus prerrogativas singulares. Desde su llegada a Gaeta en 1848 quiso honrar a la Madre de Dios y mediante una encíclica, fechada en 2 de febrero de 1849, quiso interpelar a todo el episcopado sobre la posibilidad de definir la Concepción Inmaculada de María. La respuesta fue plebiscitaria, pues de las 665 respuestas, 570 fueron favorables con mucho entusiasmo, otras fueron positivas, pero dudaban sobre la oportunidad de la definición y solamente 8 fueron contrarias. También los teólogos consultados fueron favorables a la definición dogmática, ya que a través de la Sagrada Escritura podían encontrarse elementos que probaran la concepción inmaculada de María.

La bula *Ineffabilis*, de 1854, pronunció de forma solemne la *definición de la Inmaculada* como dogma de fe. Este documento fue terminado pocas semanas antes de la proclamación del dogma. La redacción final fue hecha personalmente y en gran parte por el mismo Pío IX, que trabajó en estrecha colaboración con su fiel secretario Luca Pacifici. La perspectiva general de la bula tiene un interés particular desde el punto de vista teológico, pues

reflejaba la orientación general de la escuela romana. Puso el acento sobre la fe actual de la Iglesia; mientras que el pasado fue visto en una perspectiva global, que tuvo en cuenta todo el conjunto, sin preocuparse de precisar el exacto significado histórico de cada afirmación.

En otras palabras, se preocupó tanto de la intención subjetiva de cada autor cuanto del eco y del efecto que los escritos y las declaraciones tuvieron en el pueblo de Dios a lo largo de los siglos. La dimensión histórica tan querida por Carlo Passaglia (1812-1887) y Giovanni Perrone (1794-1876) fue sobrepasada por la teológica. Por ello, prevaleció en la bula de definición la fe actual de la Iglesia y la importancia del magisterio vivo y actual de la Santa Sede.

El Papa quiso abstraerse, en la medida de lo posible, de minuciosos análisis de carácter histórico preocupándose esencialmente de mostrar la continuidad de la fe a través de los siglos y se colocó en una dimensión extra-temporal, sobrevolando las oposiciones, las discusiones y las reticencias de la Santa Sede en los siglos precedentes e interpretando los hechos individuales como expresión de una fe sustancialmente idéntica a aquella que poco a poco se fue precisando y clarificando. Método histórico y método teológico resultaron así diversos, pero no contradictorios, sino más bien complementarios.

La proclamación del dogma tuvo lugar en la basílica Vaticana el 8 de diciembre de 1854 ante más de 200 entre cardenales, arzobispos y obispos y una multitud incalculable de fieles exultantes por la alegría del dogma.

En las apariciones de la Virgen en Lourdes, en 1858, Bernardeta Soubirous preguntó a la celestial Señora de la Gruta cual era su nombre. La Virgen contestó diciendo: «*Yo soy la Inmaculada Concepción*». Bernardeta

marchó corriendo a buscar al abate Peymaralle y repitió en el dialécto pirenáico aquellas misteriosas palabras. Precisamente cuatro años antes, Pío IX había proclamado el dogma de la Inmaculada ante toda la Iglesia. La Providencia quiso que un Papa, procedente de tierras de las Marcas, que con tanto amor custodia el Santuario de Loreto, fuera quien propusiera al Pueblo de Dios una verdad de fe tan importante como la de la Inmaculada, que pone en evidencia la santidad de María, Madre de Dios y de la Iglesia.

Después, en 1863, a petición de muchos obispos, Pío IX estableció el nuevo ritual dogmático para la celebración de la fiesta litúrgica, pues en el momento de la definición, en 1854, estaban en uso en toda la Iglesia latina tres formularios diversos de Misa y Oficio. De este modo quedó establecido un texto único que expresaba con precisión la verdad definida. Un año después de la muerte de Pío IX, en 1879 León XIII estableció también la vigilia de la Inmaculada como preparación para la fiesta litúrgica del 8 de diciembre.

La proclamación del dogma de la Inmaculada, que conmovió y alentó espiritualmente al pueblo cristiano, favoreció el desarrollo de una piedad más auténtica, encaminada hacia la devoción eucarística, ya que la devoción mariana lleva necesariamente a la devoción a Jesús Eucaristía: en cada santuario mariano hay siempre un centro de culto eucarístico.

Después de la definición del dogma proliferaron las manifestaciones populares de devoción y amor a la Virgen que en algunos lugares concretos, como en Valencia, se manifestaron a través de la *Felicitación Sabatina*, fundada por el sacerdote Juan García Navarro, que se extendió por las parroquias y todavía hoy se recita en algunas de ellas.

Durante la oración del Angelus del domingo 5 de marzo de 1978, Pablo VI recordó la espiritualidad mariana de Pío IX, con estas palabras:

«Recojamos, hermanos e hijos todos de la Iglesia Romana, el regalo, el tesoro de verdad y belleza que nos ha dejado Pío IX, del cual hoy celebramos el recuerdo centenario de su muerte.

Entre todas las riquezas que su sufrido pontificado ha dejado al pueblo fiel, una nos es carísima, porque está garantizada por el carisma de certeza propio de su ministerio de pastor y de maestro; es el misterio irradiante de la Inmaculada Concepción de María Santísima, Madre virginal del Hombre-Dios, el Salvador del mundo, Cristo Jesús. Alegrémonos; por esto mismo, Ella es nuestra Madre espiritual, la nueva Eva inocente, toda pura, toda hermosa, toda buena. El género humano reaparece en su primitivo regenerado esplendor».

XVII

LA FELICITACIÓN SABATINA

He dicho anteriormente que la proclamación del dogma de la Inmaculada intensificó la devoción mariana en todo el mundo y provocó el nacimiento de numerosas iniciativas para honrar a la Madre de Dios. Una de las más populares en Valencia y en muchas diócesis españolas, europeas e hispanoamericanas fue la *Felicitación Sabatina*, compuesta por el sacerdote valenciano Juan García Navarro, que nació en Biar, en 1820, y falleció en la cartuja francesa de Pont-Saint-Esprit, en 1903. Ordenado sacerdote en 1852 y nombrado prefecto de disciplina y profesor de Canto Litúrgico en el Seminario de Valencia, en 1854 tomó posesión de su cargo de beneficiado de la Parroquia de los Santos Juanes, ministerio que ejerció hasta 1876, cuando decidió ingresar en la Cartuja.

En 1854 y a raíz de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, hecha por Pío IX, y para conmemorar este gran acontecimiento compuso la *Felicitación Sabatina*, que se cantó por vez primera en el Seminario de Valencia el 5 de marzo de 1859, previa aprobación del arzobispo Mariano Barrio. Rápidamente se propagó esta devoción mariana por las parroquias de la archidiócesis valentina y por otras de España. No

tardó mucho en propagarse por Europa y América, siendo universalmente reconocida como una práctica piadosa en honor de la Concepción Inmaculada de la Virgen, que él mismo difundió personalmente por Francia, Italia, Bélgica y Portugal.

Adquirió tal incremento esta devoción en pocos años que fue preciso establecerla como asociación pública en alguna parroquia, con aprobación del arzobispo. Así aconteció en Valencia, en la Parroquia de los Santos Juanes. Ante este insospechado progreso de la devoción, Juan García hizo un primer viaje a Roma en julio de 1863 y luego otros en años sucesivos, siendo recibido tres veces por Pío IX, quien recomendó dicha devoción, de su propio puño, en el memorial por aquel presentado a la Secretaría de Breves, escribiendo a continuación, en uno de los libritos latinos de la Felicitación Sabatina que le entregó Juan García: *¡Tu gloria Jerusalem!*

El mismo Pío IX decidió elevar la asociación a la categoría de archicofradía y con este título quedó establecida canónicamente en Valencia, con las prerrogativas de primaria. El 8 de diciembre de 1865, Juan García la estableció en su parroquia natal de Biar y, alentado por las atenciones que había recibido del Papa, decidióse a propagar la Felicitación Sabatina con tal tesón que en pocos meses editó 37.500 ejemplares, siendo impresa en el año 1865 la vigesimoquinta edición. Esta devoción se ha mantenido en numerosas parroquias hasta nuestros días y todavía se celebra en muchas de ellas.

Atraído por las apariciones de Lourdes, Juan García estuvo en Tarbes en agosto de 1867, con el fin de propagar la devoción a la *Felicitación Sabatina*, hospedándose en el palacio episcopal, e intervino en el proceso de las apariciones de la Virgen a santa Bernardeta Soubi-

rous. Al regresar a Valencia, Juan García, junto con Luis Badal, rector del Seminario Conciliar Central –que tuvo siempre por patrona a la Inmaculada Concepción con santo Tomás de Villanueva–, y el padre Medina, jesuita, contribuyó a formar la Congregación Sacerdotal de la Inmaculada Concepción para sacerdotes seculares valentinos, que aún existe.

En 1871, cuando llevaba 19 años de sacerdote, Juan García decidió ingresar en la Cartuja y fue primero a la de Nancy (Francia), pero al poco tiempo salió de ella, quizá debido a la rigidez del clima, y marchó a Roma para seguir propagando la Felicitación Sabatina y ser recibido nuevamente por el Papa, que le concedió la última audiencia. Después, vencidas algunas dificultades, ingresó en la cartuja del Vallbonne, cerca de Aviñón (Francia), en la cual vistió el hábito de hijo de san Bruno el 5 de noviembre de 1871. Hizo la primera profesión el 8 de diciembre del siguiente año y la solemne, el mismo día de la Inmaculada de 1876. En la Cartuja, como monje contemplativo, siguió destacando por su ferviente devoción mariana, por su vida de piedad, oración y sacrificio. Víctima de grave enfermedad, fue dispensado del rezo del oficio divino, pero ni un solo día dejó de recitar el Oficio de la Santísima Virgen, que sabía de memoria, al extremo de corregir al que le ayudaba a rezar.

No pudo acabar sus días en la Cartuja porque le sorprendió la supresión de las órdenes religiosas y consiguiente exclaustración de religiosos decretada por el gobierno francés, por lo que, no pudiendo seguir a sus hermanos de religión fue trasladado gravemente enfermo al Hospital de Point-Saint-Esprit, donde falleció, cuando tenía 83 años de edad y llevaba 33 de cartujo. Sus restos mortales fueron encerrados en una caja de

roble y enterrados en el cementerio de la Cartuja de Vallbonne. Dejó albaceas suyos en testamento a los componentes de la junta de la Felicitación Sabatina de Biar, a quienes pidió que las misas que se le celebraran lo fueran en la propia parroquia de Biar y, a ser posible, en el altar de la Inmaculada. El ayuntamiento de Biar, queriendo perpetuar la memoria de este preclaro hijo, le dedicó una calle, celebrándose solemnemente este acto el día de la Inmaculada de 1904. Años más tarde, sus paisanos pidieron el traslado de sus restos mortales a la parroquia de Biar, cosa que pudo realizarse gracias a una suscripción popular voluntaria el 6 de noviembre de 1927, ante el arzobispo Melo, que presidió la solemne ceremonia de inhumación. En 1959, con motivo del centenario de la Felicitación Sabatina la archidiócesis de Valencia organizó una peregrinación sacerdotal ante el sepulcro, que estuvo presidida por el arzobispo Olaechea, y contó con la asistencia y participación de numerosos miembros del clero diocesano, que le recordaron como autor, fundador y propagador de la *Felicitación Sabatina*, la devoción a la Virgen que los sacerdotes de Valencia aprendimos a valorar y fomentar desde las aulas mismas del Seminario.

XVIII

DEFENSOR DE LA INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA

Pío IX defendió las tradicionales inmunidades eclesiásticas demostrando una peculiar concepción de la Iglesia típicamente pretridentina. A Pío IX le asustaba la civilización liberal y acarició el sueño de una civilización oficialmente católica. En este sentido, fue significativo el apoyo que dio a la fundación de la célebre revista de los jesuitas italianos, que tuvo este mismo título, *La Civiltà Cattolica*. Esta revista se presentó en 1849 como un periódico popular, escrito no en latín, como algunos hubieran querido, sino en italiano y dirigido a «toda Italia», como se leía en el subtítulo de sus primeros cuadernos. Sus redactores, todos jesuitas, pensaron en la nueva revista –que habría defendido la doctrina católica y al Papa de los violentos ataques de los adversarios de la Iglesia– en términos italianos, mucho antes de que Italia existiera políticamente; por eso pueden ser considerados como precursores ideales del movimiento de unificación nacional. Su fundador fue Carlo Maria Curci, un jesuita que se movió entre la cultura del inmobilismo y la cultura de la historicidad –como reza el título de su biografía rehabilitadora escrita por Mucci– ya que este jesuita pasó de la defensa intransigente del

poder temporal de los Papas y de las posturas más conservadoras del aparato eclesiástico de Pío IX al reformismo católico liberal, cuando se convenció de que los católicos debían aceptar lo que la Providencia había permitido y que la situación nueva creada por la desaparición de la Roma pontificia permitiría a la Iglesia, desvinculada de compromisos políticos ambiguos, consagrarse a la recristianización de los italianos, tan necesaria y por tanto tiempo olvidada.

Los años centrales del pontificado de Pío IX, desde 1851 hasta 1866, se caracterizaron por una serie de hechos fundamentales, entre los cuales destaca por su importancia y consecuencias:

- la caída del poder temporal, reducido a la zona alrededor de Roma y también dicha parte ya agonizante;
- la definición de la Inmaculada y el *Syllabus*;
- la reforma del clero regular y secular;
- la lucha contra el josefinismo y el galicanismo;
- la progresiva centralización romana;
- el desarrollo de la política concordataria;
- la condena del semiracionalismo por una parte, y del tradicionalismo, por otra.

Pero, hay que destacar, sobre todo, la dura lucha desencadenada por Pío IX en defensa de la independencia de la Iglesia, amenazada entonces por cuatro tendencias concretas:

- el josefinismo austríaco, que llegaba lentamente a su ocaso, pero seguía vivo;
- el galicanismo, también en fase menguante, pero todavía no apagado por completo;
- el jurisdiccionalismo liberal italiano, que trataba de esconderse bajo pretextuosas etiquetas, como

la de la «separación entre la Iglesia y el Estado» o «libre Iglesia en libre Estado», pero que, en realidad, seguía reivindicando pesados controles del Estado nacido del *Risorgimento* sobre la Iglesia (pensemos, por ejemplo, en los «exequatur» y en las luchas que ocasionaron; en la guerra de los *Te Deum* y en las pretensiones del gobierno liberal de imponer determinadas ceremonias religiosas);

- el vivísimo regalismo, propio no tanto de España cuanto de Portugal y de las repúblicas sudamericanas, desde el Méjico de Sebastián Lerdo de Tejada y de Benito Juárez, a la Colombia de Joaquín Mosquera y al Venezuela de Antonio Guzmán Blanco.

Pío IX quiso la plena independencia de la Iglesia, pero exigió también el apoyo del Estado. Por eso no aceptó la libertad garantizada por el Estado como consecuencia de un auténtico y genuino liberalismo, difícil de encontrar. Quiso la libertad reconocida por un Estado católico, que considerase como un deber propio proteger y ayudar a la Iglesia. Y el Papa acabó por preferir al Estado liberal un Estado absoluto (sin darse cuenta que con esta opción acababa por preferir un modelo de Estado superado en muchos aspectos por la historia, por lo menos en aquel período), en realidad, más dispuesto a controlar que a defender a la Iglesia, sin llegar a percatarse de que confundía el plano teológico con el político.

En 1856, ante la inminente celebración del Congreso de París, el Papa pidió al emperador Napoleón III que tratara con especial preferencia los intereses católicos y el 30 de julio de 1861 el Papa le dijo al emperador Francisco José que «ya que fuera de nuestra religión no hay salvación», en un Estado católico los acatólicos no

podían tener los mismos derechos civiles y políticos que los católicos.

A la mentalidad realista a que estaban acostumbrados tanto Napoleón III como Francisco José se oponía la visión de Pío IX, anclada en los principios inmutables de la distinción entre verdad y error. Los dos emperadores estaban satisfechos porque habían asegurado a la Iglesia, en un país como Turquía, en el que por entonces estaba solamente tolerada, una libertad teóricamente igual a la de todas las otras confesiones. Pero el Papa hubiese querido asegurar una condición jurídica privilegiada a la Iglesia en todo el mundo, si esto hubiera sido posible.

XIX

RELACIONES CON ALGUNOS ESTADOS EUROPEOS...

En *Italia*, antes de 1860 el Papa en el reino de las Dos Sicilias defendió hasta que pudo el principio de la soberanía de la Santa Sede sobre dicho reino, y siguió protestando, teóricamente, por el rechazo del gobierno napolitano a presentar cada año el antiguo homenaje feudal llamado la «chinea». La cuestión quedó resuelta en 1855, dejando a todos insatisfechos. En efecto, los juristas napolitanos hubieran preferido el reconocimiento explícito por parte de la Santa Sede de que la soberanía feudal había cesado ya desde hacía tiempo y vieron de mala gana la ausencia de una declaración a este respecto. La Santa Sede, por su parte, consideraba esta renuncia un gran sacrificio cargado de graves consecuencias. Por ello, las dos partes prefirieron mutuamente no dar publicidad al acuerdo. Nadie, ni en Nápoles ni en Roma, pensaba que cinco años después todo quedaría drásticamente superado. Pero el miope soberano de Nápoles siguió reivindicando la «Monarquía sícula» y Pío IX sostuvo una larga contienda, que concluyó solamente en 1867 por respeto a la mentalidad de algunos obispos sicilianos, aferrados a antiguos y anacrónicos privilegios, que no eran más que cadenas que les ataban al poder civil.

En *Toscana* el Papa se opuso tanto a la emancipación hebrea como al jurisdiccionalismo de los Lorena. Y, en general, a partir de 1859 en adelante se opuso con decidida intransigencia a la Cuestión Romana, apoyado en esta línea por casi toda la jerarquía, aunque no faltaron algunas excepciones significativas, como el arzobispo de Florencia, Limberti, el abad de Montecasino, Pappalettere y el obispo Corti, de Mántua. Este último se negó durante dos años a firmar un escrito en defensa del poder temporal del Papa, que había sido aprobado por centenares de obispos en 1862, provocando, por este motivo, un intenso intercambio epistolar entre Corti, por una parte, y Pío IX, el cardenal Caterini y otros consejeros del Papa por otra. El obispo de Mántua se rindió con gran dificultad en 1864, probablemente, y a pesar de las fórmulas, por pura obediencia, pero sin grandes convicciones.

En *Francia* Pío IX desplegó una prudente acción de moderación entre los intransigentes como el polemista Louis Veuillot, ardiente propagandista católico, y los católicos liberales del conde de Montalembert, pero, al mismo tiempo, desarrolló una aguda cuanto persistente lucha contra el residuo de galicanismo. Sus consejeros más escuchados fueron el sacerdote, escritor apologético y ascético, Gaston de Ségur y, con menor frecuencia, el obispo de Poitiers, Pie, jefe reconocido de los católicos militantes franceses reunidos en torno a *L'Univers*, que fue creado cardenal en 1879 por León XIII, a quien sirvió de intermediario oficioso en sus relaciones con la República francesa. Durante el Vaticano I, Veuillot, amigo personal de Pío IX, sostuvo la mayoría favorable a la declaración de la infalibilidad pontificia a través de dicho diario.

La *Inter multiplices*, del 21 de marzo de 1853, fue solamente el documento más conocido en la obra de mediación de Pío IX entre los católicos franceses, pero queda la decisión muy significativa de suspender la ultramontana *Correspondance de Rome,* tomada por el Papa en junio de 1852 contra el parecer de varios miembros de la curia consultados al respecto y las reiteradas presiones sobre el arzobispo de París, Sibour, y sobre Veuillot en marzo de 1853. La situación se hizo más difícil con la llegada de mons. Darboy (1813-1871) al arzobispado de París por la irreducible oposición entre el jefe de la Iglesia y el nuevo arzobispo sobre muchas cuestiones de fondo. Pero, a pesar de sus inevitables límites, esta política papal en Francia se puede considerar positiva en su conjunto. Más tarde, con el conde Henri de Chambord, pretendiente del trono, como sucesor de los Borbones, que fracasó en su intento, el Papa siguió la misma línea de conducta que con los carlistas de España: una clara separación de sus pretensiones cuando desaparecieron las primeras esperanzas.

En *Austria* el concordato del 18 de agosto de 1855 trató de garantizar una mayor independencia de la Iglesia, si bien el gobierno conservó su control sobre el matrimonio y sobre los religiosos, manteniendo la validez de la legislación leopoldina sobre la educación de los hijos nacidos de matrimonios mixtos, en virtud de la cual los varones serían educados en la religión del padre protestante. La Santa Sede, según su praxis habitual, se limitó a decir que desaprobaba el principio, tolerando silenciosamente, pero de hecho, la praxis. Sobre la admisión de los religiosos a la profesión solemne se llegó a un compromiso insistiendo en la observancia de

las recientes reformas romanas. El concordato, en cualquier caso, no pudo frenar el proceso de secularización ya en curso en todo el imperio y se reveló sólo parcialmente eficaz.

Éste fue un fenómeno que afectó a toda la línea de gobierno de Pío IX, sobre el cual es necesario limitarse a dar un juicio netamente histórico, de relación entre causa y efecto. Los esfuerzos generosos del Pontífice chocaban contra la realidad histórica y estaban condenados al fracaso, si bien no total ya que en muchos aspectos sus efectos fueron positivos. Por ejemplo, al despertar una conciencia más eclesial y menos subordinada al Estado en los católicos y en la iglesia austríaca.

Varios años más tarde, el 19 de febrero de 1864, escribiendo al emperador Francisco José, Pío IX condenó la propuesta de ley relativa a la educación de la prole de los matrimonios mixtos y resumió las gestiones sobre este punto que se habían hecho al final de las negociaciones para el concordato del 18 de agosto de 1855. El plenipotenciario austríaco, el arzobispo de Viena, mons. Rauscher, el 6 de agosto de 1855 había observado que «las circunstancias de los tiempos no permitían la abolición pedida».

Ante este hecho nace espontánea la confrontación entre los resultados obtenidos sobre este mismo punto por Gregorio XVI y los que obtuvo Pío IX. El primero, sostenido, por muchos obispos, consiguió una gran victoria. El segundo, incluso cuando fue saludado como un vencedor, tuvo que plegarse a la realidad y sufrió una derrota en un punto considerado hasta entonces como fundamental. Si en tiempos de Gregorio XVI el arzobispo de Colonia, Droste zu Vischering, llegó a ir a la cárcel de Minden en 1837 por no querer someterse

al gobierno –y en ella permaneció un par de años sin poder regresar a su diócesis, viviendo en una oscura dignidad, tras haber salvado con su resistencia los derechos de la Iglesia– con Pío IX, el arzobispo Rauscher, de Viena, se alineó en la parte opuesta, haciéndose portavoz de las pretensiones del gobierno. Esta diferencia de actitudes no podía ser más estridente y hasta ahora ha pasado casi inobservada.

Las discusiones entre el Papa y el emperador se centraron fundamentalmente en dos puntos: la legislación matrimonial y la igualdad jurídica de los varios cultos. Pío IX no sólo rechazaba el principio en virtud del cual en los matrimonios mixtos los hijos debían seguir según el sexo la religión del padre o de la madre, sino que hubiese querido también el apoyo estatal a las promesas sobre la educación católica de los hijos hechas por los esposos: las discusiones se intensificaron en 1867 pues estaba en juego el mismo concordato de 1855. Fueron varias las cartas y las misiones especiales enviadas a Roma por el emperador, que temía ser excomulgado, como había ocurrido con Víctor Manuel II de Italia. Sin embargo, la excomunión llegó teóricamente, pues los documentos pontificios recordaban las censuras contra cuantos violaban los derechos de la Iglesia, pero Francisco José no fue nunca nombrado explícitamente en dichos documentos.

En *Portugal* toda la lucha estuvo centrada en el concordato de 1857, ya que el patronato portugués sobre las misiones –tenazmente defendido por los estadistas de Lisboa, que lo consideraban el símbolo viviente de la antigua grandeza–, discutible pero ciertamente no exento de resultados útiles para la Iglesia hasta todo el siglo XVIII, era en pleno siglo XIX un recuerdo his-

tórico tan estridente y anacrónico como que el gobierno portugués nombrara al arzobispo de Pekín. Gregorio XVI había tratado de desvirtuar los efectos del patronato con la erección de algunos vicariatos apostólicos en la India y con una iniciativa unilateral que trató de infligir duros golpes al control portugués sobre las misiones (breve *Multa praeclare*, de 1838). La fuerte resistencia del clero de Goa frustró las esperanzas de Gregorio XVI y llevó a una neta división entre misioneros, pasada a la historia con el nombre del «cisma de Goa», aunque los historiadores discuten si fue un auténtico cisma.

Pío IX, con la ayuda del nuncio Di Pietro, intentó un camino opuesto, que fue el de los acuerdos. Si por una parte fulminó con la excomunión nominal a los principales fautores de la resistencia a Roma (breve *Probe nostis*, 9 mayo 1853), por otra, y tras mil dificultades, llegó el 21 de febrero de 1857 al concordato, ratificado sólo después de tres años. Éste reconocía ampliamente el patronato, preveía la sustitución de los vicarios apostólicos establecidos por Gregorio XVI con ordinarios nombrados por Lisboa cuando serían erigidas las nuevas diócesis de la India. Fue, en la práctica una desautorización de la política de Gregorio XVI y del breve *Multa praeclare*, porque Pío IX hizo marcha atrás con respecto a su predecesor, reconociendo todavía el patronato, excluyendo sólo Pekín y Hong Kong. Y, a pesar de ello, en Lisboa fue considerado como una discreta rendición ante las desorbitadas pretensiones de la corte romana, como una traición de las gloriosas e imprescindibles tradiciones nacionales. Pero la realidad fue todavía una vez más diversa, pues fue imposible erigir las circunscripciones previstas y el acuerdo quedó en letra muerta, a pesar de la calu-

rosa carta que Pío IX envió al rey Luis I de Portugal, del 3 de agosto de 1864. La previa discusión de una congregación cardenalicia admitió expresamente el error cometido y el jaque mate padecido. Le tocaría más tarde a León XIII estipular un nuevo concordato en 1886, en el que se llegó a una primera efectiva reducción del patronato, fundándose especialmente en la colaboración de la jerarquía india.

También se ocupó mucho Pío IX de la situación de la Iglesia en *Polonia*, especialmente en la parte sometida de una u otra forma a Rusia y, aunque desaprobó los intentos insurreccionales y las aspiraciones de independencia política, se batió enérgicamente por la libertad de la Iglesia. Pío IX no se empeñó directa y explícitamente en defensa de la nacionalidad y de la libertad política polaca y recomendó varias veces la aceptación del dominio ruso, pero el fuerte nexo existente en Polonia entre religión y nacionalidad dio inevitablemente a las intervenciones religiosas y eclesiales del Papa un valor y un peso que iban más allá de sus mismas intenciones. En pocas palabras, Pío IX, ante el fuerte proceso de rusificación hecho en Polonia y ante la cruenta revolución de 1863, se limitó a condenar las auténticas violencias contra la libertad de la Iglesia y no los atropellos contra la lengua, la cultura y la tradición polaca y tampoco la idea de una Polonia como Estado independiente. Pero esto no le impidió enviar enérgicas protestas contra el zar, aunque siempre por motivos religiosos y nunca políticos, a pesar de las vivas presiones ejercidas en este sentido por algunos obispos polacos a los cuales el Papa ni siquiera respondió, como resulta de la documentación vaticana. A los polacos, Pío IX les recomendó una difícil antinomia:

«Defended vuestra fe, renunciad a la independencia y aceptad el dominio ruso».

La dura lucha por la libertad de la Iglesia en Polonia se prologó hasta 1878. Entonces, el Papa, plenamente informado de la situación, cambió de actitud y trató de evitar el control ruso con expedientes interesantes, defendió la lengua polaca y se opuso en vano a la supresión de algunas diócesis impuesta por Moscú.

XX

... CON HISPANOAMÉRICA ...

Pío IX siguió la línea concordataria en *Hispanoamérica*, donde, entre 1851 y 1862 fueron estipulados nueve concordatos, si bien dos de ellos nunca fueron reconocidos por sus respectivos gobiernos y siete tuvieron una suerte muy atormentada.

El objetivo de todos ellos fue muy claro:

- oponerse a la secularización, conseguir una gran libertad para la Iglesia (pagada, sin embargo, con el reconocimiento del patronato, es decir, en practicar la concesión al Estado del privilegio de nombramiento de obispos);
- y salvar las estructuras tradicionales en una sociedad oficialmente cristiana (catolicismo religión del Estado, exclusión de la libertad de culto, control episcopal sobre la educación, apoyo estatal a la censura episcopal y renuncia, hecha de mala gana, a las tradicionales inmunidades).

En este contexto general se comprenden el largo apoyo dado a García Moreno en *Ecuador* y la prudente espera ante el intento de Maximiliano de Augsburgo en Méjico. García Moreno gobernó con dureza apoyado por el clero y los conservadores, pero fue un político probo y activo, que difundió la escuela primaria y las comunicaciones.

En *Méjico* la situación se precipitó rápidamente debido a la incoherente política del emperador. En cualquier caso, ya antes de la tragedia final –o si queremos de su catarsis– la Santa Sede se había distanciado claramente de la política del romántico Augsburgo, cuya infausta aventura se debió a la falta de sentido político del joven hermano del emperador Francisco José, no sólo por un vano intento de conquistarse las simpatías liberales, confirmando larga parte de las leyes eversivas de los regímenes precedentes –a pesar de las reiteradas exhortaciones de Pío IX–, sino también por el obstinado rechazo del partido apoyado por Juárez de aceptar un soberano extranjero, impuesto por la fuerza y apoyado por las bayonetas francesas. Esta empresa fue una locura de la que en vano su auténtico responsable, Napoleón III, trató de adosar la responsabilidad sobre Pío IX.

Si fracasó totalmente el intento de una restauración cristiana de la sociedad en un continente como el americano, dominado por un laicismo quizá superior que al europeo, no fue sin embargo estéril el apoyo sincero del episcopado y del clero a la acción pastoral del Papa.

XXI

... Y CON ESPAÑA

En *España* la situación favorable a la Iglesia evolucionó sensiblemente en 1846 cuando la reina Isabel II alcanzó su mayoría de edad, contrajo matrimonio y fue reconocida por el papa Pío IX. La reanudación de relaciones diplomáticas entre el gobierno español y la Santa Sede y la llegada a Madrid del nuevo nuncio apostólico, Giovanni Brunelli, permitieron restructurar antiguas instituciones y emprender nuevas iniciativas para reorganizar todas las actividades de la Iglesia. El concordato de 1851 fue el instrumento de la concordia entre España y la Santa Sede, pero no se consiguió con él la total restauración de las órdenes religiosas suprimidas y extinguidas ni la devolución de los cuantiosos bienes eclesiásticos que la Iglesia perdió con la desamortización.

Las dificultades aumentaron a raíz de la revolución de septiembre de 1868, el período políticamente más agitado de la historia española del siglo XIX, pues durante seis años se probaron todas las experiencias posibles:

- desde la inicial y anárquica exaltación de las juntas revolucionarias locales,
- pasando por la provisionalidad de un gobierno central que reunió las Cortes constituyentes,
- para desembocar luego en la antipopular monarquía de Amadeo de Saboya,

- que llevó más tarde, tras su rotundo fracaso, a la caótica Primera República de 1873, experiencia afortunadamente breve, que permitió en 1874 la restauración de la monarquía borbónica.

De esta forma a Isabel II, destronada en 1868 por los revolucionarios de septiembre, le sucedió en enero de 1875 su hijo Alfonso XII (1857-1885).

Con todo no puede negarse que el «sexenio revolucionario» fue un hito fundamental de la historia contemporánea que contribuyó sensiblemente a la madurez del pueblo español porque la revolución fue eminentemente política y con la búsqueda de una mayor justicia social, de una mejor administración pública y de una renovación cultural profunda, lo que se intentaba en el fondo era aproximar España a las líneas de gobierno y desarrollo de los países que entonces formaban la Europa occidental. Fue una revolución liberal-burguesa, de la cual no estuvieron exentas las masas populares.

Para la Iglesia fue una sacudida impresionante, altamente positiva, porque incidió decisivamente sobre las viejas estructuras eclesiásticas y obligó a buscar nuevos métodos de evangelización en momentos de transformación social. Fueron años en los que el anticlericalismo volvió a manifestarse de forma violenta como fenómeno frecuente de una nación tradicionalmente católica y como reacción a la actitud hostil de la Iglesia a las libertades conquistadas desde finales del siglo XVIII con la Revolución francesa: libertades de culto, enseñanza, imprenta y asociación. Se manifestaron entre los católicos dos tendencias, una liberal y otra integrista, la primera favorable a las reformas promovidas por los gobiernos de la revolución y la segunda que atacaba duramente cualquier novedad o reforma y en concreto la exaltación de la libertad. La Iglesia tuvo

que enfrentarse por vez primera con el desarrollo del movimiento obrero y buscar soluciones a una serie de problemas pastorales hasta entonces inéditos.

La Primera República de 1873 supuso un retorno a medidas ya conocidas de violencias, atropellos y profanaciones de templos. Tras la restauración de la monarquía en la persona del hijo de Isabel II, el rey Alfonso XII en 1875, Pío IX adoptó dos líneas muy claras:

- se apartó abiertamente del carlismo, por el que nunca tuvo simpatías,
- y de la estéril batalla contra la constitución de 1876, porque admitía una moderada libertad de culto.

Pío IX no mostró jamás la más mínima simpatía por la monarquía de Amadeo de Saboya, quien, por otra parte, y tras su abdicación del trono de España, se reconcilió con la Santa Sede y al regresar a Turín, mantuvo esta conducta.

En líneas generales puede decirse que Pío IX apareció realista y ajeno a los sueños utópicos.

XXII

PÍO IX E ISABEL II

Las relaciones epistolares entre el papa Pío IX y la reina Isabel II son fundamentales para comprender la política religiosa de los gobiernos liberales y el talante moderado de la Iglesia ante el sistema liberal instaurado en España. Superados los años de tensiones, incomprensiones y contradicciones correspondientes a la minoría de edad de Isabel II, que coincidieron con las regencias de María Cristina y Espartero y con el pontificado de Gregorio XVI, desde 1846 –año de la elección de Pío IX– se estableció entre el nuevo Papa y la joven reina de España, que apenas contaba 16 años de edad, una correspondencia epistolar tan intensa que nos permite descubrir, a través de las doscientas cartas personales que ambos se cruzaron, la profunda admiración y veneración de la reina por el Pontífice y la benevolencia y comprensión del supremo pastor de la Iglesia hacia los problemas e incluso tragedias personales de la soberana española y hacia otros asuntos de carácter político. Isabel II mantuvo su correspondencia con el Papa, aun después de su reinado, durante su destierro en París y posterior regreso a España tras la restauración monárquica de su hijo Alfonso XII. A lo largo de treinta años descubrimos los sentimientos sincera-

mente católicos de la reina y su ingenuidad ante problemas religiosos o graves cuestiones de conciencia.

Las cartas, autógrafas en su mayoría de la reina y del Papa, fueron escritas con motivo de acontecimientos íntimos de Isabel II o de sucesos políticos y religiosos de España o de los Estados Pontificios. No existe en la historia de nuestro país un precedente semejante de relaciones escritas entre los máximos representantes de la Iglesia y del Estado. Las epístolas del pontífice y de la reina garantizaron el mutuo entendimiento entre la corte de Madrid y la curia romana, evitaron conflictos y rupturas, permitieron un desarrollo armónico de las actividades de la Iglesia y favorecieron la presencia cualificada de la jerarquía eclesiástica en la sociedad liberal decimonónica. Sólo durante el bienio progresista (1854-56) y el sexenio revolucionario (1868-74) no fue posible evitar los mayores desmanes y atropellos, que llegaron a una ruptura de hecho en las relaciones diplomáticas entre Madrid y Roma.

Pío IX intervino directamente para que Isabel II se reconciliase con su esposo, Francisco de Asís, cuando las grescas matrimoniales entre la exuberante soberana y su insípido consorte constituían las delicias de cuantos frecuentaban los salones de la alta sociedad madrileña, y provocaban crisis de gobierno y movimientos diplomáticos en las cancillerías europeas, que habían manipulado el enlace de los jóvenes e inexpertos cónyuges para buscar equilibrios políticos internacionales y robustecer un sistema político todavía vacilante. Pero el Pontífice no pudo impedir mil aventuras amorosas que salpicaron la vida privada de la reina en sus años verdes.

Isabel II, por su parte, siguió muy de cerca los tristes avatares del Papa, cuando la revolución romana de 1848

le obligó a salir precipitadamente del Quirinal hacia Gaeta. El Gobierno español preparó una expedición militar que contribuyó a restablecer a Pío IX en el pleno dominio temporal de los Estados de la Iglesia. Ante las reiteradas preocupaciones manifestadas por el Papa, que, instalado de nuevo en sus territorios, denunciaba y condenaba los extravíos de la sociedad liberal, Isabel II escribía el 2 de mayo de 1852: «Vuestra Santidad, en su inspirada sabiduría, señala con verdad una de las principales causas del extravío de la época. De esperar es que tiempos mejores convencerán a los hombres que la religión santa es el único camino que nos ha de conducir a rectificar los errores del siglo en que vivimos; yo no me apartaré de este camino, guiada por la fe y ayudada por la suprema autoridad de Vuestra Beatitud. Entre tanto, confío tranquilamente en la divina misericordia, que así como me ha protegido tan visiblemente hasta aquí, no me abandonará en adelante y que la intercesión de la Virgen Santísima y las oraciones del vicario de Jesucristo me sacarán a salvo de todas las tribulaciones ofreciéndome en ellas los auxilios de la divina gracia, y dando con ellas al mundo lecciones provechosas para corregir sus ciertas aberraciones».

XXIII

MAGISTERIO DOCTRINAL

Las grandes intervenciones doctrinales de Pío IX, como la definición de la Inmaculada en 1854 y la constitución dogmática *Dei Filius* sobre la fe católica, promulgada el 24 de abril de 1870 durante el Vaticano I, tenían como objetivo fundamental reafirmar con todas las fuerzas, frente al racionalismo y al naturalismo, la existencia de un ser transcendental, de una revelación, de una salvación que viene de lo alto de forma superior a las exigencias de la naturaleza humana. El Papa reafirmó la existencia de un orden sobrenatural combatiendo el deísmo naturalista que había influido en gran parte del pensamiento cristiano en el período de la Ilustración.

Este mismo esfuerzo emerge en las primeras proposiciones del *Syllabus*, retomadas después por el Vaticano I.

Aunque, desde que Gregorio XVI, con la encíclica *Mirari vos* de 1832, prohibió a los católicos aceptar la libertad de conciencia y las otras libertades reivindicadas por la civilización moderna, sin embargo el tono de dicha encíclica se mantuvo en términos tan generales que fueron susceptibles de interpretaciones y aplicaciones diversas, de tal forma que, por ejemplo, los belgas continuaron prestando juramento a la Cons-

titución de su país, y en otros lugares los católicos no ocultaron sus simpatía ante los movimientos revolucionarios de 1848. Es más, dicho año pareció que estaba por cumplirse un deseo de muchos católicos liberales que consideraron llegado el momento en que la religión y la libertad pudieran entenderse mutuamente, con la ventajas que esto tendría para la Iglesia. Sin embargo el entusiasmo cesó enseguida y, tras la reacción de 1849, muchos otros católicos estaban convencidos de que la libertad era un auténtico peligro para la fe, para el Estado y para los ciudadanos, ya que permitía la entrada del indiferentismo, de la anarquía y del comunismo, errores doctrinales que el nuevo Pontífice denunció y condenó enseguida, a la vez que reafirmó los principios sobrenaturales frente al racionalismo y al naturalismo, como ya he dicho. Los documentos pontificios, los discursos y las encíclicas de Pío IX expresan con absoluta claridad la sensibilidad del Papa hacia los problemas de su tiempo, ya que él tuvo siempre visión clara de la situación y siguió con firmeza el camino que le indicaba su altísimo ministerio.

En 1847 trató del racionalismo bíblico y del indiferentismo religioso, en 1849 condenó las sociedades secretas, al año siguiente trató de la inmunidad eclesiástica y en 1854 condenó las intromisiones de las autoridades civiles en cuestiones pertinentes a la Iglesia. Más tarde condenó el separatismo de las Iglesias nacionales y otros errores. La lucha del radicalismo masónico contra la Iglesia en muchos países le dio ocasión para aclarar en varios documentos la doctrina de la Iglesia sobre la relaciones entre los dos poderes.

XXIV

DENUNCIA DE LOS ERRORES MODERNOS

Ya en 1853 había pensado el Papa en denunciar los errores modernos y en 1862 presentó a los obispos una serie de proposiciones que deberían ser condenadas.

Con motivo de la solemne canonización de los mártires del Japón, el 9 de junio de 1862, presentes más de 300 obispos, el Papa pronunció una alocución en la que sintetizó la condena de los principales errores del tiempo. Esto fue el preludio de lo que el Papa haría el 8 de diciembre de 1864, en la encíclica *Quanta cura y* el *Syllabus,* condensados en 80 proposiciones, divididas en falsos principios de orden especulativo, moral, político y social, sistemáticamente clasificados.

En los países con gobiernos liberales y dominados por la masonería se desencadenó una verdadera sublevación contra el *Syllabus*, Este documento pontificio fue considerado como un desafío de la Iglesia a la libertad y al progreso. En Francia el gobierno prohibió al clero que lo comunicara a los fieles.

El *Syllabus* es el documento más discutido de Pío IX y el que más ha contribuido a dar una impronta negativa a su largo y fecundo pontificado, porque condenaba la libertad de culto y de conciencia, entendidas como

una consecuencia de la autonomía absoluta del hombre, libre de toda ley superior, y el indiferentismo. El Papa impuso su impronta personal, no sólo favorable a la línea intransigente, sino también caracterizada por un cierto eclecticismo, poco sensible a la necesidad de una síntesis robusta y muy coherente, que no se perdiera en cosas particulares y pusiera de relieve lo esencial.

Dos hombres muy queridos por Pío IX se encontraron enfrentados ante el *Syllabus*. Uno, el conde de Montalembert, habituado a contactos internacionales, a viajes y a luchas políticas, que confiaba en la libertad. El otro, el cardenal Bilio, un religioso barnabita, encerrado en su celda y en sus estudios, que no tenía ningún contacto con la realidad concreta, anclado en la consideración de principios abstractos, vistos en la óptica tan querida por los teólogos de los siglos XVI y XVII. Y fue precisamente Bilio quien, por encargo del Santo Oficio, examinó a fondo los discursos que Montalembert hizo en Malinas en 1863 y los confutó severamente. Su estado de ánimo y su estructura mental aparecen sobre todo en el comentario que hizo a propósito de la confianza del vizconde sobre el triunfo presente y futuro del liberalismo. Bilio decía que Montalembert exageraba con respecto al presente y esperaba que se equivocara con respecto al futuro.

El discurso que Montalembert pronunció en Malinas en agosto de 1863 constituyó ciertamente un acontecimiento importante en la historia del pensamiento católico liberal del siglo XIX y de las ideas sobre las relaciones Iglesia-Estado. Fue un momento importante y en cierto sentido dramático, porque el barón defendía la posibilidad y la necesidad para la Iglesia de aceptar las libertades modernas, mientras que Bilio, carente de

una auténtica sensibilidad histórica, estaba todavía situado en la postura tradicional, que negaba todo derecho de culto y de propaganda al errante y pedía con insistencia la intervención del brazo secular para una eficaz represión del error. Su análisis era más bien superficial y extrínseco, pues se basaba no sobre argumentos auténticos deducidos de la Sagrada Escritura o de la tradición, sino sobre una autoridad considerada segura por los teólogos de los siglos precedentes, anteriores a la Revolución francesa, sobre una concepción abstracta del Estado, que prescindía de toda consideración concreta de la sociedad en la cual vive y actúa.

Bilio fue sin duda alguna el redactor del *Syllabus* y de la encíclica *Quanta cura*. Por ello, para comprender la génesis de ambos documentos hay que tener en cuenta cuanto acabamos de decir sobre la confutación que Bilio hizo de los discursos de Montalembert. La fatigosa y compleja elaboración del *Syllabus*, que pasó por ocho fases, y la conclusión un poco precipitada de los trabajos desde la mitad de septiembre hasta finales de noviembre de 1864, muestran la preocupación de Pío IX y explican en parte las carencias del documento. La encíclica de Pío IX superó en cuanto a su dureza de tono a la *Mirari vos* de Gregorio XVI y también por la visión absolutamente negativa de la sociedad contemporánea.

Las proposiciones, divididas en diez capítulos, recogían en primer lugar los errores fundamentales del tiempo:

- panteísmo,
- naturalismo,
- racionalismo absoluto y moderado,
- indiferentismo,
- la incompatibilidad entre la razón y la fe.

Después recogía una serie de errores sobre la ética natural y sobrenatural, de forma particular los que se referían al matrimonio y así condenó la moral laica, que pretende salvar la distinción entre bien y mal, y el carácter obligatorio de la ley prescindiendo de Dios, el utilitarismo, la separacion entre sacramento y contrato en el matrimonio, tan querida por los regalistas como por los liberales. La tercera serie de condenas afectaba a los errores sobre la naturaleza de la Iglesia y del Estado y a las relaciones entre ambos. El Papa defendió:

- la independencia absoluta de la Iglesia,
- la subordinación del Estado a la ley moral,
- la existencia de derechos naturales anteriores e independientes del Estado.

Las otras tesis condenadas podían considerarse consecuencia lógica de los principios expuestos en las dos últimas proposiciones citadas y por ello rechazaban las doctrinas galicanas y jurisdiccionalistas de la subordinación de la Iglesia al Estado así como los abusos cometidos por los gobiernos, se rechazaba el principio fundamental del liberalismo, la separación entre Iglesia y Estado.

Otras proposiciones del *Syllabus* estaban vinculadas a un contexto histórico hoy superado, y a una concepión reductiva de la libertad de conciencia y de culto, únicamente entendidas como consecuencia del indiferentismo y no como corolario de la dignidad de la persona humana. Sobre este punto el magisterio eclesiástico desde Pío IX hasta el Vaticano II realizó uno de los más serios esfuerzos de clarificación. En substancia, también la obra doctrinal de este Papa se nos presenta compleja, con puntos firmes todavía validísimos y con afirmaciones destinadas a una sucesiva profundización.

Lo que más llamó la atención a la opinión pública fue el grupo de las cuatro últimas proposiciones en las que se decía que la religión católica debía ser considerada religión del Estado, con exclusión de los otros cultos y, por consiguiente, quedaban condenadas la libertad de cultos y la libertad de pensamiento y de prensa. En substancia, rechazaba algunas de las tesis fundamentales de la sociedad moderna, que formaban parte de los «principios inmortales» de la Revolución francesa. Y por si las cosas no estaba del todo claras, la última proposición afirmaba que era categóricamente falso afirmar que el Romano Pontífice debía reconciliarse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna. Esta última proposición, por su carácter tan radical y también por su formulación ambigua parecía la conclusión lógica y coerente de un proceso secular, que vio profundizarse el abismo existente entre la Iglesia y el mundo moderno (Martina).

En realidad el *Syllabus* no condenó el liberalismo por su doctrina relativa a las relaciones Iglesia-Estado o por sus afirmaciones de carácter político, sino que el *Syllabus* lo que condenó fue una concepción de vida en el sentido más amplio de la palabra, una concepción que rechaza o limita los derechos de Dios sobre las criaturas.

El estado de ánimo del Papa tras la publicación fue descubierto por las declaraciones de algunos visitantes franceses, que mostraron su íntimo aplauso a la obra de Dupanloup, el obispo de Orleáns y académico de Francia, jefe del partido católico liberal durante el segundo imperio. Pío IX estaba con el corazón de acuerdo con la opinión de este obispo y aceptaba la distinción entre tesis e hipótesis, entre principios y aplicaciones; pero con la razón, quizá se inclinaba más hacia los in-

transigentes, si bien quizá no se daba cuenta hasta el fondo de las antinomias y de las ambigüedades de las 80 proposiciones condenadas en el célebre documento, cuyo verdadero límite no fue tanto lo que dijo, cuando el modo confuso con que expuso algunas tesis; el carácter abstracto, universal y absoluto de afirmaciones que en determinadas circunstancias históricas pueden resultar válidas y en la falta de profundización de los temas estudiados y de una búsqueda de otras perspectivas.

XXV

REACCIONES ANTE EL «SYLLABUS»

La condenación de la libertad de conciencia, entendida como se ha dicho anteriormente, sigue siendo válida en nuestros días y no está en contradicción con la declaración del Vaticano II *Dignitatis humanae* (7 diciembre 1965).

Ésta, sin embargo, es el fruto de una larga evolución, de un lento proceso de clarificación, que se concluyó encontrando otro y mucho más sólido fundamento para la libertad de conciencia y de religión: no la autonomía del hombre, ni el indiferentismo, sino la dignidad de la persona humana, que Dios crea libre y no quiere que esté sometida a la coacción extrínseca de una autoridad humana en sus opciones religiosas fundamentales, incluso cuando estuvieran en contraste con el plan objetivo y la voluntad de Dios.

Por ello, hay que distinguir bien el liberalismo como concepción filosófica inmanentista, radical, y el liberalismo como sistema político-constitucional parlamentario. El *Syllabus* rechazó el primero pero no trató el segundo sino de un modo marginal e incompleto, y sin tomar una postura neta ante él, si bien tanto sus redactores como el mismo Pío IX le eran netamente contrarios y lo declararon muchas veces.

Es interesante también saber que un tercio del episcopado consultado en 1862 se declaró contrario a la condenación de los errores modernos tal como había sido formulada, esencialmente porque era poco clara e inoportuna, posible fuente de equívocos y de interminables discusiones, como de hecho ocurrió.

El *Syllabus* se manifestó enseguida como un documento más bien confuso, con muchos puntos muy poco claros, que provocó encendidas discusiones, muchas de las cuales hubieran podido evitarse con una mayor precisión en la formulación de las tesis atacadas y del significado exacto de la condenación. Los efectos tanto del *Syllabus* como de la encíclica *Quanta cura* no fueron positivos en su conjunto. La encíclica desilusionó a muchos ya que no estaba al nivel de otros actos del magisterio pontificio que los historiadores consideran como auténticas obras maestras.

Sin embargo, el *Syllabus* tuvo efectos positivos, porque la dureza de las polémicas que suscitó indujeron a la Iglesia a ser más moderada en el tono y más precisa al hacer algunas afirmaciones.

El *Syllabus* ha provocado también una polémica sobre la continuidad del magisterio eclesiástico, frente a la cual había hasta hace poco dos respuestas. Si algunos admitían una evolución doctrinal otros decían que la Iglesia no había modificado su actitud y sus principios y que al máximo se podía hablar de cambios de circunstancias concretas. Algo semejante le había sucedido también al liberalismo que había evolucionado sensiblemente después de un siglo. Hoy, tras la declaración *Dignitatis humanae* del Vaticano II es imposible negar una evolución doctrinal, pues si bien es verdad que no se puede hablar de contradicción entre el *Syllabus* y el documento conciliar (el primero condenaba la

libertad de conciencia entendida como exigencia de la persona humana), es también verdad que nos encontramos ante una neta evolución del magisterio eclesiástico que no se limita a las aplicaciones sino que se extiende hasta los mismos principios.

Las fases salientes de este proceso están constituidas por:

- el magisterio de León XIII sobre la sociedad civil y la libertad,
- la toma de posición de Pío XI frente a los regímenes totalitarios,
- la doctrina de Pío XII sobre la naturaleza del Estado,
- la *Pacem in terris* de Juan XXIII,
- y, sobre todo, por los documentos del Vaticano II.

La Iglesia con el paso del tiempo capta con mayor claridad los varios aspectos de las cuestiones; pero es sobre todo la realidad misma, en continuo devenir, la que permite o incluso impone actitudes sucesivas diversas (Martina).

XXVI

PREPARACIÓN DEL CONCILIO VATICANO I

El Vaticano I fue el vigésimo concilio ecuménico de la Iglesia. Comenzó el 8 de diciembre de 1869 en la basílica Vaticana y quedó interrumpido el 20 de julio de 1870 a causa de la llegada de las tropas piamontesas, que dos meses más tarde acabaron con el poder temporal de los Papas y, por consiguiente, con los Estados Pontificios, anexionados por la fuerza al nuevo reino de Italia.

Pío IX lo convocó en tiempos complejos y llenos de dificultades para incrementar la misión pastoral y espiritual del Romano Pontífice. Esta asamblea ecuménica fue tenazmente querida por Pío IX para reafirmar ante la Iglesia y ante el mundo la validez y la vitalidad de la doctrina católica y, al mismo tiempo para tener ocasión de encontarse de cerca con todos sus hermanos en el Episcopado. Fue como una consulta, como una experiencia nueva de la Iglesia y de los problemas nuevos que surgían de forma prepotente en aquel tiempo. Fue como dirigir una mirada profunda, como hacer una inmersión en el corazón de la Iglesia de aquel tiempo para secundarla, confortarla, animarla en la fe y restituirle nuevo vigor.

El Papa tenía una idea muy clara de la situación de la Iglesia extendida por todo el mundo y trató sin titubeos de interpretar las exigencias del mundo católico. Los mismos obispos percibieron la misma situación y así lo manifestaron al Papa en 1862, con motivo de la canonización de los mártires del Japón y, cinco años más tarde, con motivo del XVIII centenario del martirio de san Pedro. En ambas ocasiones el Episcopado mundial dio al Papa pruebas evidentes de afecto, adhesión y fidelidad a su persona y a su magisterio.

La idea de celebrar un concilio, considerada como una iniciativa posible en julio de 1860, maduró con la publicación del *Syllabus*, mientras que el proyecto de la definición de la infalibilidad pontificia es posterior. Quizá las respuestas dadas a la restringida consulta hecha entre 1864 y 1865 determinaron el propósito del Papa de celebrar el *Vaticano I* (1869-70). Pío IX había pensado en la celebración de un Concilio en el momento a primera vista menos oportuno, es decir en junio de 1860, después de las derrotas de Marsala y Calatafimi, o, por lo menos no rechazó la idea. Si en 1863 el proyecto era todavía incierto y vago, a finales de 1864 el Papa estaba ya decidido e influyó quizá en él la esperanza de confirmar y ampliar la condena de los errores modernos hecha con el *Syllabus*, contando con la cooperación de todo el episcopado presente en Roma.

En contra, pues, de lo que se dijo durante mucho tiempo, se puede afirmar, a la luz de las investigaciones recientes, que solamente a finales de 1864 tomó Pío IX en serio la posibilidad de celebrar un concilio ecuménico y que el papel del obispo de Orleans, Dupanloup, en la decisión del Papa fue mucho menos determinante de lo que siempre se creyó. El Papa comunicó su decisión de forma secreta el 6 de diciembre de 1864 a los carde-

nales de la Congregación de Ritos y poco después a todos los residentes en la Curia, pidiéndoles que manifestaran su parecer sobre la oportunidad de esta iniciativa. Sobre 21 cardenales consultados, 19 respondieron en sentido favorable, indicando incluso los argumentos que deberían tratarse en el futuro concilio. Entonces el Papa constituyó una comisión de cinco cardenales encargada de peparar el futuro concilio y dividió en cinco las materias que deberían ser tratadas:

- doctrina,
- disciplia,
- religiosos,
- ritos orientales y misiones,
- y cuestiones político-eclesiásticas.

Después fueron enviadas cartas a unos cuarenta obispos de Oriente y de Occidente, que se distinguían por su preparación doctrinal y por sus cualidades pastorales, invitándoles a señalar los argumentos que ellos consideraran más importantes; fueron nombrados consultores expertos en cada una de las materias y en las ciencias eclesiásticas en general, escogiéndolos tanto de la Curia Romana como de diversos países.

Ha quedado históricamente probado que el concilio no fue convocado para definir la necesidad del poder temporal. Al contrario, entre los problemas que el Papa deseaba ver tratados en el concilio se constata que, ya muchos años antes de su apertura, Pío IX acariciaba favorablemente la idea de una definición de la infalibilidad pontificia.

Desde Trento (1545-1563) no había vuelto a celebrarse otro concilio ecuménico. Este largo período de más de tres siglos sin asambleas conciliares fue un bien para la Iglesia, pues si se hubieran celebrado concilios durante los siglos XVII y XVIII, bajo el rey Luis XIV de

Francia o el emperador José II de Alemania, cuando el absolutismo regio estaba en su apogeo, los obispos no habrían actuado como pastores de la Iglesia sino como representantes de los soberanos; habría faltado libertad y se habrían profundizado las divisiones nacionales de la Iglesia. Tras la Revolución francesa cambió sensiblemente la situación, ya que los obispos volvieron a comenzar a ser nombrados por Roma con mayor libertad y menos trabas del poder civil, aunque en algunos países todavía existía el privilegio de presentación.

Los nuevos tiempos, pues, eran favorables a la convocación de un concilio. Pío IX vio en la asamblea ecuménica no la defensa del poder temporal, que era una cuestión del todo secundaria frente a la marea de problemas más graves y urgentes, sino la ocasión para reforzar la autoridad pontificia y, al mismo tiempo, para trazar el camino a seguir en vista de una profunda renovación cristiana de la sociedad, amenazada:

- por el secularismo siempre creciente;
- por la difusión de sistemas filosóficos en neto contraste con la fe católica;
- por el persistente jurisdiccionalismo de muchos Estados, difundido a menudo con el nombre de «separación Iglesia-Estado»;
- por el final de hecho de la cristiandad;
- por el duro ataque a los religiosos;
- por la proclamación de la libertad de conciencia y de la igualdad de todos los cultos ante la ley –en abierto contraste con las afirmaciones solemnes de muchos concordatos, que reconocían al catolicismo como la única religión del Estado, atribuyéndole implícitamente privilegios especiales–,
- y por el laicismo de la escuela y de la familia, con el matrimonio civil.

Todo esto exigía una seria reflexión teológica y pastoral. El concilio de Trento había sido la respuesta dada por la Iglesia católica a la reforma protestante. El nuevo concilio habría podido ser la respuesta del Papado y del episcopado a la Revolución francesa.

Pero los acontecimientos políticos impidieron el estudio de estos problemas y el Vaticano I se limitó a examinar las relaciones entre fe y razón y la naturaleza de la Iglesia, y sobre este tema surgió inmediatamente la cuestión del primado del Papa, ya que la definición del concilio de Florencia (1439) no había tenido gran incidencia en la historia de la Iglesia y las tendencias galicanas, tanto moderadas como radicales, así como las ideas de Febronio habían encontrado una cierta difusión, hasta el punto que dos siglos después los artículos galicanos de 1682 tenían todavía muchos defensores.

XXVII

LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA

La definición de la infalibilidad pontificia fue una de las consecuencias más relevantes del Vaticano I y marcó el punto magisterial más alto de todo el pontificado de Pío IX.

Probablemente cuando convocó el concilio Pío IX no pensaba en la definición de la infalibilidad. Las respuestas que los obispos dieron a la primera consulta preconciliar, más bien restringida, contribuyeron a madurar la idea, ya viva en el Papa. El ejemplo del papa Paulo III, que había reunido el concilio de Trento a pesar de las dificultades, y sobre todo, el acuerdo casi unánime sobre la oportunidad de la iniciativa, llevaron a la decisión de 1865, a la primera preparación y el anuncio oficial de 1867. La batalla de Mentana, en los primeros meses de noviembre de aquel mismo año, pareció impedirlo todo, pero la rápida victoria franco-pontificia sobre el ala radical del *Risorgimento* y la prevalencia en Italia de las corrientes más moderadas hicieron caer los obstáculos externos a la iniciativa pontificia.

La preparación no estuvo inmune de limitaciones, por tres razones fundamentales:

- por el predominio de las tendencias conservadoras sobre las más abiertas,

- por la afirmación de una voluntad «latinizadora» de las Iglesias orientales,
- y por una insuficiente atención a la situación concreta de la sociedad, en la que el liberalismo no constituía un episodio transitorio sino un proceso histórico irreversible, que cerraba la época de la cristiandad.

Y, sin embargo, entre 1867 y 1869 se creó una buena base para los trabajos del concilio, aunque un poco de prisa.

Pío IX apareció en este período perfectamente lúcido y sustancialmente dueño de sí mismo. Las tesis contrarias, expuestas recientemente por algunos historiadores, han sido juzgadas universalmente como anticientíficas, subjetivas y en contraste con la documentación más segura. Emotivo, sensible, quizá un poco susceptible, capaz de pasar de un cierto optimismo al pesimismo, de golpes de humor a frases mordaces, el Papa, que conocía muy bien la mentalidad del episcopado, no quiso imponer decisiones sino suscitar la espera. En los meses del Concilio recogió los frutos de un lento trabajo de estímulo y de animación, del que las nunciaturas, la revista de los jesuitas italianos *La Civiltà Cattolica* y las audiencias frecuentes habían sido los medios más eficaces. Probablemente el Pontífice era propenso a definiciones más fuertes y radicales, al menos para la ampliación del objeto de la infalibilidad, que habría visto extendida con mucho gusto a las encíclicas, como él mismo declaró al director de la mencionada revista de los jesuitas.

Inaugurado en Roma el 8 de diciembre de 1869, fiesta de la Inmaculada, el primer concilio Vaticano tuvo como finalidad esencial –como ha escrito Roger Aubert– completar y confirmar la obra de exposición doctrinal anterior del pontificado contra el racionalismo teórico y

práctico del siglo XIX. Por ello fue preparado el texto de una constitución sobre la fe católica, aunque la constitución sobre la Iglesia de Cristo se limitó a cuatro capítulos sobre el papel del romano Pontífice, especialmente su autoridad doctrinal. La guerra franco-alemana puso fin al concilio.

Desde antes del concilio la opinión católica estaba innegablemente a favor del ejercicio del primado romano. La mayoría de los obispos y de los fieles deseaban una definición de la infalibilidad personal del Papa, mientras que la minoría temía una formulación demasiado abrupta y, sobre todo, la inoportunidad de esta definición. Las polémicas entre la mayoría «ultramontana» y la minoría, que en Francia fue estigmatizada como «galicana», tuvieron como resultado acelerar las cosas sobre un texto aceptable.

Los debates conciliares y los encuentros entre las diversas corrientes del episcopado, sobre todo fuera de la basílica de San Pedro, llevaron a decisiones más moderadas. Esto ocurrió tanto en la primera constitución, *Dei Filius* –que abandonó el tono amargo de la primera redacción, donde no eran raros los anatemas, y se mostró más serena y pacata– como en la segunda, *Pastor aeternus*, que reconoció la estrecha relación de hecho existente entre el magisterio del Papa y el de los obispos, la auténtica dignidad de éstos, defendida y corroborada por el Papa, y la verdadera tarea de los sucesores de Pedro, es decir, la conservación inalterada de la doctrina revelada.

La constitución dogmática *Dei Filius* atacó en su misma raiz los errores de la edad moderna (panteísmo, materialismo y racionalismo) oponiéndoles una densa y luminosa exposición de la doctrina católica sobre Dios, la Revelación, la fe, las relaciones de la razón con la fe. También condenó el ateísmo, el fiedismo y el tradicio-

nalismo; afirmó que la Iglesia, depositaria de la fe, lleva en sí misma los signos de su origen divino. A la exposición doctrinal siguieron 18 cánones que condenaron todos los errores modernos.

La Constitución *Pastor Aeternus* fue aprobada por 451 padres, mientras 88 se opusieron y 62 mostraron reservas, pero antes de celebrarse la sesión solemne en que debía ser promulgada, un grupo de 55 obispos abandonaron el aula después de haber firmado una declaración en la que dijeron que, por respeto y veneración al Papa preferían abstenerse de asistir a la sesión pública, antes que pronunciar delante del Papa el *non placet*, pues no estaban de acuerdo con la definición dogmática de la infalilidad pontificia. El 18 de julio de 1870 todos los padres presentes –535– menos dos, que dijeron que no, aprobaron unánimemente la constitución dogmática a la cual Pío IX puso su infalible sanción.

Dicha constitución trata:

- el primado de jurisdicción de San Pedro sobre el Colegio Apostólico;
- la perenne transmisión de dicha prerrogativa en la persona de sus sucesores en la cátedra romana;
- la naturaleza íntima del primado pontificio, como poder verdaderamente episcopal, ordinario, inmediato, universal;
- la prerrogativa personal de la infalibilidad de la que goza el Romano Pontífice por un carisma especial, cuando como maestro universal (*ex cathedra*) propone doctrinas o dirime cuestiones concernientes a la fe y a la moral.

Las definiciones conciliares fueron acogidas con gran júbilo por los fieles y poco después los obispos de la minoría, que no estaban de acuerdo con ellas, las fueron aceptando pacíficamente.

Las dos únicas constituciones dogmáticas del Vaticano I demuestran el influjo del episcopado presente en Roma, tanto de la mayoría como también de la minoría. El tono optimista se alejó del pesimismo casi apocalíptico de las encíclicas y de las alocuciones redactadas solamente por los íntimos colaboradores del Papa, y la *Pastor aeternus* acogió en cierta medida los votos de la minoría, alejándose de las posturas extremistas típicas del cardenal inglés Manning, pero también de algunos redactores de *La Civiltà Cattolica*, como el jesuita Franco, que defendían tesis maximalistas. Tras la publicación de las memorias de mons. Vincenzo Tizzani (1809-1892) ha quedado confirmada históricamente la célebre frase pronunciada por Pío IX el 18 de julio de 1870: «La Tradición soy yo».

Una vez terminado el Concilio, Pío IX intervino muchas veces para aclarar el significado auténtico de las definiciones del 18 de julio de 1870, alabando al obispo austríaco Joseph Fessler secretario del Vaticano I, por su opúsculo sobre *La verdadera y la falsa infalibilidad de los Papas*, publicado en Viena en 1871, y por las declaraciones de la Academia de la Religión Católica sobre la naturaleza puramente histórica del poder de deponer a los príncipes, atribuido a los Papas en el medioevo; y en 1871, con la aprobación de las respuestas dadas por el episcopado alemán a las afirmaciones de Bismarck sobre la naturaleza y la autoridad del episcopado.

En conclusión, puede decirse que el momento culminante del pontificado de Pío IX y el acto que incidió con mayor profundidad en la vida de la Iglesia fue la celebración del Vaticano I, con la proclamación de dos dogmas, el primado de jurisdicción del Papa y el de su infalibilidad personal.

Fueron muchos los que vieron en este acto la victoria no de un hombre sino de una escuela, el ultramontanismo, el triunfo de los combatientes desde comienzos del siglo:

- De Maistre, ultrajado por volterianos y galicanos,
- y Lamennais, creador de una escuela generosa, más obediente, más sabia y más fuerte que él.

Ésta siguió combatiendo incluso después de la deserción de su fundador y en menos de cincuenta años vivió esta inmensa victoria. Ciertamente Pío IX vio con simpatía al ultramontanismo y lo apoyó con eficacia a través de un instrumento creado para ello, *La Civiltà Cattolica*, una revista querida por el Papa que acogió la idea acariciada desde hacía mucho tiempo por el jesuita Curci.

El 18 de julio de 1870, que en una perspectiva inmediata anticipaba la mejor respuesta al 20 de septiembre del mismo año, asegurando al Papado, como advertiría en 1899 Geremia Bonomelli, una fortaleza mucho más eficaz que el lábil poder temporal, en una perspectiva histórica mucho más amplia significaba el punto de llegada de una larga elaboración doctrinal, después de la exaltación medieval del Papado, la reacción conciliarista, la lucha postridentina entre fuerzas centrípetas y centrífugas, y quedaría como uno de los puntos firmes de la Iglesia. Al mismo tiempo representaba el punto de partida para su ulterior desarrollo, culminado con el Vaticano II, que completó el Vaticano I, sin corregirlo ni superarlo. Ya en los textos conciliares de 1870, también por influjo de la minoría antiinfalibilista, se pueden identificar ideas esenciales sobre el episcopado que el Vaticano II retomó y profundizó.

Entre los dos concilios –el Vaticano I y el Vaticano II– no hay, pues, una fractura sino una continuidad y, al mismo tiempo, una progresiva clarificación que es un fenómeno constante en la historia de la Iglesia.

XXVIII

PÍO IX Y EL CONCILIO

Una pregunta que surge al estudiar el Vaticano I es qué papel desempeñó el Papa en su preparación y desarrollo. Por lo que se refiere a los consultores que prepararon los textos que serían sometidos a la asamblea, es muy difícil distinguir las responsabilidades del Papa y de sus colaboradores –concretamente, los cardenales Caterini, Reisach y Barnabò–, pero una cosa por lo menos está clara y es que todos ellos gozaban de la plena confianza del Papa, que los había escogido. Parece ser, pues, que el Papa aprobó los trabajos preparatorios, dirigidos por hombres de su confianza, y que siguió muy de cerca dichos trabajos.

Y por lo que se refiere a las tareas conciliares, en los tres primeros meses Pío IX no intervino nunca ni hizo nada para limitar la libertad de los padres conciliares, a excepción de los reproches que dirigió el 24 de marzo de 1870 al patriarca melkita Gregorio Yousof, considerado como uno de los habituales desahogos del Papa, debidos a la excitación y a las fuertes tensiones de aquellos días; tampoco se ocupó ni directa ni indirectamente de la elección de los miembros de las cuatro comisiones conciliares.

Sin embargo, durante las semanas que precedieron a la célebre definición de la infalibilidad, el Papa no dudó en intervenir personalmente de manera decisiva, hasta el extremo de que el consejo de presidencia se sentía sobrepasado por el Papa. Oficialmente neutral al principio entre las tendencias manifestadas por los obispos –la mayoritaria y la minoritaria–, el Papa en realidad dirigió personalmente la asamblea ecuménica con una cuidada estrategia, que, si bien dejó a los padres una libertad suficiente para la validez de las dos constituciones dogmáticas, imprimió a los trabajos una clara dirección que llevó a conclusiones muy cercanas a las que el Pontífice quería. Con todo, no puede decirse, como se afirmó durante mucho tiempo, que Pío IX fue el gran derrotado del Vaticano I.

Al concilio no le faltó la libertad necesaria para la validez de sus decisiones. A pesar del influjo personal y directo de Pío IX, que al principio fue neutral, el concilio gozó de una cierta libertad, que no fue completa, pero sí suficiente para que las varias tendencias se manifestaran con claridad, midieran sus respectivas fuerzas para que las decisiones fueran válidas y la voluntad de la mayoría fuese respetada.

Al terminar el concilio, los obispos y los prelados que no habían intervenido en la cuarta sesión fueron solicitados por la Curia Romana para que se adhirieran oficialmente a la constitución dogmática *Pastor Aeternus*. El obispo croata Strossmayer, uno de los líderes reconocidos de la minoría durante el concilio, se mostró reticente durante mucho tiempo a someterse a las directrices romanas y sus relaciones personales con el Papa quedaron profundamente afectadas por esta actitud.

Pío IX estuvo visiblemente inquieto mientras el subsecretario del concilio, monseñor Ludovico Jacobini, re-

gistraba los *placet* de los presentes y el silencio de los ausentes. Ciertamente el Papa esperó con una cierta preocupación el asentimiento del pequeño grupo de obispos ausentes el 18 de julio de 1870, pero respetó el lento camino de cada uno de ellos y si en algún caso multiplicó las presiones, otras veces, con Hefele –historiador de la Iglesia y obispo de Rottenburg, que fue el último en publicar los decretos del Vaticano I– y sobre todo con el obispo croata Strossmayer, esperó con paciencia, pues la preocupación por la adhesión a los nuevos dogmas de los obispos ausentes fue muy viva en el Papa, que multiplicó sus intervenciones y sus amonestaciones pastorales, llegando muy pronto por todo un conjunto de motivos a alcanzar sus objetivos. La oposición misma dio una aportación muy útil mediante la dialéctica intrínseca a toda discusión libre. Gracias a ella fueron eliminadas las tesis excesivas y se consiguió un justo equilibrio.

Si el Papa fue moderado con los obispos de la minoría –los citados Hefele, Strossmayer, Dupanloup y, además, Haynald y Schwarzenberg, que en un principio se opusieron a la definición del dogma de la infalibilidad pontificia, considerándola inoportuna y temiendo que fuera más difícil el retorno a la unidad de los hermanos separados, pero luego la aceptaron sinceramente–, se mostró, en cambio, muy decidido al reprimir a los profesores de teología alemanes que no aceptaron los decretos conciliares y esta firmeza produjo efectos positivos, ya que el movimiento de los *viejo-católicos*, que había suscitado fuertes preocupaciones entre 1870 y 1871, al final del pontificado de Pío IX había prácticamente agotado su capacidad de difusión y había quedado reducido a un grupo pequeño, carente de vitalidad.

Solamente en 1881, con motivo de la solemne encíclica *Grande munus*, dirigida por León XIII a los pueblos eslavos, el obispo croata, publicándola en el boletín diocesano expresó de forma abierta su propia adhesión al dogma vaticano de la infalibilidad, sobre el cual, en el último período de su larga existencia, declaró haber nutrido solamente reservas sobre su oportunidad. Pero entonces había pasado ya mucho tiempo desde la celebración conciliar y Pío IX, había muerto hacía tres años.

XXIX

BALANCE DEL VATICANO I

El concilio no pudo terminar sus tareas porque fue bruscamente interrumpido por los acontecimientos políticos y no pudo examinar el problema de la relación entre la autoridad pontificia y la de los obispos, pero produjo muy buenos frutos.

El primero de ellos fue el de la definición de la infalibilidad que, junto con el primado de jurisdicción del Papa sobre toda la Iglesia, sofocó los últimos restos de galicanismo, estimuló el proceso de centralización y reforzó la autoridad del Papado precisamente en un momento en que éste era atacado por todas partes. Las definiciones dogmáticas del Vaticano I fueron la última etapa de un camino iniciado por san Gregorio Magno (590-604) y san Gregorio VII (1073-1085), alcanzaron su vértice y pusieron al rojo vivo la esencia del cristianismo.

Sin embargo, el Vaticano I no fue un concilio que abrió una nueva época para la Iglesia, como lo había sido el de Trento y como lo sería el Vaticano II. Fue en realidad un concilio que completó la tarea iniciada en el tridentino y preparó el campo para aperturas que se realizarían solamente un siglo más tarde. Fue un concilio que reforzó a la Iglesia apretando sus filas en torno

a la personalidad del Papa –pero cortando las alas a los excesos de los neo-ultramontanos, cuyas tendencias maximalistas corrieron el riesgo de caer en un verdadero culto de la personalidad– haciendo más válida su misión, pero, al mismo tiempo, reafirmó la intransigencia, la neta subordinación del laicado y prevaleció una visión de Iglesia puesta como una ciudad sobre el monte, separada y lejana de los valles que estaban debajo de ella, encerrada en sí misma en actitud de vigilante desconfianza.

Las definiciones dogmáticas del Vaticano I fueron:
- la conclusión lógica del *Syllabus*,
- la respuesta a las pretensiones del Estado y de la sociedad de evadirse de la dirección y el influjo de la Iglesia,
- y la afirmación vigorosa de la intransigencia católica, cerrada frente al mundo moderno.

La definición de la infalibilidad pontificia, del 18 de julio, fue también la respuesta anticipada al 20 de septiembre, como ya he dicho, y al desprecio de las clases dirigentes liberales que ocuparon el Estado pontificio.

El significado teológico e histórico del Vaticano I estriba en que acrecentó la autoridad del Papado en la Iglesia lo cual le permitió afrontar eficazmente situaciones particularmente difíciles en los años posteriores, pero, por otra parte, en los decenios sucesivos, la eclesiología y la vida práctica de la Iglesia estuvieron marcadas por esta acentuación de la autoridad del Papa, que acabó por dejar poco espacio al diálogo, a la investigación y a la apertura hacia el mundo y la cultura moderna.

A la luz de todo lo dicho y ante los acontecimientos eclesiales de finales del siglo XX se debe constatar el

grave error en que cayeron mons. Lefebvre y, hoy, los lefebvrianos, al considerar el Vaticano II como una renegación de la obra de Pío IX y del Vaticano I; así como también el error opuesto de autores como Küng y Hassler, que saludaron el Vaticano II como una superación providencial de cuanto hizo Pío IX.

A lo largo de estos dos últimos siglos –como he insinuado anteriormente–, no ha habido en la historia de la Iglesia ruptura sino continuidad en el progreso y en la siempre mayor clarificación y acentuación de la naturaleza espiritual de la Iglesia y de su misión.

XXX

PÉRDIDA DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS

Desde el final del pontificado de Gregorio XVI, Italia vivía en pleno *Risorgimento.* Entre los años 1833 y 1844 surgieron por doquier movimientos insurreccionales que consiguieron difundir y consolidar la idea de la unidad italiana frente a las fracciones en pequeños estados hasta entonces existentes y, en concreto, frente al poder temporal del Papa, soberano absoluto de los Estados Pontificios, y al dominio del Imperio austríaco en el norte de la península. Era un movimiento inspirado por principios liberales, que aunque fue repetidas veces condenado y reprimido por Gregorio XVI, se impuso entre el pueblo. El movimiento de unidad italiana entró en su fase decisiva cuando se consolidó como la síntesis de la libertad, independencia y unidad para la constitución de un único organismo estatal o federación de estados.

No todas las fuerzas que pretendían dicha unidad estaban alineadas en las mismas actitudes ideológicas, sin embargo, a partir de 1840, predominó la corriente moderada que más tarde permitió la formación de la derecha histórica, favorable a la idea de una confederación de estados presidida por la Santa Sede; sobre todo

a raíz de la elección de Pío IX en el mes de junio de 1846, cuando el nuevo Papa demostró en sus primeros actos de gobierno pontificio simpatías abiertas hacia el proceso de unificación italiana.

Ya hemos dicho que al nuevo Pontífice se le llamó «liberal» en contraposición a su predecesor Gregorio XVI, fautor de una política extremamente represiva hacia los movimientos de unidad nacional. Sin embargo la situación cambió radicalmente en 1848, a raíz de las revoluciones de París y Viena. El *Risorgimento* italiano entró entonces en su fase decisiva. En Roma fue proclamada la república y el Papa obligado a huir a Gaeta. Sólo la intervención de potencias extranjeras, en concreto Francia y España, permitieron el regreso del Pontífice. La revolución romana fracasó porque las masas populares no tuvieron conciencia política del acontecimiento y también porque el rey Carlos Alberto de Saboya creyó que sólo con sus fuerzas piamontesas podría vencer militarmente a los austríacos.

Siguieron años de turbulencias y conflictos y en 1859, con el apoyo militar de Francia, comenzó la primera guerra italiana contra Austria. En Magenta y Solferino tuvieron los ejércitos italo-franceses sus primeras victorias durante el mes de junio de ese año, pero Napoleón III de Francia, impresionado por las graves pérdidas sufridas y temiendo ulteriores complicaciones bélicas, firmó un armisticio y entregó al reino del Piamonte la Lombardía, que los austríacos le habían cedido después de la derrota militar. El desarrollo posterior de los acontecimientos está estrechamente relacionado con los movimientos insurreccionales de las restantes regiones italianas, fomentados por la política unitaria de la casa de Saboya frente a la resistencia del rey de Nápoles y del Papa que, tras varios años de revueltas

populares y violentas batallas llevaron el 20 de septiembre de 1870 a la caída definitiva de los Estados Pontificios, a la pérdida del poder temporal de los Papas y al establecimiento en Roma de la capital del nuevo reino de Italia.

Los años precedentes al 1870 vieron, en Italia, la caída de monseñor De Mérode, colaborador fidelísimo del Papa, de quien Veuillot dijo: «Nadie lo ha conocido mejor que Pío IX y nadie lo ha querido más que él». Su caída estuvo objetivamente justificada por las divergencias ideológicas entre el ministro de las Armas, que hubiese querido reforzar el ejército pontificio, y el secretario de Estado, para el cual el ejército debía mantener el orden interno y vigilar las fronteras, mientras que para la salvación del pequeño estado lo esencial eran las negociaciones diplomáticas y la enfermedad de Víctor Manuel II en 1869, acompañada de su confesión y del matrimonio morganático.

La derrota de los garibaldinos en Mentana en 1867 permitió la celebración del concilio Vaticano I, pero en la curia fue interpretada como una prueba de la intangibilidad de la Roma Papal, mientras que en realidad ésta constituyó sólo una pausa en un proceso irreversible: el sobreponerse de las fuerzas reales sobre las radicales e irregulares. Ocurrió en aquellos años el atentado contra el cuartel Serristori, del que fueron responsables Monti y Togneti, ajusticiados por ello. Las consideraciones religiosas que impulsaron a Pío IX a no conceder la gracia iluminan algunos aspectos de su carácter, que llevaba al Papa a verlo todo en clave sobrenatural.

XXXI

UNIDAD DE ITALIA

Sobre todos los asuntos que caracterizaron los años centrales del pontificado de Pío IX, y que indiqué anteriormente, la Cuestión Romana se convirtió en el punto central y, con ella, en el contraste entre los defensores y los adversarios de la libertad de culto y de conciencia y, en general, de las libertades modernas.

El 20 de septiembre de 1870 acabó el dominio temporal de los Papas, aunque Pío IX y muchos en el Vaticano pensaban, incluso a primeros de septiembre, que Roma no sería ocupada. La guerra franco-prusiana de 1870 y la caída de Napoleón III, permitió al gobierno italiano ocupar Roma en 1870. Este hecho tuvo para el Papado una consecuencia importante y feliz, pues lo libró de un peso cada vez más insoportable por los movimientos revolucionarios y le consiguió un prestigio universal que no había tenido desde los grandes Papas de la antigüedad y del medioevo, como Gregorio Magno, Gregorio VII e Inocencio III.

El 20 de septiembre de 1870 es una fecha emblemática. No se puede infravalorar la importancia de lo que sucedió en la Puerta Pía aquel día tanto para la historia de la Santa Sede como de la Iglesia en general. Por ello es interesante señalar tres aspectos:

- la espera inerte de los acontecimientos por parte del cardenal Antonelli, que no tomó ni siquiera las más elementales medidas que aconsejaban el buen sentido, y del mismo Pío IX, que en aquellos días esperó hasta el último momento una intervención especial de la Providencia (está documentada históricamente la frase que el Papa dijo el 10 de septiembre al enviado piamontés Ponza di San Martino: *No soy profeta ni hijo de profeta, pero os digo que no entraréis, y que si entráis no os quedaréis*; sin embargo, los italianos entraron y se quedaron);
- el cambio, *in extremis*, la tarde del 19 de septiembre, de las instrucciones dadas al general Kanzler; –el Papa le había dicho el 14 de septiembre que la defensa debía consistir en una protesta, es decir, pocos cañonazos–, con la nueva orden, dada por las fuertes presiones del general, de prolongar la resistencia hasta la apertura de la brecha de Puerta Pía y luego abrir las negociaciones (de este modo, la batalla duró cinco horas, con 51 muertos, 19 soldados pontificios y 32 italianos);
- la consulta, hecha entre el 21 y el 30 de septiembre, a una decena de cardenales (entre ellos no estaba Pecci, el futuro León XIII, ausente de Roma), sobre la oportunidad o menos de que el Papa se quedase en Roma: seis fueron contrarios, dos favorables y otros dos se remitieron al parecer del Pontífice, que decidió quedarse.

Los intransigentes hicieron descripciones apocalípticas sobre el estado religioso de la ciudad de Roma, amenazada por los nuevos llegados, pero los romanos no perdieron la fe y la atención pastoral siguió prácticamente

inalterada. Es evidente, sin embargo, que la ciudad cambió profundamente al menos en cuatro aspectos:

- urbanístico,
- administrativo,
- social,
- y religioso.

En los primeros años del nuevo Estado italiano se pueden distinguir tres momentos esenciales:

- el traslado de la capital del reino a Roma con las primeras e inevitables expropiaciones en 1870;
- la supresión de las casas religiosas, con la apropiación y ejecución de la ley de 19 de junio de 1873, que extendía a Roma la ley de 7 de julio de 1866 sobre las corporaciones religiosas, suprimidas, dando lugar, entre otras cosas, a la venta por subasta de grandes latifundios del agro romano;
- la lucha contra la escuela y las grandes instituciones católicas, universidades, bibliotecas y archivos.

Los más afectados por estas medidas fueron los jesuitas, con la expulsión de antiguas sedes históricas como el Colegio Romano y la Curia generalicia, pero también muchas otras congregaciones quedaron muy afectadas; se salvaron en sustancia los píos establecimientos franceses (la casa de la «Trinità dei Monti») y los hermanos de las Escuelas Cristianas.

Tanto en las discusiones parlamentarias, como en la prensa y en las dificultades administrativas prevalecieron la fuerte hostilidad a los jesuitas, pero también a la vida consagrada en general, las prevenciones contra la escuela católica y los severos controles contra las escuelas confesionales supervivientes.

Frente a esto, destacó la fidelidad de la gran mayoría de los religiosos y de las religiosas a su vocación, entre sacrificios de toda clase, como el de las monjas obligadas a dormir en una buhardilla entre el frío y el agua que les entraba por todas partes; y el esfuerzo sincero de muchos sacerdotes y laicos para salvar, más allá de la «cristiandad», los valores esenciales de la fe y de la vida cristiana.

XXXII

LA SANTA SEDE Y LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

En los discursos de Pío IX aparecieron con una cierta insistencia las frases

- *No podemos no predicar incesantemente la paz* o;
- *No podemos abstenernos de deplorar...*

Pío IX felicitó a Napoleón III por la celebración en París, en 1863, de un congreso sobre el desarme, pero las intervenciones pontificias en favor de la paz tuvieron mayor credibilidad después de la caída de los Estados Pontificios, porque con la pérdida del poder temporal y de la soberanía territorial las iniciativas del Papa y sobre todo su magisterio tuvieron un valor cada vez más espiritual e independiente.

Esta situación, condicionada también por la compleja Cuestión Romana hasta 1929, limitó la participación de la Santa Sede en las grandes reuniones internacionales en favor de la paz, por la oposición tenaz y constante de Italia. Sin embargo, no puede decirse que la Iglesia quedara totalmente fuera porque trató de hacer llegar su mensaje de pacificación, inspirado en una visión sublime de los valores humanos, tanto mediante contactos personales con los soberanos y sus representantes diplomáticos, como a través de cartas, discursos y mensajes.

Por ello hay que subrayar la importancia que tuvieron después de 1870 las nunciaturas apostólicas y la acción desarrollada por los representantes del Papa, no solamente para asegurar la continuación de las relaciones diplomáticas entre el Vaticano y las diversas potencias, sino también para garantizar la presencia autorizada de los enviados del Papa tanto a nivel diplomático ante las autoridades gubernativas, como a nivel eclesial ante las comunidades de creyentes.

No obstante la delicada situación internacional en que se encontró la Santa Sede tras la pérdida de los Estados Pontificios, situación que se había agravado desde los años precedentes, a medida que se completaba el proceso de unificación italiana, algunos hechos manifestaron que ante la opinión pública comenzaba a desarrollarse el principio del primado moral del Papa en el mundo y de la misión universal de paz que podía desarrollar la Santa Sede, libre de vínculos políticos y de intereses territoriales concretos. En el año del primer concilio Vaticano, es decir, en 1869, algunos católicos ingleses, preocupados por el creciente predominio de la fuerza, pidieron a Pío IX que el concilio se pronunciara sobre este argumento. Por aquellos años llegó al Vaticano el llamamiento de un protestante al Papa para el restablecimiento público de las naciones, muy significativo porque le reconocía al Papa un papel que se iría desarrollando a lo largo del siglo XX. La Santa Sede, en aquellos años y al no poder participar directamente en conferencias o asambleas promovidas por los estados, se limitó a animar indirectamente todas las iniciativas de paz tomadas a distintos niveles.

XXXIII

FIN DEL RÉGIMEN DE CRISTIANDAD

Tras el 20 de septiembre de 1870 el Papa quedó profundamente turbado y amargado porque Puerta Pía significó el fin último de la «cristiandad» y la profundización de aquel proceso al *Risorgimento*, comenzado ya antes, pero que adquirió un nuevo vigor y un intento de mayor solidez en los discursos de Pío IX y en las homilías a los numerosos peregrinos que acudían a él. Se intensificó entonces la condena decidida del catolicismo liberal y la búsqueda de la vía más oportuna para la defensa de la libertad de la Iglesia. La ley llamada «delle guarentigie», rechazada por el Papa, le aseguró a éste una mayor libertad en los nombramientos de obispos, aunque limitada en parte por el «exequatur». Esta ley fue un acto unilateral del gobierno italiano, un compromiso entre separatismo y jurisdiccionalismo, que no le reconoció al Papa ninguna soberanía pero le prometió honores soberanos y el uso, no la propiedad, del Vaticano.

Esta ley no reconoció a los religiosos, que vivían dispersos fuera de sus casas y a partir de entonces fueron expulsados de Roma. Pero, gracias a esta ley pudieron ser nombrados en Italia, con una mayor libertad teórica, un centenar de obispos entre 1871 y 1873 (algo parecido a lo que ocurrió aquellos años en España y Francia).

Solamente la muerte del cardenal Antonelli –más rígido que el Papa, al menos en esto– permitió un cambio de dirección, pues desde 1877 los obispos pidieron regularmente el «nihil obstat», fuente de discusiones y de dificultades, y en la gran mayoría de los casos lo consiguieron antes o después.

La muerte del secretario de Estado supuso también una evolución relativa en la posibilidad de participar en las elecciones políticas. Sin embargo las tensiones entre la Iglesia y el Estado fueron muy fuertes en aquellos años. El Papa, que no aceptó la cantidad anual que el gobierno italiano quería entregarle, se apoyó en el Óbolo de San Pedro y en los donativos que libremente le enviaban los católicos de todo el mundo e hizo un llamamiento a los seglares a través de la Juventud católica y después a la Obra de los Congresos, surgida entre 1874 y 1875, dos asociaciones que no estuvieron nunca totalmente de acuerdo.

Este llamamiento a los seglares para la defensa de la Iglesia tuvo una doble significación: fue, por una parte, una manifestación de la toma de conciencia de que se había cerrado una época y de que comenzaba otra; que la «cristiandad» había desaparecido definitivamente y, al mismo tiempo, que comenzaba a pasarse de una desconfianza en los laicos, típica de los comienzos del pontificado, a una cierta confianza y a una valorización de sus capacidades, si bien todavía en función instrumental y rigurosamente dependiente de la jerarquía.

Si el Papa se mostraba escéptico ante las elecciones en general, otros colaboradores próximos a él eran más abiertos. El 30 de noviembre de 1876, una congregación cardenalicia concluyó diciendo que ante la situación en que se hallaba la cosa pública, sobre todo por cuanto se refería a la religión, los católicos tenían no

sólo el derecho sino también el deber de tomar parte en las elecciones políticas. Sin embargo, Pío IX permaneció anclado en su visión negativa y nada cambió. El Pontífice esperó después la apertura de una propia universidad, que habría hecho de contra-altar a la vieja Sapienza, ya secularizada, y aconsejó a los estudiantes que no asistieran a las clases de las facultades estatales; pero, este proyecto fracasó y el Papa se vio obligado a dar marcha atrás.

Tras la caída de los Estados Pontificios Roma pasó de ser la capital de la cristiandad y la ciudad sagrada a capital de un Estado moderno. Los nuevos llegados organizaron la ciudad para la nueva administración laica, que no pretendió otra cosa que transformar el carácter tradicional de Roma atacando lo que en realidad era la cultura católica.

XXXIV

LOS CATÓLICOS Y LA CUESTIÓN ROMANA

La primera consecuencia de la pérdida del poder temporal de los Papas para los católicos italianos fue su repliegue de la vida pública, condicionados durante sesenta años por la llamada «Cuestión romana». Ésta, en lugar de avanzar hacia soluciones aceptables, fue un problema cada vez más arduo y complejo.

Cavour, uno de los padres del *Risorgimento* italiano, elaboró la célebre fórmula «Libre Iglesia en libre Estado», y en un discurso pronunciado en Turín en 1861 dijo que Roma sería la capital de Italia, con acuerdo o sin él, pero que al Papa se le garantizaría absoluta independencia y plena libertad de acción.

Para aglutinar a los católicos en una línea común y coherente, don Giacomo Margotti, sacerdote escritor y polemista, fundó en 1863 en Turín el periódico intransigente *L'Unità cattolica* y fue el primero que con su fórmula «ni elegibles ni electores», en una larga serie de artículos, lanzó y sostuvo el principio de la obligada abstención de los católicos italianos de la vida política ante la nueva situación que se le iba creando a la Iglesia y al Papa.

Esta fórmula, en principio, no podía tener más valor que el de una opinión personal, pero, tras la caída de Roma en 1870, penetró en la conciencia de muchos y especialmente entre los miembros de la Acción Católica. Aquel mismo año, algunos diputados católicos renunciaron a su escaño parlamentario. Por tanto, se pueden remontar a aquel año los orígenes del *non expedit*, un principio sancionado en 1874 por la Penitenciaría Apostólica, al que siguieron discusiones sobre su interpretación, pues a muchos les parecía que se trata de un juicio de inoportunidad y no de prohibición absoluta. Hubo incluso intentos de empujar a los católicos a las urnas ante la inminencia de las elecciones políticas y, entre otras cosas, se decía que el Papa no se había pronunciado directamente sobre el tema.

Serios deseos de conciliación los hubo desde el primer momento, ya que en Roma, desde los primeros meses de 1871, existieron ambientes católicos que deseaban la pacificación entre la Santa Sede y el reino de Italia. En estos ambientes nació la idea de fundar un periódico, que apoyando a la *Rivista Universale*, habría podido coagular, en el campo del llamado «transigentismo», los intereses y programas de los conservadores. Animador de esta empresa fue el conde Paolo di Cappello, que reunió en su casa romana, en 1879, a una serie de personas cualificadas para estudiar la situación general italiana y la posibilidad de acción de los conservadores en defensa de los derecho de la Iglesia y del Estado. Participaron en estas reuniones hombres como Valperga di Masino, exponente del moderantismo turinés, condividido por el jesuita Vaco, y Malvezzi Campeggi, uno de los promotores de la Obra de los Congresos, y otros católicos moderadamente intransigentes, que hacía tiempo que habían distanciado de la Obra de

los Congresos y habían saludado con alegría la elevación al pontificado del «liberal» León XIII. Pero este intento conciliarista fracasó porque la Cuestión Romana provocó reacciones polémicas entre «conciliadores» e «intransigentes» y también en el seno de éstos, con la escisión del grupo toscano, que dio vida a la «Associazione nazionale conservatrice», fundada en 1879.

A propósito de lo que estamos diciendo, hay que añadir que una buena parte del mundo católico italiano del siglo XIX se caracterizó por el llamado «intransigentismo», que fue una reacción contra el liberalismo y la modernidad. En este sentido, el neotomismo fue una corriente de pensamiento estrechamente relacionada con él. El italiano Filippo Meda tuvo un papel fundamental en la evolución del movimiento italiano del «intransigentismo» hacia la aceptación de las instituciones liberales.

La intervención de Pío IX sobre la participación de los católicos en la vida pública llegó el 29 de enero de 1877 en un documento dirigido al consejo superior de la Juventud Católica en el que reprobaba a quienes empujaban a los católicos hacia las urnas, mientras la Santa Sede no había definido todavía si era lícito o menos y en qué condiciones tomar parte en las elecciones. Esta grave declaración truncó la actividad de la corriente interventista, pero no las discusiones sobre la oportunidad de actuar en el campo parlamentario para oponerse a las influencias sectarias y en defensa de los intereses mismos de la Santa Sede y de los católicos.

En tiempos de León XIII y, concretamente entre 1881-1882 hubo una viva discusión sobre la participación de los católicos en la vida pública, provocada por el mismo Papa, que quiso conocer la opinión de cardenales y obispos, teniendo en cuenta el deterioro

de la situación de la Santa Sede y la ampliación del sufragio electoral. El Papa quiso mantenerse distante del «intransigentismo» del cardenal Bartolini y del «transigentismo» del anciano cardenal Di Pietro.

Solamente en 1888 un decreto del Santo Oficio, aprobado por León XIII, sentenciaba que, por razones de altísimo orden, el *non expedit* incluía una verdadera y propia prohibición; de este modo la abstención se transformaba en una orden tajante. Sin embargo, empezó muy pronto una nueva fase en la orientación de muchos católicos convencidos de la evolución de la vida pública italiana que habría hecho inevitable una intervención de los católicos para hacer frente a la prepotencia sectaria de los anticlericales y a las amenazas de las corrientes subversivas.

Fue entonces cuando surgió la fórmula preparatoria a la abstención en sustitución de la vieja fórmula ni electos ni electores y el promotor de esta nueva fórmula fue Filippo Meda, con discursos y artículos publicados en revistas y periódicos. Él concebía la Acción católica bajo el doble aspecto religioso y socio-político; religioso en cuanto orientado al bien de las almas bajo la dependencia de la autoridad de la Iglesia, y socio-político en cuanto que actuando en el ámbito de la sociedad civil se proponía, con el ejercicio de los derechos civiles, influir sobre las instituciones públicas para implantarles la idea religiosa. El cese del *non expedit* se habría producido o por revocación expresa del Papa y por su natural decadencia a consecuencia del cambio de la situación socio-política.

La «Cuestión Romana» terminó felizmente para ambas partes el 11 de febrero de 1929, con la firma de los Pactos de Letrán, que significaron la definitiva *conciliazione* entre la Santa Sede e Italia.

XXXV

ACTIVIDAD ECLESIAL DE PÍO IX

Sobre el gobierno eclesial de Pío IX hay que destacar algunos puntos importantes, como los criterios seguidos para los nombramientos de obispos y de cardenales, la erección de nuevas diócesis y el estímulo para una nueva piedad, que de forma quizá un poco genérica pero clara podemos llamar antijansenismo.

El tema de los nombramientos de obispos es muy significativo porque pone de relieve la mentalidad del Papa y su línea de gobierno. Pío IX no amaba excesivamente a los intelectuales, ni a los buenos administradores y tampoco a los politicantes. Para el episcopado trató siempre de buscar pastores buenos, dotados de auténtico espíritu de oración, píos, fidelísimos a la Santa Sede, más bien tradicionalistas, antiliberales, acostumbrados al confesonario y al púlpito. Un nuncio no podía dar indicaciones más negativas que ésta: el candidato no ha confesado ni predicado jamás. Poco le importaba al Papa que estos obispos fueran de mentalidad un tanto cerrada, poco o nada sensibles a los signos de los tiempos, y teológicamente poco preparados, ya que a la competencia teológica el Papa le daba una importancia relativa. De este modo, se multiplicaron los casos de obispos píos, sinceramente entregados a su ministerio,

muy obedientes, pero tremendamente conservadores y menos sensibles al ambiente general en que vivían.

Con todo, hay que decir que prevalecieron los pastores, en el verdadero sentido de la palabra, aunque en el conjunto fueron preferidos siempre los intransigentes, pero ajenos a cualquier radicalismo. Parocchi y Manacorda, en Italia; Ceferino González, Ciriaco Sancha y Marcelo Spínola, en España; Rovérié de Cabrières y Ladoue, en Francia, son algunos nombres significativos.

En los archivos vaticanos se conserva la abundante correspondencia que el Papa tuvo con algunos de los obispos considerados como más intransigentes y menos con los que eran de tendencia más conciliante. Pío IX mantuvo una intensa correspondencia epistolar con muchos episcopados nacionales, a los que el Papa se dirigió periódicamente para trazar un auténtico programa pastoral. Los obispos, por su parte, respondían al Papa con cartas vibrantes de íntima religiosidad, manifestándole su propia solidaridad y sus ansias e incertidumbres. Le escribían desde todo el mundo y le hacían llegar sus cartas del modo más impensado, cuando tenían dificultades con los respectivos gobiernos, como les ocurrió a los obispos rusos y polacos. Las cartas llegaban a Roma de forma clandestina, arriesgada, a veces escondidas dentro de un opúsculo o cosidas entre las tapas de un libro. Pío IX animó e impartió directrices, trazó un claro plan de acción, estimuló y sólo en algunos casos reprobó conductas de obispos negligentes e incluso inmorales, como en Brasil; muy a menudo intervino ante los gobiernos en defensa de los obispos. Se puede decir que, en Iberoamérica, los angustiosos llamamientos de Pío IX, que estaba muy al corriente de los males de aquella Iglesia, mejoraron la situación general, pero no consiguieron eliminar al-

gunos graves abusos, como la no rara inobservancia del celibato eclesiástico.

Aunque no se pueden sacar conclusiones generales, sin embargo pueden ofrecerse algunos datos muy significativos como que es innegable que los pastores dotados de una fuerte personalidad, impregnados de profundo sentido eclesial, pero seguidores de ideas que no eran aceptadas del todo por Roma, fueron vistos con una cierta desconfianza; mientras que los obispos más intransigentes, y los que fueron víctimas de las luchas entre la Iglesia y el Estado, fueron animados y sostenidos.

Un caso poco conocido es el del obispo francés Hugonin, propuesto en 1866 para la diócesis de Bayeux, que fue objeto de serias reservas por parte del nuncio Chigi debido a sus tendencias ontologistas y a su praxis pastoral, más bien independientes de las directrices romanas. La Santa Sede condividió estas perplejidades, superadas solamente gracias a un medio plebiscito de los obispos franceses, entre los cuales el cardenal Lavigerie, hacia quien el nuncio Chigi nutría graves prevenciones. Las presiones de la base indujeron a la Santa Sede a no tomar en consideración el parecer del nuncio y de este modo Hugonin llegó a Bayeux. La colaboración entre las iglesias locales y la Santa Sede resultó feliz en aquella ocasión. Pero ni Pío IX, ni el nuncio Chigi, ni el cardenal Lavigerie hubieran nunca imaginado que precisamente mons. Hugonin en 1888 habría autorizado el ingreso en el Carmelo de Lisieux de Teresa Martín, y habría dado años después el «imprimatur» a su *Historia de un alma*, el libro de espiritualidad que mayor influjo ha tenido en el último siglo y por el que Juan Pablo II le otorgó a la santa autora el título de doctora de la Iglesia en 1997.

También tuvieron una cierta importancia los consistorios de Pío IX para la creación de cardenales, que demostraron, después de 1870, la independencia del Papa en el gobierno de la Iglesia, ya que las autoridades italianas se mantuvieron completamente ajenas a esta cuestión, mientras que los gobiernos de París, Madrid y Viena insistieron sobre algunos candidatos.

Pío IX
- hizo una defensa enérgica del orden sobrenatural, amenazado por el laicismo de todo tipo;
- defendió la independencia de la Iglesia, asaltada por el neojurisdicionalismo de marca liberal en Europa y América latina;
- impulsó una piedad antijansenista, basada en la comunión frecuente, en la praxis penitencial más comprensiva, en la devoción a la Virgen Inmaculada y en el Corazón de Jesús;
- acentuó la misión estrictamente pastoral del sacerdote y el fuerte vínculo entre las Iglesias locales y sus obispos con el Papa.

Éstos fueron algunos objetivos de fondo que llamaron la atención de Pío IX. En particular, sus estímulos para una piedad más cálida y antijansenista se multiplicaron en los últimos años de su pontificado, sobre todo a partir de 1875, con motivo del bicentenario de las apariciones a santa Margarita María Alacoque, a la que Pío IX beatificó en 1864.

XXXVI

RELACIONES DE PÍO IX CON LAS IGLESIAS ORIENTALES

Se ha discutido mucho sobre la política seguida por Pío IX con respecto a las *Iglesias orientales*, que no fue de lo más afortunado, ya que la carta *Ad Orientales*, del 6 de enero de 1848, suscitó la dura reacción de los patriarcas y a ella siguió la polémica político-religiosa durante la crisis oriental que desembocó en la guerra de Crimea. Después, el Papa intentó reforzar el control romano sobre las actividades de los patriarcas. Según las propuestas iniciales, esta línea habría debido ser impuesta a todas las Iglesias Orientales, pero de hecho fue aplicada solamente a las comunidades armena y caldea, provocando duras reacciones y un cisma que duró varios años en el grupo armenio, si bien posteriormente fue atenuada en algún punto, pero quedó mucho tiempo en vigor, con un balance como siempre polivalente, pero en definitiva complejo y con aspectos negativos.

La línea seguida por Pío IX con las iglesias católicas armena y caldea culminó en 1869 con intervenciones Papales que limitaron las tradicionales autonomías de los nombramientos de obispos y del patriarca y demostraron la fuerte desconfianza romana sobre los armenios y los caldeos, la clara tendencia centralizadora del Vaticano y el peso de las intervenciones personales de

Pío IX, que se sobrepuso a la moderación de los cardenales consultores.

La actitud del Pontífice con respecto a las iglesias católicas de rito oriental se manifestó:

- en el reconocimiento de la variedad de los ritos, tradiciones y disciplina en la misma y única Iglesia católica;
- en la voluntad de que esta riqueza y grandeza divina fuera mantenida y respetada;
- en la preocupación por conservar intacto también en Oriente el depósito de la fe;
- en los sinceros esfuerzos para un mejoramiento de la moral;
- en la solicitud para hacer más fuertes los vínculos de unión con Roma;
- en la oposición a los intentos de latinizar a los orientales, firme en línea de principio, aunque no tanto eficaz en la práctica;
- en la erección de una sección especial de la Congregación de Propaganda Fide para los asuntos orientales;
- en la solemne erección de nueve circunscripciones orientales, como la de Alba Julia en Transilvania (1853), dependiente directamente de la Santa Sede;
- y en la escasa profundización de los problemas teológicos y eclesiólogicos de fondo, a los que el Papa quedaba muy extraño.

Es difícil, en éste como en otros asuntos, distinguir las responsabilidades personales del Papa de las de la Curia Romana, pero lo que sí podemos constatar es que Pío IX, en los documentos que él firmó y de los que se asumió la responsabilidad jurídica, política e histórica, usaba un lenguaje a menudo difícil de entender para los orientales.

XXXVII

PÍO IX Y BISMARCK: LUCHA FRENTE AL «KULTURKAMPF»

El *Kulturkampf* fue un conflicto entre el Estado y la Iglesia católica en Prusia y en otros estados alemanes (Suiza y Austria en parte) durante la segunda mitad del siglo XIX, que se resolvió durante el pontificado de León XIII. Su nombre significa lucha contra la Iglesia católica, una lucha por la cultura, que, en realidad, camufló una violenta persecución legal cuyas causas se pueden individuar en la política personal de Bismarck, favorecido por el liberalismo masónico, el germanismo antiromano y el protestantismo.

El *Kulturkampf* fue provocado por el nacionalismo protestante prusiano que vio en el catolicismo de casi una tercera parte de sus regiones un obstáculo que debía combatir para construir una fuerte unidad nacional. Los católicos alemanes lucharon noblemente, sirviéndose, cuando fue necesario, de las libertades constitucionales, para hacer valer sus propios derechos de ciudadanos católicos frente a las pretensiones del gobierno prusiano de imponer la preeminencia protestante sobre la nación, obligando a los hijos nacidos de

matrimonios mixtos a una educación protestante, y chocando así contra los principios del derecho canónico.

Los enfrentamientos del Estado prusiano con la Iglesia católica comenzaron durante la última década del pontificado de Pío IX. La excitación provocada por el *Syllabus* y la definición de la infalibilidad pontificia en el Vaticano I ofreció a los liberales la ocasión para acusar a la Iglesia católica de retrógrada y peligrosa para el Estado y para lanzarse contra los «ultramontanos», acusados de amenazar al nuevo Imperio germánico. De este modo se intentó privar a la Iglesia de la libertad que había tenido en los últimos tiempos, de infringir su sólida organización y de someterla incondicionalmente al poder estatal. La lucha político-religiosa, que revelaba un deplorable malentendido sobre la verdadera naturaleza de la Iglesia, dividió a los alemanes en dos campos. El conflicto tuvo amplias proporciones porque fue también una lucha ideológica y ya en 1873 fue definido como *Kulturkampf*.

Su principal responsable fue el canciller príncipe Otto von Bismarck, quien, victorioso sobre los franceses, tras la batalla de Sedan de 1870, quiso germanizar el catolicismo alemán, pues le pareció entonces empresa fácil tras la agitación de los «viejos católicos» contrarios a la infalibilidad pontificia, definida en el Vaticano I. El año 1870 fue muy importante para la historia de Alemania, porque, tras la victoria sobre los franceses, fue proclamado el Imperio germánico, es decir la unificación alemana. Era el sueño de Bismarck, que deseaba la unidad política bajo la hegemonía prusiana.

A pesar de la lealtad con que los católicos alemanes participaron en la guerra contra Francia, muy pronto, después de 1870, se reforzó en Bismarck, la hostilidad contra los católicos. La legislación eclesiástica del gobier-

no prusiano tendía a restaurar el antiguo control estatal sobre la Iglesia, a limitar la influencia de la Iglesia en la sociedad y a eliminar en la medida de lo posible cualquier vínculo de la iglesia alemana con Roma. En este sentido hay que interpretar una serie de medidas como:

- la supresión de la sección católica del ministerio de los cultos prusianos, reuniéndola en la oficina que trataba las cuestiones de las otras iglesias;
- la prohibición a los eclesiásticos de tratar en los púlpitos cuestiones políticas de forma que pudieran amenazar la paz pública;
- la laiciación de las escuelas y la expulsión de los jesuitas y otras ordenes;
- las leyes de mayo de 1873, que fueron el centro de toda la legislación antieclesiástica, y que sometían a la Iglesia al Estado y recordaban la política del emperador José II de Austria y la Constitución civil del clero de la Revolución francesa;
- el control estatal de los seminarios;
- la limitación del poder de los obispos, etc.

Siguieron después:

- la ley sobre el matrimonio civil;
- la expulsión de todos los religiosos, menos las religiosas hospitalarias;
- la suspensión de toda ayuda a la Iglesia;
- la limitación de la libertad domiciliar y de los derechos civiles de los eclesiásticos;
- la administración democrática de las parroquias;
- y el uso promiscuo de los lugares de culto para los católicos y viejos católicos.

Frente a estas medidas, Pío IX envió el 7 agosto de 1873 una carta al emperador Guillermo de Prusia en la que ingenuamente reivindicaba su jurisdicción sobre

todos los bautizados. El Papa condenó todas las leyes citadas y excomulgó a los sacerdotes intrusos en las parroquias. Los obispos hicieron resistencia pasiva no aceptando ningún control estatal ni sobre los seminarios ni sobre los nombramientos de los párrocos. Todo esto provocó una violenta persecución religiosa contra obispos, sacerdotes y laicos, que la soportaron con valentía. Como consecuencia de esto, se multiplicaron las asociaciones tanto en defensa de los intereses católicos como para ayudar materialmente a las parroquias.

Ésta era la situación cuando murió Pío IX. Su sucesor, León XIII, que quería a toda costa conseguir la necesaria libertad para la Iglesia trató de solucionar el problema mediante un concordato, a la vez que Bismarck, cada vez más aislado en su política antieclesiástica, tuvo que cambiar de línea ante el avance del socialismo y el aislamiento de los liberales, que no apoyaron su política antieclesiástica.

XXXVIII

LA MASONERÍA FRENTE A PÍO IX

La masonería jugó un papel importante en la historia de la Iglesia durante el pontificado de Pío IX, sobre todo en Brasil. A diferencia del anticlericalismo, que representa un estado de ánimo, una tendencia teórica pero también práctica, la masonería es una organización sólida, con cuadros dirigentes y reglas precisas. Pero es necesario aclarar algunas cosas. En primer lugar, es necesario evitar el error de caer en la leyenda negra de la masonería, atribuyéndole misas negras y relaciones con el diablo: el «caso Taxil», que hacia finales del siglo XIX divulgó varias narraciones de este asunto, aceptadas inmediatamente por muchos católicos y después se divirtió él mismo confesando que lo había inventado todo, debería tenernos lejanos de estas posturas. También es muy simple definir a la masonería originaria de 1717 como animada de espíritu revolucionario e incrédulo, ya que es un lugar común que históricamente tendría que ser revisado, para no atribuir al comienzo algunas desviaciones de tiempos posteriores. Pero sería una ingenuidad el signo opuesto, minimizar el influjo y el peso que la masonería tuvo durante el siglo XIX y su hostilidad abierta a la Iglesia.

Pío IX tuvo algunas intervenciones, aunque fueron numéricamente inferiores a las de su sucesor León XIII.

Con todo, se advierte en ellas un doble límite:

- la generalización de las acusaciones, afirmadas y no documentadas concretamente,
- y la idea de un complot universal y compacto contra la Iglesia que tendría sus raíces próximas en la Revolución Francesa.

Esta tesis refleja la mentalidad de la intransigencia del tiempo en la búsqueda ansiosa de una víctima expiatoria bien identificada. En cualquier caso, en América, tanto al norte como al sur, la masonería había adquirido durante el pontificado de Pío IX una larga difusión y un cierto poder. En Brasil, además, los «hermanos» se habían infiltrado en las cofradías y en las terceras órdenes, que se habían convertido en focos masónicos y controlaban gran parte de la vida de las parroquias. En Brasil, el párroco en muchos casos no podía ni siquiera dar los últimos sacramentos a los moribundos sin la autorización de la cofradía.

La lucha contra la masonería tuvo tres momentos:

- el intento de revancha,
- la contraofensiva gubernativa,
- y la búsqueda por parte de la Santa Sede de una solución honorable.

La iniciativa de la liberación del yugo masónico partió de dos jóvenes obispos, Macedo Costa, de Belém do Pará, y Gonçalves de Oliveira, de Olinda, llamado Vital María de Pernambuco; éste más impetuoso y batallero que el primero. Después de una larga lucha la masonería se mantuvo poderosa, si bien disminuyó gradualmente su influjo en las cofradías por una serie de factores. Las luchas que contra ella tuvo que mantener la Santa Sede en Brasil demuestra cuán difícil era conseguir la verdadera libertad de la Iglesia, pero también las oscilaciones de la curia romana, algunos errores tácticos y, al mismo, tiempo la influencia de los obispos más jóvenes.

XXXIX

LENTO FINAL DE UN GLORIOSO PONTIFICADO...

El 3 de junio de 1877 Pío IX celebró sus bodas de oro episcopales cuando su popularidad había alcanzado el punto culminante porque su pontificado había superado los treinta años. Las celebraciones de su jubileo episcopal fueron ocasión propicia para exaltar su figura en una apoteosis sin precedentes, promovida por las muchedumbres católicas y por el clero ultramontano, que en este tiempo era inmensa mayoría.

Fue el momento de constatar hasta qué punto había crecido el prestigio del Papado en todo el mundo y el vigor que mantenía el catolicismo tanto en la vieja Europa como en el nuevo mundo. Al Papa fueron dirigidas las aclamaciones más entusiastas, se dijo de él que era el *Papa inmortal*; de todo el mundo llegaron a Roma testimonios de adhesión, fidelidad y amor a la persona del anciano Pontífice y por doquier se celebraron congresos, asambleas y actos conmemorativos para honrar al gran Pontífice del siglo XIX.

Pero, los años postreros de Pío IX ofrecen, paradójicamente, el doble carácter de una apoteosis y de una melancólica liquidación.

A pesar de las aclamaciones de los peregrinos, cada vez más entusiastas; a pesar de los testimonios de fidelidad, cada día más numerosos, que afluían de los cuatro ángulos del mundo con ocasion de cada reunión católica de alguna importancia, la atmosfera de Roma se hacía cada vez más pesada. Las decepciones sucedían a las decepciones. Uno tras otro, los gobiernos con los que se había creído poder contar se alejaban o hasta se mostraban abiertamente hostiles a la Iglesia. Por su parte, el mundo intelectual se apartaba claramente de la Iglesia. Y las ideas que habían inspirado la política eclesiástica desde Gregorio XVI no solamente eran dejadas de lado por los espíritus avanzados, como Montalembert, Dollinger, Passaglia o Jacinto Loyson, sino también por colaboradores tan fieles del Papa como el jesuita Curci, el alentador de *La Civiltà Cattolica.*

Entretanto, los grandes colaboradores del Pontífice iban desapareciendo uno tras otro: en 1874, el cardenal Barnabó y monseñor De Merode; en 1876, el cardenal Antonelli. Otros sobrevivieron, pero era evidente cada vez más que su tiempo había ya pasado. El cardenal Manning, que durante mucho tiempo había sido uno de los más celosos defensores de la Curia y de todo cuanto allí se decidía, no ocultaba su decepción al volver de Roma en diciembre de 1876. Escribía con desencanto:

¡Qué impresión de estancamiento! ¡Seis años han pasado desde 1870 y la organización de la Curia ha venido peligrando de año en año! Da la impresión de que en Roma se carece de hombres jóvenes y de futuro. Los que poseían la fuerza de la edad son ahora demasiado viejos para tomar en sus manos nuevas tareas. Me parece que la Santa Sede, en este momento, está muy baja por lo que se refiere a consejeros capaces y a hombres de acción.

Pío IX, sin perder su animacion ordinaria, se sentía no obstante, cada vez más aislado. Tenía conciencia de asistir al fin de una época. El cardenal Ferrata nos ha transmitido la reflexión que hizo, poco antes de morir, a monseñor Czacki, y ella bastará para demostrar que no estaba en realidad tan ciego como podría parecer a primera vista:

Mi sucesor deberá tomar inspiración de mi apego a la Iglesia y de mi deseo de hacer el bien. En cuanto a lo demás, todo ha cambiado a mi alrededor. Mi sistema y mi política ya han visto pasar su época, pero yo soy demasiado viejo para cambiar de orientación: eso será la obra de mi sucesor.

Por otra parte, parece verosímil que, dominado por esta preocupación, escogió, con gran sorpresa de todos, para reemplazar a Antonelli, al anciano cardenal Simeoni, hombre excelente, sin duda, pero manifiestamente desprovisto del mínimo de cualidades requeridas para desempeñar las funciones de secretario de Estado, sobre todo en circunstancias tan delicadas:

Se afirma –dijo el ministro de Belgica– *que el Santo Padre ha dicho: He escogido a Simeoni; no será por mucho tiempo, y de este modo dejo completa libertad al cónclave y a mi sucesor al elegir un cardenal que no es el indicado ni para el Papado ni para las funciones políticas.*

XL

... QUE TUVO ALGUNA SOMBRA...

Los problemas que Pío IX dejó sin solucionar no desaparecieron con él. A más de ciento veinte años de distancia, el historiador discierne mejor que los contemporáneos los puntos débiles y las lagunas de este largo pontificado, tan fecundo para la Iglesia desde tantos puntos de vista. Roger Aubert los sintetiza diciendo que Pío IX dejó, al morir, una Iglesia más fuerte interiormente, pero aislada ante la hostilidad general de los gobiernos y de la opinión pública. Los éxitos del catolicismo a lo largo de su pontificado fueron, en gran parte, el resultado de los progresos de la corriente ultramontana y de la alianza con los regímenes antirrevolucionarios. Pero este mismo triunfo del ultramontanismo desencadenó la reacción de los gobiernos, descontentos al ver que el clero local se liberaba de su presión y seguía cada vez con mayor docilidad las órdenes de Roma. Y la opinión democrática, de influjo cada año más firme sobre la opinión pública y en la dirección de los Estados, no perdonaba a la Iglesia el apoyo que no había cesado de prestar desde 1848 a los partidos conservadores, apoyo que hizo que se la considere como irremediablemente solidaria del antiguo régimen y de las fuerzas de reacción.

Estos choques con unos gobiernos acostumbrados durante siglos a inmiscuirse demasiado en los asuntos de la Iglesia y este conflicto con los partidos de izquierda eran, en cierto modo, inevitables, pues mientras la Iglesia no renunciase a su «vocación terrestre» –renuncia imposible por lo demás– siempre suscitaría reacciones anticlericales. Sin embargo, cuando se constata que unos años, tal vez algunos meses, fueron suficientes al hábil León XIII para lograr un notable entendimiento en la mayoría de los casos, no se puede menos de pensar que muchas crisis hubieran podido ser suavizadas y hasta evitadas si se hubiera frenado un poco el progreso irreversible de la centralización romana y se hubiera adoptado, ante la transformación de las instituciones bajo la influencia del liberalismo, una actitud más conciliadora y menos exclusivamente doctrinal.

Pío IX, torpemente aconsejado por los que le rodeaban, no logró adaptar la Iglesia a la profunda evolución política que transformó completamente la organización de la sociedad civil durante el siglo XIX. Tampoco advirtió suficientemente la urgente necesidad de adaptarse a otra evolución: la transformación progresiva de la antigua economía agrícola en un mundo industrializado y la conciencia de su miseria, pero también de su fuerza por parte de un proletariado urbano cuya importancia numérica crecía de año en año. Felizmente, los católicos y los obispos comenzaron a abordar el problema en Alemania, más tarde en Austria, en Francia, en Inglaterra y también en España. Pero es lamentable que la Santa Sede, demasiado absorbida por la lucha contra el liberalismo doctrinal y político y contra los últimas restos del galicanismo y del josefinismo, no hubiese emanado ninguna directiva algo precisa ni en

el plano de los principios ni en el de la organización pastoral. Al menos hay que reconocer que no frenó iniciativa alguna.

En el plano intelectual, no solamente, no logró Pío IX dar el impulso necesario, sino que, poco enterado personalmente de este aspecto del problema, fue abandonando la dirección y el control de la vida cientifica en la Iglesia a espíritus demasiado estrechos. Éstos, asustados ante el progreso del racionalismo y el positivismo, creyeron ser suficiente la anatematizacion de las corrientes doctrinales nuevas, a primera vista incompatibles con la fe cristiana, y el mantenerse firmes en las posiciones consideradas tradicionales, sin ni siquiera plantearse la conveniencia de revisar a fondo algunas cuestiones.

Esta actitud, bienintencionada, pero poco inteligente, no hizo más que posponer el problema. Muy pronto sería ya imposible evitar el conflicto abierto entre un magisterio eclesiástico estancado y los resultados del desarrollo de las ciencias naturales e históricas, sobre todo en el terreno bíblico. Según Aubert, ésta es la gran laguna del pontificado de Pío IX, el no haber percibido la inmensidad del peligro y el no haber opuesto una doctrina a sus adversarios.

Ciertamente, nació el neotomismo pero éste no era aún más que una esperanza, y la idea maestra del cardenal Mercier: repensar la filosofía de santo Tomás en función de la filosofía y de la ciencia moderna, no fue más que entrevista por Kleutgen. También, ciertamente, realizaron un meritorio esfuerzo los sabios católicos alemanes, para responder a las exigencias de la crítica histórica; pero este trabajo se llevó a cabo bajo la mirada cada vez mas desconfiada de una parte de la jerarquía y, sobre todo, de las autoridades romanas, que no supie-

ron discernir lo verdaderamente legítimo en una obra demasiado influida por el racionalismo del ambiente. Esta actitud cohibida hizo que se perdiera un tiempo precioso. Las directivas más abiertas que prevalecerán bajo León XIII llegarán un poco demasiado tarde para poder recobrar del todo el tiempo perdido: las verdaderas raíces de la crisis modernista se hunden en el pontificado de Pío IX.

XLI

... PERO MUCHAS LUCES...

Estas lagunas son graves. Y, sin embargo, a los ojos del historiador de la Iglesia, el balance del pontificado de Pío IX es netamente favorable.

En primer lugar, la Iglesia se desarrolló y afirmó exteriormente. La expansión misionera, brillantemente esbozada bajo Gregorio XVI, prosiguió a lo largo de estos treinta y dos años paralelamente a la expansión colonial europea, bajo el impulso centralizado del Vaticano.

Gracias a los esfuerzos combinados de la Congregación de Propaganda Fide y de los misioneros, cada vez más numerosos, la Iglesia católica se encontraba establecida, a la muerte de Pío IX, en las cinco partes del mundo. En el momento en que la desaparición del Estado Pontificio eliminó al Papado del tablero diplomático europeo, la Iglesia comenzó a presentarse, a consecuencia de su presencia universal, como un gran poder mundial al que toda política había de tener en cuenta.

Independientemente del movimiento misionero, la inmigración católica hizo nacer nuevas Iglesias, con gran porvenir, en Inglaterra, en Canadá y, especialmente, en Estados Unidos. De 1846 a 1878, Pío IX erigió muchas nuevas diócesis y vicariatos apostólicos. Durante este tiempo las antiguas Iglesias, que vivían tras

la Reforma en situación precaria, fueron reorganizadas. Éste es el caso en los Países Bajos y, sobre todo, en Alemania.

Al mismo tiempo que se extendió cuantitativamente, la Iglesia católica se estrechó en torno al Papa, intensificando el progreso constante de la unificación y de la centralización romana. Esto constituyó uno de los fenómenos más señalados del pontificado de Pío IX. El concilio Vaticano I, al mismo tiempo que purificaba de sus posibles excesos al movimiento ultramontano, señaló la derrota definitivamente en las tendencias particularistas en la Iglesia. Después de él pudo haber todavía oposición gubernamental, pero no galicanismo eclesiástico. Los progresos de la influencia romana no dejaron de suscitar amargos reproches por parte de los que habían conocido las ventajas del pluralismo, pero no tardaron en producir sus beneficiosos efectos en las Iglesias debilitadas por las tradiciones regalistas del antiguo régimen, que comenzaron lentamente su regeneración.

Incapaz de asumir la dirección de los esfuerzos por adaptar el magisterio católico al movimiento intelectual contemporáneo, Pío IX, sin embargo, ejerció un papel doctrinal indispensable y fecundo. Aunque llegó a definir dos nuevos dogmas, el de la Inmaculada Concepción y el de la infalibilidad pontificia, su obra doctrinal no ofreció originalidad y se inscribió en continuidad perfecta con la de Gregorio XVI. Pero fue más sistemática y más amplia que esta última y llevó a su plena realización el trabajo colectivo y difuso de los teólogos de la generación precedente. Inaugurada al comienzo de su pontificado con la encíclica *Qui pluribus*, esta obra prosiguió sin tregua y el Papa aprovechó cualquier circunstancia local u ocasional para recordar los principios que debían guiar la restauración cristiana de

la sociedad. Desembocó en la síntesis de la encíclica *Quanta cura*, y hubiera debido ser coronada por el amplio conjunto de los decretos del concilio Vaticano I.

Ha sorprendido con frecuencia el aspecto negativo de esta obra que, esencialmente, se presentó como una condenación del liberalismo repetida sin cesar:

- racionalismo o tendencia del espíritu humano a liberarse de la autoridad de la revelación y del magisterio doctrinal;
- indiferentismo moral y religioso o tendencia a rechazar las normas de la moralidad y las exigencias de la verdad en nombre de los derechos del individuo;
- laicismo o repulsa de la influencia de la Iglesia en la vida de las sociedades;
- galicanismo, en el que Roma vetó cada vez más una tendencia a concebir la organización de la Iglesia según la imagen de los gobiernos parlamentarios y disminuir la autoridad divina del Papa a beneficio de los poderes subordinados.

Pero detrás de esta obra de condenación hubo una afirmación positiva como substrato siempre presente: la auténtica relación de la criatura con Dios y la realidad del orden sobrenatural, que condicionaron la visión católica del hombre y de la sociedad civil y religiosa. El pontificado de Pío IX, caracterizado en las instituciones eclesiásticas por la definitiva liquidación del galicanismo y del josefinismo del antiguo régimen, señaló en el orden del pensamiento un valiente esfuerzo para lograr la eliminación de los últimos restos del deísmo naturalista, que había caracterizado al pensamiento cristiano durante el período de la Ilustración y para volver a centrarlo en los dogmas fundamentales de la Revelación:

los misterios del Verbo Encarnado, de la Iglesia, de la gracia y de los sacramentos.

Este enorme esfuerzo de restauración doctrinal tuvo su correspondencia en un esfuerzo de profundizacion de la vida cristiana, que fue, sin duda, el más notable resultado y el mérito principal de este largo pontificado: la Iglesia salió de él sensiblemente más «religiosa».

Pío IX inauguró la lista de los Papas contemporáneos que pretendieron de corazón seguir siendo, sobre la cátedra de Pedro, ante todo sacerdotes y pastores de almas: más allá de la salvaguardia integral del mensaje doctrinal y de la defensa de los derechos de la Iglesia, tuvo conciencia de ser igualmente responsable ante Dios de la vida cristiana de los fieles y de la santificación de los sacerdotes. Muchas cosas habían cambiado en el mundo y en la Iglesia entre 1846 y 1878. Pero tal vez ninguna había cambiado tanto como la calidad de la vida católica media.

Al precio de sacrificar algunas tradiciones preciosas que habían constituido los elementos valiosos del antiguo clero, fue expandiendose una vasta corriente de devoción popular y de espiritualidad sacerdotal. Se le ha reprochado frecuentemente ser superficial y demasiado exterior, pero la floración de obras y el enorme desarrollo de las congregaciones religiosas son un índice que desmiente este juicio simplista. Y si es cierto que elementos locales, lo mismo que la acción de la Compañía de Jesús, tuvieron un papel indiscutible en esta evolución, el mismo Pío IX contribuyó en gran parte a ello. En primer lugar, porque personalmente parecía un ejemplo para este movimiento de devoción: se puede sonreír ante esta especie de hagiografía ingenua o interesada que rodea a su persona de una aureola, y que a veces toma el aspecto de una adulación suma-

mente desagradable; pero no se puede negar su influjo sobre el renacimiento espiritual del siglo XIX. Tambien, y sobre todo, porque, como hombre decidido y de autoridad, consagró buena parte de su tiempo y de sus esfuerzos a activar la lenta evolución que había apuntado al día siguiente de la crisis revolucionaria.

Precisamente porque consideraba indispensable para el logro de esta obra de restauración cristiana una actitud intransigente en el terreno práctico y doctrinal, se esforzó, en contra de sus tendencias personales a la conciliación y al apaciguamiento, por repetir sin cesar los grandes principios. Pero estaba reservado al genio de Leon XIII formular las aplicaciones de estos principios a la vez perfectamente ortodoxos y, sin embargo, adaptados al mundo nuevo que había nacido con Giovanni Maria Mastai Ferretti hacia fines del siglo XVIII.

Es un grave error pensar que el Pontífice impuso nuevos dogmas a una Iglesia insegura y en su complejo renitente. Se trataba en definitiva de un «cerrar las filas» que descendía de lo alto para responder a una exigencia muy advertida y difundida desde la base, como se notaba en los congresos episcopales desde América hasta España y Alemania, y en repetidas inovaciones de los obispos a los fieles.

Al apoyo, ya pasado de un estado confesional de un tiempo, se sustituyó un vínculo más estrecho entre la cabeza y el cuerpo de la Iglesia, un movimiento de base, visto inicialmente con sospecha, pero luego animado y promovido. Precisamente por este vínculo estrecho entre los fieles y el episcopado, facilitado por las peregrinaciones que podían servirse de la red ferroviaria, Pío IX se convirtió en el primero de los Papas populares de la época contemporánea. Ya no se trataba de aquel entu-

siasmo del año 1848, artificiosamente montado y basado en un equívoco, sino de un movimento de masa, fruto de dos elementos convergentes: el impulso espontáneo y las directrices precisas del Vaticano.

La lucha contra el laicismo y la defensa de la Santa Sede ayudaron a superar una visión particularista y reductiva de la Iglesia, que todavía se manifestaba por aquí y por allá, e hicieron que de todas parte el pueblo se uniera fuertemente al obispo de Roma y se difundiera entre los fieles un sentido católico más vivo, porque no se sentía cristiano de ésta o de aquella nación, de éste o de aquel pueblo, sino miembros vivos de la Iglesia romana, una y difundida en todo el mundo.

Estas ideas –que he resumido de la obra de Aubert– las expresaba la esquela publicada en la misma revista *La Civiltà Cattolica*, en la que, junto a afirmaciones obviamente apologéticas propias de aquel momento, destacan algunas intuiciones valiosas como éstas:

«La Iglesia ... vivirá todavía mucho tiempo de los influjos divinos, que el Verbo le ha infundido, por la potencia del gran espíritu de Pío IX. Él, después de Dios, es el autor de esta ... unidad de mente, de corazón, de lengua, que nunca se había visto y gozado, tan plena y armoniosa, en el cuerpo místico del Verbo encarnado. Esta unidad estupenda que toda ella se concentra perfecta y vitalmente en el supremo Vicario del Verbo es ... el don más precioso que Pío IX ha dejado a su sucesor».

XLII

... Y UN BALANCE MUY POSITIVO PARA LA IGLESIA

Un balance final del pontificado de Pío IX nos permite destacar algunos elementos constantes junto con una fuerte evolución sobre algunos puntos importantes desde 1846 hasta 1878. La grave enfermedad juvenil, que superó definitivamente poco después de su ordenación sacerdotal, le dejó siempre algún rastro:

- una fuerte emotividad,
- una rica sensibilidad difícil de controlar,
- una cierta ansia,
- pero junto con una sincera humanidad,
- una viva cordialidad,
- y un cierto humorismo que nunca perdió del todo y así aparece en sus cartas y en sus desahogos autógrafos.

Pío IX dudó casi siempre de pretendidos fenómenos sobrenaturales, que la mayoría de las veces se reducían a ilusiones; amonestó a los ingenuos, dispuso investigaciones severas e impuso castigos más bien duros a quien se había dejado engañar. Sólo en dos circunstancias excepcionales, el 24 de noviembre de 1848 y el 20 de septiembre de 1870, Pío IX esperó en vano una ayuda sobrenatural extraordinaria, que nunca llegó.

Mantuvo siempre una fe ajena a profundas búsquedas teológicas, pero no por ello ingenua o simple y, en cualquier caso, lejana de cualquier consideración humana y política. Tuvo una piedad profunda que se manifestaba en una intensa vida de oración y en sus devociones preferidas: la Inmaculada y el Sagrado Corazón. En toda su larga vida, primero como obispo y después como Papa, manifestó desinterés personal por las cosas terrenas y un celo por la salvación de las almas y la independencia de la Iglesia que le llevó a emprender duras batallas e incluso a afrontar la impopularidad.

Un cambio de actitud se nota ante el movimiento «risorgimentale» italiano y, en general, ante el mundo moderno, que dividen su pontificado en dos períodos netos; antes y después de 1848, antes y después de la huida a Gaeta. El cordial y humano Pontífice de los primeros años se dejó arrastrar por los entusiasmos del 48, como aparece en su conocida bendición a Italia del 10 de febrero de 1848 y la primera redacción autógrafa de la alocución del 29 de abril del mismo año. Pero, incluso en aquellos momentos calientes, el Papa supo mantenerse fiel a la misión exquisitamente religiosa de la Iglesia. La crisis de noviembre de 1848, la huida a Gaeta y las desilusiones probadas dejaron huella en Pío IX, pues se advirtió inmediatamente en él un cierto cambio de actitud, que le empujó a defenderse, condenando como peligroso y dañino en general el sistema constitucional y muy pronto el movimiento unitario italiano. Y de la exaltación de abril de 1848 se pasó a los amargos juicios de los años sucesivos a 1859 y al proceso al *Risorgimento*, profundizado después de 1870.

Ciertamente el Papa era demasiado inteligente como para aliarse con el legitimismo, pero en el fondo de su

corazón nutría una especial simpatía por los vencidos, como el emperador de Alemania, Leopoldo II, y el rey de las Dos Sicilias, Francisco II. Incidió en él un peligro que no tenía nada de imaginario y era el laicismo, el asalto a la escuela, al matrimonio y las ordenes religiosas. El final de la «cristiandad» le parecía una grave derrota de los más importantes valores religiosos. Su fe en Dios no se resquebrajó, es más, el Papa se abandonó siempre en las manos del Señor, pero, si por una parte estaba convencido de que Dios no abandonará a la Iglesia en la humillación y en las tinieblas, pero otra no se preguntaba siquiera en qué consistiría el triunfo que él siempre esperó. En lo más íntimo, el Papa quizá esperó siempre un retorno a la cristiandad.

Por esto el Vaticano I no significó y no podía significar una respuesta exhaustiva a la Revolución francesa. Por una parte no se pueden olvidar los aspectos positivos de este pontificado, excepcionalmente largo, pues están a su favor:

- la fuerte afirmación de los valores sobrenaturales, en una época de indiferentismo y de laicismo –que triunfó de forma descarada en Roma, capital de Italia, con orgullosa seguridad, con el culto de la ciencia, el positivismo y la escasa cultura del ministro Sella–;
- la armoniosa reconstrucción de las relaciones entre la razón y la fe, que apareció en la *Dei filius*, con el reconocimiento de las capacidades innatas de la razón;
- la solidez conseguida por la Iglesia, con la derrota de las fuerzas centrífugas supervivientes y la reafirmación del primado universal de jurisdicción, oportuno, eficaz y prácticamente necesario aquel 18 de julio de 1870, con una incidencia en la vida

de la Iglesia desconocida desde la definición florentina de 1439;
- una larga victoria sobre el jurisdiccionalismo y el josefinismo, conseguida, más que con diversos concordatos, con la selección del episcopado y del clero, menos político y más pastoral;
- la victoria de una piedad antijansenista, cálida y humana, fundada sobre la frecuencia de los sacramentos, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la Inmaculada, sobre una oración como el rosario, y sobre la amorosa y prolongada contemplación de los misterios de Cristo; piedad de la que se nutrirá más tarde el joven Roncalli, el futuro Juan XXIII, y que empapó las páginas de su célebre *Diario del alma*, con el acento puesto sobre la formación del clero y el final definitivo de aquellos curas de «misa y olla», ajenos a cualquier cura pastoral, carentes de auténtica vocación sacerdotal y reducidos a las ocupaciones más bajas y humillantes;
- un clero que, por desgracia, en algunos países como España tardó todavía muchos años en desaparecer, ya que la crisis de vocaciones obligó a mantener la «carrera breve» casi hasta finales del siglo XIX.

Durante los últimos diez años de su pontificado, Pío IX tuvo que hacer frente a problemas particularmente complejos y delicados como:
- las relaciones de la Santa Sede con las Iglesias católicas de rito oriental;
- el primer concilio Vaticano;
- el final del poder temporal de los Papas seguido de la ocupación de Roma por los italianos;
- la primera fase del *Kulturkampf* en Alemania,

– y las polémicas con la masonería a causa de su intromisión en asuntos eclesiásticos, sobre todo en Brasil.

Todos estos asuntos tuvieron una importancia capital para la vida de la Iglesia y dieron al pontificado de Pío IX un carácter muy complejo ya que tuvo que balancearse entre sus buenas intenciones como soberano de un Estado italiano y, al mismo tiempo, como pastor supremo de la Iglesia universal.

El Papa defendió la independencia total de la Santa Sede ante las aspiraciones constitucionales de quienes pretendían la formación de un Estado italiano independiente; todo esto debió poner inevitablemente graves problemas de conciencia a este hombre dominado por la convicción de que él tenía el primado absoluto de su misión religiosa.

A lo largo de todo su pontificado y, sobre todo, a partir de la crisis de los años 60 y siguientes, Pío IX tuvo la tendencia de refugiarse, ante la evolución de los acontecimientos, en un sobrenaturalismo que testimonia su fe profunda pero también su incapacidad de distinguir claramente la lógica del desarrollo de la historia humana y la intervención de la Providencia o de las fuerzas demoníacas en los asuntos de este mundo. A pesar de ello, el Papa se mostró reservado hacia ciertos religiosos que pretendían beneficiarse de fenómenos extraordinarios.

No obstante sus muchas ocupaciones en el campo político, como soberano temporal del Estado pontificio y sus implicaciones en la política italiana, Pío IX consagró gran parte de su actividad a la dirección de la Iglesia y a los problemas estrictamente religiosos, tomando él mismo una serie de iniciativas importantes, sobre todo con respecto a la independencia del poder espiritual ante las

tendencias regalistas persistentes en numerosos gobiernos, sobre la reforma de las órdenes religiosas y la profundización de la vida espiritual del clero. Por último, a propósito de los esfuerzos hechos por Pío IX para elevar el deficiente nivel de formación del clero secular, si bien es cierto que fueron coronados con un cierto éxito, sin embargo tuvieron una contrapartida negativa, pues el clero se replegó sobre sí mismo.

XLIII

MUERTE DE PÍO IX

Aunque siempre ardoroso, Pío IX, ya en el año ochenta y seis de su vida, envejecía visiblemente. En 1877, los que le rodeaban le habían inducido a poner definitivamente a punto las reglas que habían de seguirse para la elección de su sucesor, mientras el gobierno italiano se ocupaba del modo de regular los funerales del Papa. Contra toda esperanza, éste todavía recibió la sorpresa, antes de morir, de ver desaparecer a su rival, el rey Víctor Manuel, al que una breve enfermedad arrebató el 9 de enero de 1878. Mas cuatro semanas más tarde él se extinguió a su vez, en el momento en que se comenzaba a preparar para el verano siguiente la celebración solemne de este hecho único en la historia: un pontificado que hubiese alcanzado los treinta y dos años que había durado el episcopado de san Pedro en Antioquía y en Roma.

En el momento de su muerte, pocos Papas, como Pío IX, fueron asistidos en su última hora por tantos cardenales, obispos y prelados. El cardenal Bilio, que fue uno de los testigos oculares de la muerte, declaró que viendo al Papa cercano a su fin y absorto en la oración, le pidió autorización para comenzar las oraciones

por los moribundos, que comienzan recordando el momento en que el alma cristiana está a punto de salir de este mundo. Así comenzó a hacerlo el cardenal Bilio, pero se paró al darse cuenta de que Pío IX se reanimaba. Entonces, el mismo Papa, con voz débil y haciendo un gesto con la mano, sonriendo suavemente, le dijo que continuara porque su alma estaba a punto de partir y siempre él mismo, al final de dicha oración de despedida, la concluyó con la plabras latinas: *Laetantes ibimus, ¡iremos al Señor con alegría!*

En unas horas se hizo evidente que toda esperanza estaba perdida, y el 7 de febrero, a las cinco y cuarenta minutos de la tarde, Pío IX se extinguió dulcemente. Hubo consternación general. Primero en Roma, en la que la poblacion seguía muy ligada a su anciano soberano. También en todo el mundo cristiano, en el que se olvidaron por cierto tiempo las críticas que algunos habían considerado deber dirigir contra la política religiosa seguida durante treinta años para no fijarse más que en los méritos. Algunos estaban ya dispuestos a canonizarlo, mientras que otros saludaban en él, al menos, el fervor y las virtudes, la indomable fuerza de espíritu al servicio de la verdad y la entrega incansable a la causa de la Iglesia.

Biógrafos y hagiógrafos de Pío IX lo definen hombre dotado de gran humanidad, de una impresionante dignidad, que resulta mucho más significativa a través de la serenidad de su cara incorrupta en la silenciosa majestad de la muerte, en la que aparece con una indefinible y amable sonrisa.

Toda Roma pudo visitar en San Pedro la Capilla del Santísimo Sacramento, donde Pío IX estuvo expuesto, y admiró la cara del pontificiente sonriente en el sueño de la muerte.

Leemos en la lápida que fue colocada en su honor, en la basílica de San Pedro, junto a la estatua del Príncipe de los Apóstoles, por el Cabildo Vaticano: *Petri annos in pontificatu romano unus aequavit = igualó los años de Pedro en el pontificado romano.*

XLIV

ENTERRADO EN LA BASÍLICA DE SAN LORENZO EXTRAMUROS

Pío IX fue enterrado en la cripta de la basílica de San Lorenzo Extramuros, junto al cementerio del Campo Verano, en el templo dedicado al gran mártir y protodiácono de la Iglesia de Roma, porque así lo dejó establecido él en su testamento, subrayando su deseo de permanecer hasta el día de la resurrección entre el pueblo que él amó tan intensamente.

La decisión del Papa de ser enterrado en este lugar estaba en su profundo amor a los mártires, de los que san Lorenzo es espléndido ejemplo. Aunque un motivo que indujo a Pío IX a descansar eternamente junto a los difuntos que en Roma vivieron y recibieron sepultura, fue precisamente para estar cerca de los restos mortales de los militares voluntarios que cayeron en Castelfidardo en 1860, en defensa de los derechos milenarios del Estado Pontificio, sin embargo la razón más profunda estaba en el culto de los mártires, que en Pío IX fue vivísimo, ya que él mismo leyó su vida en la de los mártires, aunque no tuvo la gracia del martirio físico, sino de un lento martirio moral, propio de quien no transige con el error ni con el mal, cueste lo que cueste, porque el mal va siempre combatido y rechazado.

En su petición de querer ser enterrado junto a las reliquias del mártir Lorenzo, el Papa quiso quizá hacer como una oración silenciosa que continuaría con el paso de los años. Escogió este lugar no sólo porque durante su pontificado se hicieron excavaciones en el mismo sitio sino por la predilección que el Papa tuvo siempre por este glorioso mártir de la Iglesia Romana y porque sabía que el diácono Lorenzo era uno de los mártires más venerados por el pueblo romano.

Pío IX conocía muy bien la costumbre muy difundida sobre todo en los siglos IV y V de adquirir la propia tumba junto a los sepulcros de los mártires. Esta costumbre está bien documentada en las numerosas inscripciones funerarias esparcidas por diversas regiones del Imperio Romano. Y fue precisamente durante el pontificado de Pío IX cuando el arqueólogo Giovanni Battista de Rossi hizo sus preciosos descubrimientos. Y fue Pío IX quien quiso que se publicara la *Roma sotterranea* cuyo primer volumen salió en 1864.

El pueblo romano le demostró también su amor a Pío IX iluminando las casas cuando el féretro del Papa fue trasladado a la basílica de San Lorenzo desde la de San Pedro, la noche del 13 de julio de 1881. Pero también en aquella circunstancia se manifestó el odio de sus adversarios más encarnizados, que sirvió para encender más todavía el amor y la veneración de los fieles al Papa. Y fue precisamente para reparar el gesto sacrílego y para rendir homenaje al Papa de la Inmaculada ante su tumba que una peregrinación nacional llegó a Roma el 15 de octubre de 1881. En aquella circunstancia, el conde Giovanni Acquaderni se dio cuenta de la extrema humildad y sencillez de la tumba del Papa y, sin violar para nada la esencia de las disposiciones testamentarias del Pontífice, concibió la idea de trans-

formar aquel lugar en una de las más bellas obras de arte que se hicieron en la Italia del siglo XIX. Una obra que exigió treinta años de trabajos intensos y en la que colaboraron los mejores arquitectos y artistas de su tiempo.

El 30 de mayo de 1894 fue inaugurado por el cardenal Plácido M. Parocchi, vicario de Roma, el monumento sepulcral y en dicha ocasión fueron puestos en evidencia una vez más la devoción y fama de santidad hacia el Papa así como las líneas fundamentales de su espiritualidad.

El 4 de abril de 2000 tuvo lugar el reconocimiento de sus restos mortales; ceremonia que suele hacerse antes de la beatificación y canonización especialmente distantes en el tiempo desde la muerte del Siervo de Dios. Los restos de Pío IX, descubiertos por última vez el 25 de octubre de 1956, durante el pontificado de Pío XII, han aparecido también en esta circunstancia prefectamente conservados, con los signos de su habitual serenidad, tal como le recordaban las fotografías del tiempo y la iconografía tradicional consolidada, así como las descripciones hechas por los testigos que declararon hace casi cincuenta años en el proceso de beatificación. Así lo aseguraron los jueces eclesiásticos, los forenses y los expertos que estuvieron presentes en la exhumación y reconocimiento de los restos. Desde hace 122 años su cuerpo ha permanecido incorrupto. Después de la beatificación, será expuesto a la veneración de los fieles en un altar adecuado de la basílica de San Lorenzo, manteniendo así la voluntad testamentaria manifestada por el Pontífice. La diócesis de Senigallia, con gesto de exquisita sensibilidad eclesial, ha ofrecido la urna de plata y cristal donde reposarán de ahora en adelante los restos mortales de Pío IX.

Que Pío IX goce de gran popularidad en Roma, a pesar de haber transcurrido un largo siglo desde su muerte, y que los fieles le consideren «santo» y muchos de ellos deseen su elevación a los altares, lo demuestra la gran paticipación de gente en la solemne misa que todos los años se celebra el 7 de febrero en la basílica de San Lorenzo Extramuros.

XLV

PÍO IX FUE UN PAPA PARA EL PUEBLO

En los momentos más críticos de su pontificado, Pío IX no se perdió en el absorvente vórtice de las pasiones humanas que se desencadenan y cambian fácilmente de humor o en el torbellino de las cosas que le rodeaban. El Papa se ocupó también de política y en ella empeñó su inteligencia y la de sus colaboradores. Pero no consideró nunca el gobierno de las cosas temporales como un fin sino como un medio para conseguir el fin. Pero éstas no fueron sus principales preocupaciones, ya que, como hombre de Iglesia, fue ante todo Vicario de Cristo, pastor atento de la Iglesia, que defendió valientemente su grey.

Un análisis sereno y riguroso de su pontificado hace reconocer tanto al historiador como al teólogo que en Pío IX prevaleció su misión espiritual, su empeño por la difusión del reino de Cristo en el mundo, que lo sintió tan profundamente y lo vivió con fuerte intensidad incluso en los momentos de mayor dificultad o aturdimientos por las circunstancias externas que le afectaron. Trató de estar siempre por encima del rumoroso torbellino que le rodeaba, por encima de las preocupaciones cotidianas, por encima de los asuntos de Estado, a pesar de lo importantes que eran, por encima del venenoso litigio político, y todo ello no fue por ingenuo providencialismo.

Pío IX estuvo convencido y firmemente persuadido de que el Vicario de Cristo, ante la gravedad de los tiempos, había sido escogido por el mismo Dios para defender la verdad de su doctrina revelada. Abandonado a su destino por las así llamadas potencias católicas fue un Papa para el pueblo, por ello instauró cada vez más un gobierno pastoral que tuvo como única fidelidad la atención a las almas. Y no le faltó la respuesta popular visible en las multitudes que acudieron a las grandes manifestaciones religiosas que se celebraron en Roma en los momentos más solemnes de su largo pontificado.

La presunta intransigencia de Pío IX no fue debida a una visión maniquea de las cosas. Él captó inmediatamente que los hombres querían hacerse la historia por su propia cuenta, proveyendo a todo con sus propios medios y prescindiendo de la Providencia Divina, pues la rechazaban como una tiranía, de la misma forma que rechazaban a la Iglesia.

Éste fue el dolor más intenso de Pío IX en casi todo el arco de su largo pontificado, sobre todo en la fase final. A este dolor del Pontífice permanecieron insensibles casi todas las cortes y gobiernos, pero el Papa sintió la cercanía del Pueblo de Dios, que lo colmó durante la vida de un inmenso amor filial y lo saludó, tras su muerte, con un grito unánime y universal: *¡Tenemos un intercesor más en el cielo!*

Amar y servir a la Iglesia fue, pues, la única ambición de Pío IX. Este Papa fue como una lámpara luminosa de la Iglesia de Dios. Los santos de su tiempo reconocieron en Pío IX un candidato a la santidad admitida oficialmente por la Iglesia. En este sentido se expresaron entre otros, san Juan Bosco y el beato Francesco Faà di Bruno. También santa Bernardeta de Lourdes expresó su admiración por el Pontífice.

Reconocimientos le llegaron al Pontífice, aunque de forma más bien aislada, incluso de aquel mundo antieclesiástico que le echaba en cara el *Syllabus* y estaba irritado por el Vaticano I y por la proclamación del dogma de la infalibilidad pontificia. Un ejemplo de esta estima proviene de Ruggero Bonghi –un personaje importante del mundo cultural contemporáneo– quien dijo del Papa: *Este viejo sacerdote es el hecho más extraordinario y admirable de nuestro tiempo.*

Pero sobre todo, Pío IX fue querido y admirado por el pueblo sencillo, por los niños y los pobres, a quienes dedicó sus mejores energías ya desde su juventud sacerdotal. Pío IX fue el animador espiritual de su tiempo.

XLVI

TUVO UN PONTIFICADO ADORNADO CON LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Después de más de ciento veinte años de su muerte, el largo e intenso pontificado de Pío IX aparece cada vez con mayor evidencia como una espléndida síntesis de espiritualidad mariana, adornada con los dones y los frutos que el Espíritu Santo suscitó para guiar el camino de la comunidad cristiana en una época atormentada y difícil.

Toda la actividad de Pío IX estuvo conducida de forma invisible y casi imperceptible por el Espíritu Santo, si bien hubo momentos en que ésta se manifestó de forma más evidente, por ejemplo, con motivo de la proclamación del dogma de la Inmaculada, el 8 de diciembre de 1854. En esta circunstancia el Papa apareció como transfigurado e inundado de la gracia del Espíritu. Animado por una extrordinaria valentía apostólica, Pío IX lanzó un verdadero y propio desafío al materialismo imperante en su tiempo. Aquel gesto de profunda devoción mariana quedó, sin duda, como uno de los mayores y más significativos acontecimientos de la historia de la Iglesia.

Si numerosos y significativos fueron todos los actos que constelaron el pontificado del «Papa de la Inmaculada» –basta recordar la canonización de 52 mártires y confesores de la fe, la proclamación de san José como patrono de la Iglesia universal y la de san Alfonso María de Ligorio y de san Francisco de Sales como doctores de la Iglesia– no hay que olvidar su diaria, incesante y fatigosa tarea de conducir la barca de Pedro entre las olas y las tempestades de aquel tiempo.

La fuerza de Pío IX residió en la gracia de Dios, acogida, asimilada y secundada:
- con la Eucaristía,
- con la comunión de fe con el Señor,
- con la oración,
- con la piedad mariana,
- con el sacrificio,
- con el sufrimiento moral y también físico,
- con la entrega total a la grey que se le había confiado;
- en una palabra, con la santidad de su vida.

El don del Espíritu que influyó mayormente en su ministerio apostólico fue el de la sabiduría. El Papa supo ver, juzgar y actuar según la razón divina.

El pontificado de Pío IX también conoció incomprensiones y críticas, pero hoy queda todavía el signo del nuevo fermento de fe que animó la vida eclesial de aquella época:
- la piedad eucarística, la devoción a María, al Corazón de Jesús y a san José fueron cada vez más profundas y conscientes en el Papa;
- los sacerdotes más conscientes de su misión pastoral;

- los seglares más conscientes de sus responsabilidades;
- las misiones más abiertas a todos los horizontes del mundo,
- y el incipiente diálogo ecuménico más convencido.

Pío IX, en su largo y complejo pontificado, fue el hombre de Dios, que en medio de mil dificultades, supo guiar la Iglesia, sostenido únicamente por una fe inquebrantable en quien él representaba en la tierra. Y fue sostenido en esta firme actitud gracias a su íntima unión el Señor mediante la oración, el amor filial a la Virgen María, a la cual invocó siempre como madre.

Con gran serenidad de ánimo vivió Pío IX los peores momentos de su pontificado, sobre todo después del 20 de septiembre de 1870 y la consiguiente pérdida del poder temporal. En aquellas circunstancias Pío IX se puso en las manos de Dios y confió en la Divina Providencia. De este modo se convirtió en el hombre, en el sacerdote, en el pastor y en el Papa de la confianza y del abandono en Dios, en una continua y progresiva confianza en los medios sobrenaturales.

Oración, confianza y abandono en las manos de Dios: tres elementos que contribuyeron a acercar la figura del Papa a la de la Virgen, la mujer del *Magnificat*, la mujer del sí a Dios, de la cual quiso proclamar en 1854 el dogma de la Inmaculada Concepción.

En su pobreza total y en su conciencia de no ser nada ante el Todopoderoso María supo abandonarse en las manos de Dios, que la engrandeció y la adornó de todos los dones y gracias, porque, como afirma el concilio Vaticano II en la constitución apostólica *Lumen gentium*, la Madre del Señor destaca sobre todos los pobres y humildes del Señor, los cuales con confianza y abandono reciben de él la salvación (n. 55).

Por otra parte, la luz de María se reflejó también en la vida de los apóstoles y en la de sus sucesores. Por ello la Iglesia de Cristo es la Iglesia de los pobres, una Iglesia que no puede y no quiere confundirse con la comunidad política. Porque el sentido más profundo de la pobreza de la Iglesia no está propiamente en el amor a los pobres, que en cualquier caso debe ser cultivado, sino en su neta separación de la potencia y de la fuerza de los medios humanos. Una pobreza, por consiguiente, que hace que la Iglesia se sienta libre ante el mundo, precisamente como la concibió Pío IX.

En realidad, Pío IX tuvo una visión espiritual de todos los problemas. Hay un hilo conductor entre el pensamiento y la obra de Pío IX y los de sus sucesores que es la solicitud paternal y el ansia pastoral ante una humanidad que pierde día a día conciencia de su dimensión transcendental y que, en muchas ocasiones, hoy como en el pasado, parece querer acelerar la propia decadencia. Frente a un mundo que se revelaba contra la Revelación divina y la vida de la Gracia, Pío IX reafirmó lo sobrenatural. Y fue precisamente esta visión sobrenatural de la realidad la característica que favoreció el pleno entendimiento de Pío IX con los santos y beatos de su tiempo. Muchos de ellos fundadores de nuevas congregaciones religiosas, que Pío IX favoreció para incrementar la vida de la Iglesia.

No hay que olvidar que Pío IX se había formado en la Roma de san Vincenzo Pallotti y de san Gaspare del Bufalo. Y es en este clima donde hay que buscar el fundamento de la obstinada defensa de la tradición religiosa en abierto y radical contraste con la ideología laica entonces dominante.

Avanzando en su servicio sacerdotal, episcopal y pontificio, en Pío IX se fue delineando cada vez más el

hombre dotado del don de la fe integral alrededor del cual se fue reuniendo o formando un nutrido grupo de almas deseosas de lo sobrenatural.

Ante la imposibilidad de citarlos a todos, es suficiente recordar la figura de san Juan Bosco para comprender qué gran filón de santidad se desarrolló y se alimentó durante el pontificado de Pío IX.

XLVII

SANTIDAD DE PÍO IX

Todo cuanto hemos dicho sobre la actividad pastoral de Pío IX encontró su fuente en una intensa vida espiritual, caracterizada desde el comienzo de su sacerdocio por el cumplimiento fiel de la voluntad de Dios. Célebres son las frases que entonces dijo: «*Todo mi actuar en Dios, con Dios y por Dios* y *no quiero separarme ni un ápice de la Voluntad Divina*».

El Papa vivió continuamente en una atmósfera sobrenatural, por lo que le era congenial el entendimiento con los santos de su tiempo. Por ello, se puede afirmar que la visión trascendente de la realidad fue la fuerza inspiradora de toda su vida. La fuente de todas sus obras estaba radicada en una ardiente vida espiritual. Por consiguiente, todo lo que el Papa hizo y enseñó, tiene que ser analizado a la luz de cuanto él se había propuesto hacer al comienzo de su vida sacerdotal, condensado en las frases anteriormente citadas.

Como sacerdote, como obispo y como Papa, Pío IX, sin interrupción alguna y de forma continua apareció siempre y fue considerado como «Hombre de Dios». Conocida era su asiduidad a la oración, sin ningun otro deseo que la gloria de Dios, el bien de la Iglesia y la salvación de las almas. Y no buscó otra cosa en su larga

vida más que cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas y a ella se adhirió con todas sus fuerzas incluso cuando fueron grandes los sufrimientos que tuvo que soportar. Ésta fue siempre la regla fundamental de su vida y de su actividad pastoral al afrontar los problemas, a veces dificilísimos de su tiempo.

Por consiguiente, todo lo que Pío IX hizo y enseñó debe ser examinado a la luz de este principio y todo debe ser juzgado según este criterio fundamental.

En el amor a Dios y al prójimo tuvo su origen toda su actividad. De la caridad le vino la fortaleza, por medio de la cual sostuvo todas las adversidades o pudo hacer frente con ánimo sereno, tanto que su buen humor fue siempre proverbial.

Su vida espiritual se transmitió al pueblo cristiano a través de sus palabras y de sus acciones. Historiadores de tanto prestigio como Roger Aubert han llegado a decir que durante su pontificado, el pueblo de Dios redescubrió al mismo Cristo como centro de toda la espiritualidad católica.

Dando a Cristo el lugar principal y a la Virgen la tarea de guiar y auxiliar, Pío IX consiguió renovar desde sus fundamentos la religiosidad de los católicos y la hizo reflorecer.

XLVIII

EL PROCESO DE BEATIFICACIÓN CONFIRMA LA FAMA DE SANTIDAD

La fama de santidad de Pío IX, reconocida cuando el Papa todavía vivía, se conservó íntegra después de su muerte y fue creciendo a medida que pasaba el tiempo. Así consta en las numerosísimas cartas enviadas a León XIII y a sus sucesores, en las cuales tanto obispos como simples fieles pidieron la elevación a los altares del papa Masti Ferretti.

Entre éstos hay que recordar al futuro Juan XXIII, que tuvo siempre tanta admiración por su precedesor que llegó a pedir su beatificación.

No debe sorprender que muy pronto se promoviera su causa, aunque no fue introducida oficialmente hasta 1954. Sobre la base de un cierto número de testimonios recogidos a principios de este siglo, declararon más de doscientos testigos de todas las condiciones sociales, entre ellos, varios cardenales.

La respuesta a algunos reproches fue elaborada por el abogado Carlo Snider († 1988) con un riguroso estudio histórico. Según él, muchos de los testigos tuvieron la tendencia a ver las cosas unilateralmente o a amplificar ciertos hechos y trató de esclarecer los puntos discutidos en el contexto del tiempo, teniendo en cuenta el clima cultural del siglo XIX.

Hasta hace poco tiempo la verdadera cuestión no era ésta sino la de la *oportunidad* de la beatificación de Pío IX en los tiempos actuales, ya que eran muchos los que querían hacer de ella una canonización del *Syllabus* y verla como revancha en relación con las tomas de posición del Vaticano II sobre la libertad religiosa y sobre la colegialidad episcopal.

Este clima se ha ido clarificando con el paso del tiempo. Por ello, el Papa ha juzgado oportuna la beatificación de Pío IX, tras haberla suspendido por algún tiempo.

Ha llegado el día en que se ha impuesto el buen sentido, ya que no está en discusión ni la santidad de Pío IX ni el derecho de la Iglesia a proclamarlo santo, ni mucho menos vale la pena protestar por la herida que se provocaría a la tradicional del *Risorgimento* italiano; una tradición que hoy sigue viva, no tanto por los contenidos «jacobinos» que lleva incorporados, cuanto por los valores de libertad y tolerancia.

Todavía hay quien sigue perplejo ante la beatificación de Pío IX, porque afectará no al papel político que dicho Papa tuvo como soberano de los Estados Pontificios sino a la santidad de su vida, que está fuera de discusión, como ha podido demostrarse después del largo y complejo proceso, incluido el milagro que Juan Pablo II aprobó en 1986, si bien no fue publicado entonces en espera del momento oportuno.

En cualquier caso, y a pesar de las polémicas que surgen de cuando en cuando a propósito de este tema, historiadores laicos tan serios y rigurosos como Spadolini, reconocieron que la historiografía laica no tenía nada que temer de la beatificación de Pío IX, que fue un gran Papa, y que no debía interpretarse como un insulto a los valores del *Risorgimento*.

XLIX

MIRADA RETROSPECTIVA

A ciento treinta años de distancia de la caída de los Estados Pontificios y, por consiguiente, de la pérdida del poder temporal de los papas, la afirmación de la incompatibilidad en la misma ciudad de dos capitales, la capital de Italia y la capital del catolicismo, tantas veces repetida por los intransigentes, ha sido desmentida por los hechos.

A Juan XXIII, en vísperas del Concilio, le gustaba distinguir las dos Romas, la ciudad eclesiástica y la ciudad civil, que se ha desarrollado, si bien entre mil dificultades, después del 20 de septiembre de 1870 y ha dado un nuevo aspecto y un nuevo ambiente a Roma.

De las condenaciones del *Syllabus* hemos pasado al reconocimiento de la libertad de conciencia religiosa, con la *Dignitatis Humanae* del Vaticano II. Las definiciones de 1870 han sido completadas con el reconocimiento de otro elemento fundamental de la Iglesia: la colegialidad de los obispos, que no pueden ser considerados simples funcionarios del Papa. En el lado opuesto, no sólo el Estado liberal burgués ha quedado definitivamente superado, sino que el Estado moderno, fundado sobre la igualdad y la libertad es la única garantía posible para asegurar el respeto de la ley.

El historiador imparcial debe reconocer que en la Iglesia del Vaticano II permanece larga y viva la herencia de Pío IX, que puede condensarse en estos puntos fundamentales:

- superación definitiva del galicanismo,
- nuevo equilibrio entre centro y periferia,
- desaparición del jansenismo, con el rigorismo que hacía difícil el acercamiento a los sacramentos y el contacto personal con Cristo,
- la fuerte afirmación de la libertad y de la indepedencia de la Iglesia;
- la vigorosa afirmación del orden sobrenatural, contra el naturalismo y el laicismo, expresada en la definición de la Inmaculada y en la segunda constitución del mismo Concilio, la *Pastor Arternus*, definida por Pablo VI «arquitrabe de aquella sólida construcción que ha sido completada y perfeccionada después por la Constitución *Lumen gentium*, que es la *magna charta* del concilio Vaticano II».

Pío IX fue siempre y ante todo un sacerdote de profunda vida interior, alimentada por una oración tan intensa cuanto sencilla, fuente de un agudo sentido pastoral. A pesar de su innegable talento administrativo, escogió el estado eclesiástico no para ser «prelado» o para adquirir una posición honorífica en el gobierno del Estado Pontificio o en la Curia romana, sino para dedicarse completamente a una misión pastoral, incluso entre los más indigentes de las Pampas, si le hubiera sido posible, o por lo menos entre los muchachos del *Tata Giovanni* o del *San Michele* de Roma, entre los fieles de la Umbria o de los de las inquietas Romañas.

Esta espiritualidad se unió con una fuerte emotividad, residuo de la enfermedad nerviosa que sufrió hasta

1822, tres años después de su ordenación sacerdotal, y con una bondad cordial, una necesidad sincera de amistad, una irefrenable agudeza. Tampoco hay que olvidar su realismo, casi limitando con el escepticismo, con el que Pío IX juzgaba humorísticamente y sin demasiadas ilusiones a hombres y cosas.

Estos aspectos positivos quedaron un tanto ofuscados por tres carencias fundamentales:

- algunas graves lagunas teológicas debidas a la insuficiencia de sus estudios hechos en tiempos poco propicios y un poco de prisa, entre 1816 y 1819, y sólo parcialmente compensadas con la selección de consultores competentes;
- el aislamiento en el que con el tiempo llegó a caer, también por las artes de su secretario de Estado, el cardenal Antonelli, que fue fidelísimo al Papa, pero, al mismo tiempo, su misma antítesis;
- y la involución que se advirtió en su carácter a partir de 1849, por lo que le fue difícil dar un juicio sereno sobre la civilización moderna, y lo llevó a una rigidez en muchas de sus posturas, que le impidieron una auténtica comprensión del proceso histórico del cual fue a la vez sujeto y objeto, le empujó a un abandono pasivo en la Providencia, sin profundizar realmente en los problemas y sin tomar iniciativas eficaces en el plano político.

Esencialmente pastor de almas, Pío IX, por la situación en que se encontró, fue obligado, contra su temperamento, a ocuparse de política. Gran parte de sus energías tuvo que dedicarlas a una batalla que estaba ya perdida en principio, la defensa del poder temporal. Un siglo largo después de todo aquello, resulta difícil todavía en muchos ambientes entender el comportamiento del Papa, que ha quedado, para algunos estratos

de la opinión pública, sobre todo italiana, como el Papa del *Non possumus* y del *Non expedit*. Este estado de ánimo es comprensible si se consideran las reales ventajas que el final del poder temporal tuvo para la Iglesia. «Fue entonces –dijo el cardenal Montini en el Capitolio de Roma el 10 de octubre de 1962, la víspera de la inauguración del Vaticano II– cuando el Papado reemprendió con inusitado vigor sus funciones de maestro de la verdad y del testimonio del Evangelio, llegando de este modo a subir a tanta altura en el gobierno espiritual de la Iglesia y en la irradiación moral del mundo como no había ocurrido antes».

Esta opinión tan autorizada, de quien nueve meses después sería el papa Pablo VI, y que hoy los católicos suscriben no por obediencia sino por íntima convicción, no agota los problemas. El historiador tiene la misión, no de juzgar, y mucho menos con la sensibilidad presente, sino de comprender las razones de esta intransigencia.

Si hoy distinguimos claramente un valor irrenunciable, la independencia del Papa en el Gobierno de la Iglesia, del instrumento que durante siglos, para bien y para mal, había defendido este valor, y comprendemos cómo el Papa puede ser independiente sin el poder temporal que tuvo en otras épocas, esta distinción era muy difícil de hacer comprender cuando se vivió en aquella lucha. Pues hay que tener en cuenta las excesivas ambigüedades de los liberales, a partir del mismo Cavour, y toda una serie de leyes, cartas y discursos parlamentarios que demuestran cuán precaria y llena de contradicciones fue la situación prometida a la Iglesia y nunca cumplida.

Pero como en todos los procesos históricos, la intransigencia de Pío IX fue polivalente, y tuvo sus efectos positivos y negativos. Si nos limitamos al *Non possumus*

hoy puede afirmarse que aseguró la independencia plena y visible del Jefe de la Iglesia incluso frente al Estado en medio del cual se encontraba, y esto a pesar de ser discutible en algunas de sus motivaciones y en algunas de sus formas concretas.

Pío IX consideró siempre la pérdida de su Estado no sólo como la pérdida de un baluarte para su independencia, sino también como una fortaleza de salvación eterna para sus súbditos, ya que quedarían abandonados a la merced de un partido que como primera medida insidiaría la fe y corrompería las costumbres. El *Risorgimento* no era la creación de un estado unitario y moderno, sino obra de los hijos de las tinieblas, de los representantes del diablo, de los emisarios de Satanás. Y no se olvide que la figura del diablo estuvo presente en la apologética del tiempo y con frecuencia también en los discursos del último Pío IX, el anciano Papa que se autoproclamó prisionero en el Vaticano después del 20 de septiembre de 1870.

Estamos pues no sólo muy lejanos de la bendición que había dado a Italia el 10 de febrero de 1848, sino también de aquellos desahogos espontáneos con los que Pío IX todavía en 1861 había alabado el amor de Cavour por Italia.

Pío IX falleció el 7 de febrero de 1878 y aunque había rechazado por escrito cualquier intervención italiana dentro del Vaticano, se tuvo que pedir la ayuda de la tropa italiana, ya que las modestas fuerzas vaticanas eran incapaces de mantener el orden. Con motivo del traslado de sus restos mortales se organizó una algarabía, que no fue sólo obra de algunos exaltados, sino que estuvo muy bien organizada por los anticlericales y masones romanos que entonces mandaban. Y si no sucedieron cosas peores fue porque la vigilancia de la

policía y la actitud de las tropas fue tal que cumplieron muy bien cuanto exigía la ley «delle guarentiggie».

Un mes antes que el Papa, había muerto el rey Víctor Manuel II (9 enero). Se contrapusieron así, a poca distancia de tiempo los funerales de dos personajes, dos actores de un gran drama, que nunca se vieron personalmente, aunque se escribieron con frecuencia y se enfrentaron hasta en la muerte. Más allá de los contrastes, las dos partes se erguían en su fuerza: si Víctor Manuel II veía coronada su obra, Pío IX mostraba la solidez del Papado, inmutable a pesar de la diversidad de situaciones. Entre el Quirinal y el Vaticano seguían corriendo lentamente las aguas del Tíber, como queriendo significar la continuidad en el incesante devenir de la historia, como afirma Martina.

Para este historiador, que ha hecho el análisis más profundo, riguroso y actual de la vida y obra de Pío IX, éste fue un personaje emotivo y complejo, cordial y a veces severo, apoyado en su secretario de Estado, Antonelli, y muy distante de él, siempre enamorado del Señor, siempre preocupado por la Iglesia y totalmente entregado a ella. A un Pontífice exquisitamente religioso le correspondió un secretario de Estado estrictamente administrativo, diplomático y político. Si bien esta distinción no pudo ser neta, y política y religión se fusionaron juntas en las instrucciones a los nuncios, esenciales para conocer las directrices del pontificado de Pío IX. No siempre hubo pleno entendimiento entre el Papa y su secretario de Estado. En varias ocasiones Antonelli trató de evitar que Pío IX cometiera gestos políticos inoportunos, pero, al mismo tiempo, se mantuvo deliberadamente extraño a varias cuestiones estrictamente religiosas, que absorbieron gran parte de las energías y del tiempo del Papa. Antonelli no se ocupó ni de la

preparación del dogma de la Inmaculada, que fue muy laboriosa, ni de la reforma de los religiosos, y durante el Vaticano I trató sobre todo de garantizar la libertad del Pontífice y del Concilio así como del modo de hacer frente a los gastos necesarios. En cambio, afrontó personalmente la estipulación de varios concordatos.

Hubo, pues, entre Pío IX y Antonelli, una sintonía y una cierta distinción, que al final se tradujeron en una colaboración fecunda, ya que el secretario de Estado fue una ayuda muy valiosa que el Papa tuvo para la realización de gran parte de su programa, si bien no fue él el único y exclusivo colaborador de Pío IX.

L

PABLO VI ENSALZA A PÍO IX

Durante la solemne misa celebrada en la basílica de San Pedro el domingo 5 de marzo de 1978, con motivo del centenario de la muerte de Pío IX, Pablo VI pronunció una homilía, que reproduzco en las partes esenciales porque resume magistralmente la vida y la obra del Pontífice y que ha sido considerado como una homilía digna de una beatificación:

«Cuando el 7 de febrero de 1878, en la víspera de una jornada universal, el siervo de Dios Juan Mastai Ferretti, papa Pío IX, murió, con él se terminaba el amplio e intenso período de treinta años –exactamente treinta y dos– de un servicio pontificio, dominando literalmente toda la escena del siglo XIX.

Fatídico fue este siglo para la Iglesia y para el mundo. Al comienzo, efectivamente, encontramos el pontificado por más de veinte años de Pío VII, influido profundamente en su mayor parte por la agitación de los acontecimientos napoleónicos, que, incluso para la sociedad, marca una fatigosa sacudida; al fin del siglo encontramos el pontificado de también veinticinco años del inolvidable papa León XIII, mientras el mundo se aproxima ya al nuevo siglo; en medio, en un centro

al mismo tiempo real e ideal, descubrimos la amable figura del papa Pío IX, en torno al cual se alternan acontecimientos gloriosos y dolorosas tribulaciones, constituyendo como la trama de su vida, así como el ritmo y casi la respiración de la Iglesia y, en general, de la familia humana en aquel tiempo.

La personalidad de este Pontífice

La complejidad de los hechos que tuvieron lugar y de los problemas que se plantearon a lo largo de un tan dilatado pontificado es materia hasta ahora abierta bajo el aspecto histórico, es decir, del pasado, a la permanente reflexión y a las investigaciones profundas de una bibliografía seria y documental. Pero acaso –nos atrevemos a pensar– será necesario un ulterior y no breve período de decantación para que la perspectiva se amplíe, para que se haga mayor faz, para que se comprendan plenamente los acontecimientos y sus motivaciones más profundas y verdaderas, de tal forma, que, eliminando todo residuo de animosidad pasional y de prejuicios, pueda surgir la personalidad de este Pontífice en su dimensión de autenticidad humana, de bondad irradiante y de ejemplar virtud.

Nosotros, sin embargo, nos hemos reunido ahora –repetimos– para conmemorar su nacimiento para el cielo; éste tuvo lugar hace un siglo, cuando su alma apostólica, al son del *ave María*, dejó el cuerpo, ya pesado de años y de preocupaciones. Ello quiere decir que limitaremos nuestra atención conmemorativa y nuestra meditación devota sobre el perfil espiritual y apostólico de un Pontífice amado en gran medida y sobre lo que él, con coraje indómito, emprendió en orden al incremento de la fe católica y para el bien de la San-

ta Iglesia. Y nos sentimos dichosos por el hecho de que en esta ceremonia esté presente una ilustre y cualificada representación de la tierra que le vio nacer, las Marcas, juntamente con los obispos de aquella región.

Un hombre de Dios

El prelado que en junio de 1846, tras un cónclave brevísimo, había sido elevado al supremo pontificado, era un verdadero hombre de Dios, distinguiéndose por sus dotes eminentes de piedad religiosa y de celo ardiente para con las almas. Todavía en pleno vigor de la edad, llevaba, en la misión de paternidad universal, que le había sido confiada, el fermento de una fe profunda, una rica experiencia pastoral, madurada en el contacto permanente con las poblaciones de las sedes episcopales de Spoleto y de Imola, que regentó anteriormente, el conocimiento directo de los problemas que estaban aflorando tanto en el seno de la comunidad eclesial como en la organización del Estado de la Iglesia; pero llevaba, sobre todo, el ansia de servir a la causa de Cristo y de su Evangelio. "Servir a la Iglesia; ésta fue la única ambición de Pío IX", ha escrito un historiador autorizado [1].

Esto explica su incansable entrega a los deberes, incluso los más gravosos y más difíciles del ministerio apostólico; una cualidad constante que es obligado reconocerle, no sin admiración, más allá de los mismos impulsos del carácter humano y de las dificultades objetivas interpuestas a su labor de pastor y de soberano.

---

1. Cfr. Roger Aubert, *El pontificado de Pío IX*, Ed. Italiana, Turín, 1970, p. 450.

La figura de Pío IX a cien años de su muerte aparece ahora reconocible en una doble fisonomía convencional y fiel a la realidad, la de un Papa hundido bajo el desplome del poder temporal, en el que el pontificado romano se había identificado en cierta medida, y la de un Papa renaciente en su aspecto propio, jamás traicionado, pero ahora más claro y evidente, de pastor de un pueblo, que por sí, y en la opinión pública, no sabía bien si podía y cómo llamarse cristiano.

El hundimiento del poder temporal

El hundimiento del poder temporal aparecía injusto y grave, y comprometió la independencia, la libertad y la funcionalidad del Papado; amenaza esta que pesó, hasta los días de la conciliación, sobre la Sede Apostólica, manteniendo vivo con amargura nostálgica el recuerdo de los siglos durante los cuales el poder temporal había sido el escudo defensivo del poder espiritual y al mismo tiempo el defensor del territorio de la Italia central; había conservado la memoria y las costumbres civiles de la tradición clásica romana, favoreciendo la promoción de la unión de los Estados del continente, alimentando una conciencia unitaria de la civilización surgida del humanismo greco-romano y, sobre todo, desarrollando en los espíritus y en las costumbres la fe católica.

Pero el desarrollo histórico y civil de los pueblos y, al final, despues de la Revolución francesa y la evolución posnapoleónica –hacia mitad del siglo XIX– su madurez constitucional no permitieron ya al Estado Pontificio el ejercicio de una supremacía ideológica y de una primacía espiritual.

El intento de implicar al Estado Pontificio en una guerra nacional falló ante la luminosa conciencia del

Papa en torno a su propia misión, religiosa y no política, y mucho menos militar (alocución del 23 de abril de 1848); de ahí la inquietud revolucionaria que tuvo su triste corolario en el asesinato de Pellegrino Rossi (el 15 de noviembre), y en la posterior huida del Papa a Gaeta (25 de noviembre).

No hacemos ahora la historia de aquel desgraciado acontecimiento. Bástenos poner de relieve que cuando el Papa volvió a Roma (12 abril 1850) no estaba ya en disposición de repetir las serenas palabras de dos años antes (11 febrero 1848): "Bendecid, oh gran Dios, a Italia"; más en cambio, con el espíritu amargado por los sufrimientos padecidos y por la adversa experiencia, recuperaba, hasta el 20 de septiembre de 1870, su autoridad de soberano temporal, pero ya al margen de las corrientes ideales y políticas de su tiempo; tampoco la nueva situación nacional pacificó el espíritu exacerbado del afligido Pontífice. La herida infligida entonces al Papado llegó también a gran parte del pueblo y de toda la Iglesia, y atormentó durante largos años su conciencia cívica y su sentimiento católico.

Pero he aquí que justamente en medio de aquella situación paradójica, el prodigio de la inmortalidad de Pedro ("Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos", había dicho Jesús, Mt 28, 20) se renovó. Todo el pontificado de Pío IX se puede decir fue una revelación de las inagotables energías que el Papado y la Iglesia, en una historia siempre nueva, poseen como algo propio.

Una apertura de dilatada generosidad fue la nota característica de su servicio, la cual, fundiéndose con las características innatas de cordialidad y de buen sentido, heredadas de su tierra y de su gente, pudo conciliarle la devoción de las clases humildes y populares, y poco

a poco, en medida creciente, de las multitudes de los hijos de la Iglesia.

Ferviente acción pastoral

Ahora bien, si miramos los objetivos principales de su acción pastoral ferviente, debemos mencionar en primer lugar al clero, al cual Pío IX, ayudado por tantos ilustres obispos diocesanos, dirigió, con conocimiento afortunado de las necesidades prioritarias, una atención particular, según demuestran no pocos documentos de su pontificado. Fue así como se elevó en gran medida la figura del sacerdote, el cual por entonces ya se educaba regularmente en el ambiente del seminario, y formado allí para la vida interior y para la obediencia se mostraría luego, en el campo del trabajo, más consciente de las propias responsabilidades y cada vez más próximo a su grey; no predestinado al tranquilo disfrute de fáciles prebendas eclesiásticas, sino a un cuidado pastoral cada vez más difícil y más constante y amoroso.

No sin motivo se habla de "clero llano", no solamente por el hábito que lleva, y es afirmación exacta y seguramente documentable que se hizo un clero más disciplinado, más piadoso, más celoso que en el pasado. Aunque indudablemente se advierte alguna deficiencia, no se puede negar esta mejoría cualitativa en la espiritualidad y en el ministerio de los sacerdotes, los cuales, superando visiones estrechas y particulares, advierten, cada vez más, la precisión de coordinar los esfuerzos y las iniciativas.

Una actividad nueva anima a la Iglesia de Pío IX. Se registran, en efecto, en aquellos años no pocos grupos de oblatos y un florecimiento de sociedades y de asociaciones sacerdotales, promoviendo en los ministros de Dios

el crecimiento en la vida del Espíritu, la perseverancia y fidelidad a la vocación, la disponibilidad al servicio, de acuerdo no sólo con la voluntad, sino tambien con los deseos mismos de los superiores. En esto debe confirmarse un precedente válido, influyendo en las posteriores normas jurídicas y pastorales de la Iglesia [2].

La comunión fraternal de los sacerdotes entre sí, de la misma manera que es preludio de su unión más orgánica con los laicos para los fines del apostolado, así también se instaura paralelamente a un decisivo relanzamiento de las órdenes y congregaciones religiosas, las cuales, sobre todo las últimas, justamente hacia la mitad del siglo pasado, conocen un desarrollo sin precedentes. Si institutos antiguos se ponen en marcha nuevamente tras la prueba de la supresión, de las expulsiones y de los obstáculos que en diversas formas, de acuerdo con los distintos países, impiden su labor en los campos educativo y asistencial, y amenazan hasta la vida contemplativa y monástica, es necesario, sobre todo, tener presente el gran número de institutos, masculinos y femeninos, surgiendo en este mismo período, gracias especialmente al coraje de sacerdotes valerosos, no ajenos al espíritu que soplaba en Roma.

La relación de los institutos, fundados o aprobados durante el pontificado de Pío IX, sería demasiado prolija si se quisiese detallar aquí, y caeríamos fácilmente en lamentables omisiones. Merito de aquel Pontífice fue también el haber promovido la reforma de los institutos existentes, corrigiendo los abusos, eligiendo –a veces con personales intervenciones– superiores capaces, introduciendo la importante norma aceptada posteriormente

2. C.I C., Cann. 124-129; *Presbiterorum Ordinis*, n., 8,12,15-17.

en el Código de Derecho Canónico (cfr. can. 574), de la profesión de los votos sencillos debiendo preceder a la profesión definitiva; al tiempo que en lo concerniente a los nuevos institutos sus preferencias se dirigían a los de apostolado activo, que tenían como finalidad el cuidado de los pobres, la asistencia a los enfermos, la buena prensa, la enseñanza en las escuelas y sobre todo las misiones.

Llegamos de esta forma a las misiones, y a este respecto, ¿cómo se puede olvidar la amplitud que adquirió a partir de 1850 la labor evangelizadora de la Iglesia? En efecto, la época de Pío IX es una fecunda estación misionera, la cual nos presenta nombres prestigiosos y ve a los heraldos del Evangelio moverse hacia todas las partes del mundo, tejiendo, por así decirlo, una tupidísima red, extendida desde las dos Américas al Extremo Oriente, desde las regiones de África, entonces descubiertas, al continente australiano.

Durante el mismo período, se advierte clara entre los católicos la preocupación unionista, y se producen los primeros llamamientos dirigidos por el Pontífice a las Iglesias de Oriente y de Occidente separadas de Roma. Aunque de esto no se derivan resultados concretos, sin embargo, se pone en marcha un movimiento ecuménico *ante litteram*, que, a la larga, sirve para preparar futuros encuentros y contactos entre los hermanos cristianos, contribuyendo al menos a serenar los espíritus, a suavizar las polémicas, a instaurar el clima necesario de fraternidad que los mismos necesitan. No se puede silenciar la aproximación a Roma habida en las Islas Británicas y que produce, entre sus frutos, uno incomparable, el cardenal Juan Henri Newman, y después la restauración de la jerarquía católica primero en Inglaterra, después en Escocia.

La Inmaculada y el concilio Vaticano I

Pero Pío IX ha pasado a la historia, sobre todo, porque fue el Papa de la Inmaculada y del concilio Vaticano I, y es indudable que un lazo religioso y unas afinidades internas unen los dos hechos del magisterio pontificio. Ante el hombre desmemoriado, y el mundo de la indiferencia y del racionalismo, ajeno o cerrado a la fe y a la gracia, el Pontífice hizo brillar la luz de la Virgen María como *signum magnum*, de trascendente belleza y, al mismo tiempo, imagen profética del plan de restauración religiosa que perseguía infatigablemente como jefe visible de la Iglesia.

Y la celebración del concilio Vaticano fue un acontecimiento eclesial de incalculable alcance histórico, cuyos pronunciamientos y definiciones son como faros luminosos en el desarrollo secular de la teología y como otros tantos puntos firmes en la vorágine de los movimientos ideológicos que caracterizaron la historia del pensamiento moderno, y pusieron los fundamentos de un dinamismo de estudios y de obras, de pensamiento y de acción, el cual debía culminar en nuestra epoca, en el Vaticano II, expresamente inspirado en el Vaticano I. Es necesario, efectivamente, resaltar que, al promulgar la constitución dogmática *Pastor Aeternus*, Pío IX no hizo otra cosa sino poner el arquitrabe de sólida construcción eclesiológica, posteriormente completada y perfeccionada por la constitución *Lumen Gentium*, que es la *carta magna* del concilio Vaticano II. Es ésta una admirable y doble continuidad porque concierne objetivamente a la Iglesia y al mismo tiempo a la doctrina que de sí misma profesa la Iglesia.

Nos agrada, además, recordar que bajo Pío IX, también por la incidencia de la circunstancia histórico-po-

lítica, se proyectó la primera idea de una organización de los católicos a fin, no solamente de defender los valores de la propia fe, sino también para promover su misma colaboración activa al apostolado jerárquico. En efecto, justamente en momentos tranquilos tiene origen la Acción Católica, llamada entonces Sociedad de la Juventud Católica Italiana, a la que se debió, entre otras cosas, la decisión de fundar aquella otra que sería, desde 1874, la Obra de los Congresos.

Ciertamente, se trata de estructuras embrionales que encontraron definición y desarrollo en los decenios posteriores; pero la idea lanzada entonces se demostraría válida. Incluso bajo este punto de vista, al igual que por los datos de hechos anteriormente recordados, Pío IX aparece en la historia como un diligente animador y un constructor eficaz, cuyos carisma y herencia se proyectan hasta la edad contemporánea, pues es verdad que no poco de lo que él intuyó, y quiso y puso en marcha, ha permanecido vivo y permanece incluso hoy.

El honorable Jorge Montini

Terminamos con un episodio para Nos emocionante que concierne a nuestra querida familia de nacimiento.

En 1871, un jovencito de Brescia fue presentado por sus padres a Pío IX, quien, por su innata ternura hacia la juventud le puso la mano sobre la cabeza diciendo: "Jorge, estás también aquí tú, pequeño diputado" [3].

Después de cuarenta años, Jorge, convertido efectivamente en diputado, firma el libro de visitantes en el Palacio Mastai, casa natal del Papa en Senigallia. Aquel

3. Cfr. A. Fappani, *Pío IX y la familia Montini a la luz de los documentos inéditos*, en «Pío IX», 1/1972, p. 317.

jovencito era nuestro Padre... De este modo, un sutil hilo histórico particular nos une a nuestro venerable predecesor y vale para explicar el lazo de orden personal y afectivo que, además de otros más elevados motivos espirituales y eclesiales, nos une a la memoria bendita y a la querida figura de este Pontífice.

Hoy hemos querido conmemorarlo para tributarle un obligado homenaje, si bien muy inferior a su mérito, y para manifestar igualmente los sentimientos de viva gratitud que el Pastor de la Iglesia de hoy debe al Pastor de la Iglesia de ayer; que la Iglesia del concilio Vaticano II debe a la Iglesia del concilio Vaticano I; que todo el pueblo de Dios, en la admirable realidad unitaria de la comunión de los santos, dé a los fieles y pastores que le han precedido "en la señal de la cruz" y con esta antorcha de luz en la mano[4] han salido al encuentro de Cristo Señor».

4. Cfr. Mt 25,1; 5,15.

LI

PARA SABER MÁS

Sobre Pío IX se han escrito centenares de libros y miles de artículos. Pero, solamente una escasa docena de obras son las fundamentales.

En primer lugar la del jesuita Pietro PIRRI, *Pío IX e Vittorio Emanuele II dal loro carteggio privato* (Roma, PUG, 1944), publicada en tres volúmenes, divididos en cinco tomos, que se detuvo casi exclusivamente en la Cuestión Romana.

Mucho más amplio es el cuadro que ofrece Roger AUBERT, *Le pontificat de Pie IX (1846-1878)* (París, Bloud et Gay, 1952), que no hizo una biografía del Papa sino una historia de aquellos años y dirigió su atención sobre el contraste existente entre los defensores y los adversarios de la libertad de culto y de conciencia y de las libertades modernas en general, sobre el proceso de secularización y sobre las controversias doctrinales de la época; aporta bibliografía abundante y actualizada. Esta obra fue publicada en castellano bajo el título *Pío IX y su época* (Valencia, Edicep, 1974); es el tomo XXIV de la «Historia de la Iglesia» de Fliche-Martin, con varios apéndices dedicados a la Iglesia en España e Hispanoamérica.

La obra de Alberto SERAFINI, *Pío IX* (Città del Vaticano 1958) tuvo un marcado carácter apologético y quedó in-

completa, debido a la muerte del autor; es muy deficiente desde el punto de vista del método histórico, porque carece de espíritu crítico y de perspectiva historiográfica, ignora el marco en el que se desarrolla la vida del Papa y le falta el sentido de la síntesis para distinguir lo esencial de lo accesorio; con todo, aporta datos interesantes.

Otro jesuita y profesor de la Universidad Gregoriana, Giacomo MARTINA, *Pío IX (1846-1850)* (Roma, PUG, 1974); *Pío IX (1851-1866)* (*Ibid.*, 1986) *Pío IX (1867-1878)* (*Ibid.*, 1990), siguiendo la documentación encontrada traza un cuadro en cierto sentido más amplio, pero al mismo tiempo unitario. Esta obra monumental y fundamental, que Aubert calificó de magistral, es una de las mayores aportaciones a la historia de la Iglesia católica publicada en las últimas décadas; fue concebida como una continuación de la citada biografía de Serafini.

El periodista Carlo FALCONI, *Il giovane Mastai. Il futuro Pío IX dall'infanzia a Senigallia alla Roma della Restaurazione, 1792-1827* (Milán 1981), trató de rehacer una parte del trabajo de Serafini de forma que respondiera mejor a las exigencias de los historiadores, aunque es una obra que no se puede propiamente colocar sobre un plano estrictamente histórico-científico.

La biografía de Yves CHIRON, *Pío IX, pape moderne* (Bitche, Clovis, 1995) es bastante completa y precisa, a pesar de su título paradójico, que no es del todo inexacto, ya que Pío IX recurrió a menudo a los medios modernos para combatir la modernidad, sin embargo en su programa de pontificado –calificado por algunos como reaccionario y en todo caso retrasado– hubo una serie de aspectos que merecen ser considerados como modernos y que el autor analiza.

Una sencilla biografía apologética, publicada en 1952 por Vincenzo FARAONI, ha sido reeditada y completada

por Angelo MENCUCCI,[4] con el título *Vita del venerabile papa Pío IX* (Senigallia 2000), con bibliografía esencial actualizada y documentos importantes incorporados: decreto de virtudes heroicas, milagro aprobado para la beatificación, cronología de la vida y obra del Papa y Museo Pío IX de Senigallia.

El abogado Carlo SNIDER, *Pío IX nella luce dei processi canonici* (Ciudad del Vaticano 1992) aclaró los puntos polémicos de la vida del Papa suscitados durante el proceso de beatificación, cuyas actas pueden verse en los volúmenes de la *Positio super virtutibus*, conservados en la Congregación de las Causas de los Santos, bajo el título: *Romana seu Senogal. Spoletana seu Imolen. et Neapolitana. Beatificationis et canonizationis Servi Dei Pii IX Summi Pontificis* (Roma, 1954 ss.).

Una amplia síntesis de su pontificado puede verse en mi *Historia de la Iglesia. III. La Iglesia en la época contemporánea* (Madrid, Palabra, 2000), pp. 121-206.

Sobre el cardenal Antonelli, que fue secretario de Estado de Pío IX durante muchos años, a pesar de las limitaciones, carencias y ausencia de notas críticas, Carlo FALCONI, *Il Cardinale Antonelli* (Milán, Mondadori, 1983) hizo un trabajo serio, documentado y ajeno a extremismos y conformismos.

Sobre el concilio Vaticano I hay elementos importantes en la obra citada de MARTINA, relativa tanto a la preparación como al desarrollo del Concilio.

La revista *Pío IX*, publicada en el Vaticano por la Postulación de la causa de beatificación de este Papa, es una buena fuente de información y documentación sobre el Pontífice, los personajes relacionados con él y las cuestiones más importantes de su tiempo.

Este libro se terminó de imprimir
el 29 de junio de 2000 solemnidad
de los Apóstoles san Pedro y san Pablo
AÑO JUBILAR